

Leyendas y cuentos populares



Basajaun, el señor del bosque

Seve Calleja



Lectulandia

En esta cuidada selección de cuentos y leyendas populares, Euskal Herria participa de las características universales del folclore, pero le imprime su propio sello con unos personajes, lugares y acciones que han nacido y crecido de su propio idioma, de su propia historia.

El modo de vida tradicional de los campesinos, pescadores y artesanos vascos está marcado por un paisaje, una lengua propia, el euskera, y unas creencias ancestrales que el paso del tiempo ha sabido conservar en la memoria colectiva, enriquecida con las influencias de otras culturas.

Una importante saga de etnólogos, folcloristas y escritores se ha dedicado a preservar del olvido unas veces y a recrear con su propia pluma otras, el rico patrimonio de una cultura milenaria, que es un reflejo de la mentalidad y de la historia de sus gentes. De las obras más representativas de esos autores están espigados estos cuentos.

Severino Calleja Pérez

Basajaun, el señor del bosque

Cuentos y leyendas populares - 01

ePub r1.0

Titivillus 08.10.2022

Severino Calleja Pérez, 2005

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



PRÓLOGO

Los nacionalismos incipientes de la época romántica, en su búsqueda de lo característico y privativo de los distintos pueblos, exaltaron las literaturas folclóricas sobre las grandes tradiciones de la Antigüedad clásica y bíblica que constituían el fondo común a toda la civilización europea. Allí donde no encontraron una poesía o una narrativa de tradición oral rica y sugestiva, los primeros nacionalistas se las inventaron. A esta práctica fraudulenta se le llamó *macfersonismo*, término derivado del nombre del maestro escocés James MacPherson, autor de los falsos cantos del bardo Ossian. Los vascos no fueron ni más ni menos inclinados a la falsificación de documentos folclóricos que otros pueblos de Europa, empeñados en enaltecer a toda costa sus propias culturas populares.

La moda del folclorismo nacionalista duró poco tiempo. Hacia mediados del siglo XIX, gracias a los estudios de los comparatistas —estimulados por el desarrollo de disciplinas como la lingüística histórica y la ciencia de la mitología (en las que sobresalió el alemán Max Müller)—, era ya de dominio común la certeza de que no hay una literatura más universal que la literatura folclórica. El primer autor español que hizo notar algo semejante fue precisamente un vizcaíno. Antonio de Trueba (1819-1889), recolector de cuentos tradicionales y autor el mismo de varias colecciones de relatos costumbristas. Al escuchar de una anciana, en su tierra natal, cierto cuento de tema fantástico, Trueba se percató de que —con algunas pequeñas variantes— la narración era idéntica a otra recogida en Alemania por los hermanos Grimm.

El nacionalismo y la literatura folclórica no han hecho buenas migas en nuestro siglo. Los que se han dedicado al estudio de las baladas y cuentos de tradición oral han sido, por lo general, raros eruditos sin demasiadas simpatías por la mística de la Nación o de la Raza. Es inevitable comprobar, a poco que se ahonde en el tema, que la imaginación humana es asombrosamente limitada: todos los cuentos folclóricos se construyen con un número discreto de unidades narrativas, los *motivos*, que aparecen en los lugares más distantes entre sí, y en lenguas y culturas sin parentesco aparente. De ahí que, desde

que en 1928 Stith Thompson publicara su monumental *Índice de motivos folclóricos* de todas las tradiciones entonces conocidas, el enfoque de las investigaciones haya derivado hacia la comparación de aquéllas, excluyendo por acientífica cualquier pretensión de ver en una determinada tradición — vasca, andaluza o china— la plasmación de un problemático «espíritu del pueblo».

No. La tradición folclórica poco o nada tiene que ver hoy con los nacionalismos. Cuanto más conoce uno los cuentos y leyendas populares de los distintos países del planeta, más contundente le resulta la evidencia de la profunda unidad del espíritu humano. Un folclorista de excepción, Julio Caro Baroja, ha afirmado que el nacionalismo es una enfermedad que se cura viajando. Pues bien, la lectura de relatos folclóricos es una forma de viajar mucho más instructiva y amena que el turismo de masas, y, desde luego, un antídoto bastante eficaz contra la tendencia morbosa a la contemplación narcisista del ombligo nacional, sea este el que fuere.

La selección de narraciones legendarias vascas que nos ofrece aquí Seve Calleja, avezado explorador de las selvas del folclore europeo, tiene la virtud de remitir al lector a una red de temas y motivos cultos y tradicionales de ámbito supranacional. Así, por ejemplo, la recreación que hizo el ya citado Trueba de la leyenda del primer Señor (mítico) de Vizcaya, Jaun Zuria o el Señor Blanco, hunde sus raíces en la leyenda de Brutus, fundador epónimo de Britania, tal como la recogió —o inventó— el obispo normando Geoffrey de Montmouth, y ésta, a su vez, nos envía al mundo de la épica virgiliana. Al lector le cumple encontrar en las demás narraciones otras voces procedentes de otros ámbitos.

JON JUARISTI

INTRODUCCIÓN

La cultura y el folclore vascos

Euskal Herria, el País Vasco, es el territorio al occidente de los Pirineos formado por montes y valles y lindando con el mar, en el que se desarrolla desde tiempos inmemoriales la vida de los vascos, un modo de vida tradicional de ganaderos, campesinos, pescadores y artesanos, envuelto en unas creencias, una lengua propia y un paisaje que lo condicionan.

Desde el Paleolítico hasta nuestra era, Euskal Herria ha conocido la influencia de otras etnias y culturas (astures, celtas, aquitanos, romanos...) que han ido modificando sus técnicas, sus creencias y sus mitos. Con la llegada de otros pueblos, los vascos se fueron refugiando en su propia geografía apegados a sus hábitos: la idea de la nobleza de su linaje, según la cual todo vasco es libre y ningún trabajo es inferior a otros, contribuye a hacer del País Vasco una región próspera de artesanos y marinos en los albores de la era moderna.

*La llegada del cristianismo transformaría aún más muchas de sus antiguas costumbres. Por eso, puede decirse que la mayoría de sus mitos y creencias son versiones propias de temas comunes a otras culturas. Así, el gran patriarca **Aitor** se asemeja al Thor nórdico; la **Dama Mari**, a la divinidad agraria de los romanos, Proserpina —y hasta a la Virgen cristiana—; las lamias, a las xanas de Asturias o a las donas d'aigua catalanas... Es sorprendente, por ejemplo, como el folclorista inglés W. Webster, en su recopilación *Basque Legends*, va asociando nombres y motivos de la tradición popular vasca a las influencias y variantes del folclore universal: cómo **Juan Dekos, el tonto**, no es sino la deformación fonética del cuento gaélico Jean d'Ecosse, también conocido en la tradición castellana por La princesa irlandesa.*

*Estos mitos y creencias ancestrales están poblados de divinidades y genios que habitan en cavernas. Uno de los más antiguos es **Mari**, cuyo nombre va asociado al de la montaña o sima en que cada pueblo la sitúa*

(Anbotoko Dama, la **Dama de Amboto** para muchos vizcaínos y guipuzcoanos, o **Mariburute**, como se la conoce en algunos pueblos de Navarra).

Esta divinidad, bruja o deidad suprema, madre de todos los demás genios, ataviada de dama elegante, se representa en unos lados montada sobre un carro de fuego que cruza por el cielo, con pies de ave o de cabra según el lugar, o adopta la forma de un animal (un carnero, una serpiente, un caballo...) o de un árbol. Se peina e hila ovillos de oro y cambia su morada de unos montes a otros. Es, por así decirlo, como la diosa madre, que enamora y ayuda, pero que también castiga y mata. Cuando se encuentra con su esposo, **Maju** o **Sugaar** (el Culebro), desencadenan las tormentas. A este Culebro atribuyen las viejas crónicas la paternidad, junto con la princesa llegada de Escocia a Mundaca, de **Jaun Zuria** (el Señor Blanco), que es considerado en la tradición popular como el primer Señor de Vizcaya (es lo que nos relata la leyenda de Jaun Zuria).

A Mari, el principal de los genios subterráneos, se le atribuye en las leyendas una gran pléyade de siervos y genios y dos hijos, uno bueno y otro malo. **Atarrabi** y **Mikelats**. Y aún hoy perviven entre los ritos populares las romerías a ciertos montes y cuevas en los que se ofrendan velas o monedas al genio que las habita, reminiscencia de la vieja creencia según la cual el campesino que obsequiaba anualmente a Mari no veía destrozadas sus cosechas.

Es muy amplia la galería de seres que nutren la fantasía popular vasca y en la que abundan genios y númenes ligados a fenómenos naturales — muchos provenientes de otras culturas—. Seres que reinan sobre la tierra especialmente de noche: **Gaueko** (el de la noche), que es una especie de demonio; **lamiñak** (las lamias), seres con cuerpo femenino y pies de ave que habitan en los ríos, **sorgiñak**, las brujas del cortejo de Mari, que han ido desapareciendo a medida que se poblaban de ermitas los montes; **Basajaun** (el señor del bosque), ser corpulento y velludo con una cabellera hasta las rodillas, genio protector de los rebaños y primero entre los agricultores, herreros y molineros al que los hombres le robaron su técnica; **Erensuge**, la serpiente de siete cabezas que atrae con el aliento a sus víctimas; **Tartalo**, el cíclope maligno de un solo ojo en la frente, influjo del ogro de otras culturas, y que, pese a su fuerza, acaba derrotado por la inteligencia del hombre —a diferencia de otras tradiciones, en las leyendas de Tartalo, el héroe es a menudo un loco (Errua) o un ser débil o tonto (El Tartalo y Petit Perroquet)—, **Beigorri**, el genio que adopta forma de toro —o de oveja, o de puerco...—;

Mamarro, o **Galtxagorri**, o **Prakagorri**, diversos nombres para esos diminutos duendes protectores que pueden ser perversos con quienes no los tratan bien...

Entre las variadas representaciones que la tradición vasca da a sus genios subterráneos, podemos destacar al macho cabrío **Aker**, con funciones curativas y protectoras. Es tal vez uno más en la mentalidad popular, solo que la resonancia que durante los siglos XVI y XVII alcanzó la brujería vasca, en una época de duras persecuciones inquisitoriales, daría mucha importancia a un aspecto de las supersticiones: los akelarres, encuentros de brujos y brujas presididos por **Aker**.

En una tradición tan ancestral como la vasca, estos seres maravillosos pueblan un rico folclore que hunde sus raíces en el paganismo y que se ha conservado en la memoria de las gentes y se ha preservado a través de la tradición oral. «No hemos encontrado nunca —decía el folclorista inglés Webster— a ningún campesino vasco que no supiera decirnos quiénes son el Tartalo, Herensuge, Basajaun o las lamiñak».

También el cristianismo, como es lógico, ha dejado sus hondas huellas en la mente popular de los vascos: entre sus abundantes cuentos costumbristas, cargados de anécdotas locales tan a menudo, es frecuente encontrarse a un San Pedro al que Jesús regaña o alecciona (Jesucristo y San Pedro son a menudo protagonistas de cuentos populares: «Una vez, en aquellos tiempos en que el Señor Jesús y San Pedro viajaban por el País Vasco...», así comienza un cuento recogido por Jean Barbier en sus *Légendes Basques*), a abates y santos confundidos con seres de la mitología pagana (como en el cuento de San Martín y el Basajaun). Y es que los cuentos de motivo religioso ocupan desde la Edad Media un amplio espacio en la cultura tradicional, donde fe y superstición se confunden en el modo de vivir la religiosidad. (En Catorce, que es una variante de La historia de Larrumet, se entrecruzan la leyenda de Tartalo y la de San Cristóbal, como veremos).

A pesar de toda influencia externa, cada cultura ha sabido imprimir siempre al folclore su sello particular, aproximar a su propio entorno los temas comunes, adueñarse de ellos. Veremos cómo en la versión de Los tres estudiantes que recoge Barbier, los protagonistas se van a París, porque, según hace notar el propio folclorista, la narradora ha querido cambiar Paradis por un referente fonética y geográficamente cercano, y París es punto de referencia para el vasco continental, en una cultura rural poblada de navegantes, pastores, indianos, es decir, de gentes que encuentran en la emigración una meta, y en el retorno a su tierra un sueño (en El último

tamborilero de Erraondo, el autor ha sabido plasmar el sentimiento de desarraigo de un emigrante en Argentina). Los cuentos no pueden esquivar estos rasgos vivenciales. ¡Cuántas veces los héroes de estas historias, pobres campesinos, parten de su hogar en busca de trabajo y de riquezas!

Y es que el contador de cuentos no es un mero transmisor de los relatos que ha heredado, sino que es capaz de adecuar a su geografía, a su tiempo y su mentalidad y a la de sus oyentes, campesinos supersticiosos, humildes labradores deseosos de fortuna, los temas de la narración. Y no sólo los temas, sino también las fórmulas de iniciar el relato («na vez en el mundo, como muchos otros...»), que es como suelen empezar tantos cuentos vascos) y de terminarlo («Si aquéllos vivieron bien, que nosotros vivamos mejor» o «Si fué así o no fue así, que se meta en la calabaza», que es como suelen terminar).

La literatura tradicional vasca

Puede parecer extraño que la lengua más antigua de Occidente sólo posea una literatura tardía y que un pueblo tan propenso a cantar y a improvisar versos (el bertsolarismo) no haya preservado en su tradición oral poemas sobre las gestas y hazañas de sus héroes. Y es que hasta bien avanzado el siglo XVI no puede hablarse de literatura vasca. El vasco culto pronto abandonaba su lengua materna por el francés o el castellano, que eran consideradas lenguas de mayor prestigio literario. Sin embargo, Euskal Herria ha sabido conservar una rica tradición oral, tan característica de las sociedades rurales. Porque todos los pueblos poseen, aunque no se haya escrito, su propia literatura oral, formada por cuentos y canciones que reflejan su modo de vida y que, luego, los folcloristas han sabido rescatar del olvido con sus rastreos de pueblo en pueblo, y en su difusión impresa, a menudo en modestos almanaques, boletines y revistas que más tarde han dado lugar a antologías y gruesas ediciones. En el caso de la cultura tradicional vasca, ésta ha sido casi siempre tarea de sacerdotes rurales, preservadores de la lengua y la cultura popular de su región.

De una manera similar a lo que ocurre en otros países, el siglo XIX supone para el País Vasco un despertar al interés por conocer y difundir el patrimonio folclórico, algo que los nacionalismos consideran la esencia y las raíces de toda cultura autóctona.

Este fenómeno encuentra sus precursores en pedagogos como **Iturriaga** y **Kardaberaz**, impulsores de métodos y textos didácticos para el aprendizaje de la lengua en las escuelas, y en fabulistas como **Archa** y **Bizenta Moguel**, que ven en el niño al destinatario primordial de sus obras.

Por otra parte, es bien sabido que las leyendas y los cuentos tradicionales son la manifestación más importante para el Romanticismo. Los escritores románticos creen recuperar con las leyendas un tiempo más allá de la Historia, y llegar así hasta los mitos y creencias más ancestrales y profundos sobre el hombre, el mundo y Dios. Por eso, el escritor romántico de cualquier cultura trata de «recuperar» y de «salvar del olvido» los relatos originales de su pueblo, y para ello acude a recogerlos directamente de la voz de los lugareños. Hay entre ellos quienes los recogen tal y como los oyen y quienes los depuran y retocan, e incluso quienes los recrean con su propio estilo de escritores, como es el caso de muchos de los grandes legendistas del Romanticismo.

Los grandes recopiladores de la cuentística popular

La segunda mitad del siglo XIX, una saga de estudiosos, en muchos casos foráneos, como el misionero inglés **Webster** o el académico francés **Cerquand**, realizaron las primeras recopilaciones de cuentos y leyendas recogidos de la tradición oral y los difundieron parcialmente en revistas especializadas (como la «Revista Internacional de Estudios Vascos», «Eusko Folklore» y «Euskera»).

Las Basque Legends de Wentworth Webster (1828-1907), obra publicada en Londres en 1877, es una de las joyas del Romanticismo literario. Contemporáneo de otros grandes folcloristas, como Cerquand y **Vinson**, Webster fue considerado por muchos el padre del folclore vasco, gracias a sus abundantes trabajos de recopilación y análisis de la cultura tradicional. Este inglés, educado en Oxford y viajero por Suiza, Alemania, Buenos Aires, Egipto..., se estableció al final de su vida en San Juan de Luz como capellán de la comunidad anglicana de Biarritz y, rodeado de grandes investigadores del momento, recogió su colección de cuentos y leyendas vascos en una edición que dedicó a su amigo Julien Vinson, quien le había ayudado a transcribirlos. Es interesante extraer algunos de los fragmentos de su

Introducción, donde comenta como y por qué preparó la edición inglesa de su libro:

«De los pueblos ahora asentados en la Europa occidental, los vascos son los que se encuentran más separados de los demás pueblos; distintos en lengua, representan, en su estado más o menos mezclado, un estrato de los más antiguos en la etnología europea. Su lengua, además, en lo que a la mayoría del pueblo se refiere, no encuentra aún su componente escrito. Es aquí donde tenemos oportunidad de hallar leyendas y cuentos en una forma más pura y más antigua que entre cualquier otro país europeo; y en lo que ellos han tomado prestado de otros podemos tener una prueba crucial, casi única, de lo que estas tradiciones tardan en pasar de una lengua a otra muy distinta. Ninguna de tales leyendas han sido publicadas, ni siquiera nadie se ha fijado aún en ellas (...) Son ahora contadas por los campesinos vascos, o bien cuando se reúnen los vecinos para deshojar las mazorcas de maíz, operación llevada a cabo en una o varias largas sesiones, o en las bodas prolongadas y otras fiestas de las que tenemos evidencia en las historias mismas, o en las largas noches junto al fogón, mientras silba el aire en sus solitarias mansiones. Ya que uno de los encantos de la tierra vasca proviene de que las casas se hallan diseminadas a todo lo largo del país, en vez de concentrarse en pueblos apiñados, y se debe quizá principalmente a este hecho la conservación de tanto folclore del mundo antiguo y de las ideas primitivas de sus gentes».

*Junto al musicólogo guipuzcoano **Juan Ignacio Iztueta**, destacan en la zona norpirenaica los folcloristas **Chao** y Vinson, y promotores y grandes vascólogos como el **Príncipe Bonaparte**, **D'Abadie** y Cerquand, quien en 1875 dio forma de libro a sus colecciones de cuentos y leyendas. *Légendes et récits populaires du Pays Basque*. Unos años más tarde, Julien Vinson edita *Le folklore du Pays Basque*. Por entonces, la publicación de los primeros almanaques y publicaciones periódicas «*Euskalduna*» fundada en 1886, o «*Euskal Erria*», creada por **Manterola** en 1880— se rodearon de importantes colaboradores y contribuyeron a difundir los cuentos y leyendas más allá de sus fronteras dialectales.*

*A aquellos pioneros irían dando el relevo otros estudiosos autóctonos, como el sacerdote vizcaíno y fundador de la Academia Vasca **Resurrección M^a de Azkue** (1864-1951), autor de otra de las obras cumbres del folclore vasco. *Euskalerriaren Yakintza* (Literatura popular del País Vasco), que es un compendio de saber popular —costumbres, supersticiones, juegos, modismos, cuentos y leyendas—, publicado en cuatro volúmenes en edición bilingüe*

entre 1935 y 1947. En algunas de las anotaciones que acompañan a los cuentos de su repertorio, Azkue alude a variantes en otros autores —Barbier, Mayi Ariztia, los Grimm—. Su conocimiento de la materia folclórica, por tanto, le empuja a seleccionar y adaptar los cuentos con cierta libertad con una actitud muy similar a la de Menéndez Pidal respecto al Romancero. Abundan, pues, retocados por él mismo, los relatos de carácter costumbrista y con situaciones bien localizadas en lugares y pueblos de la geografía vasca. Y entre sus más de 200 muestras recopiladas, predominan los cuentos moralizantes, en los que muy a menudo se entremezclan las creencias religiosas de la fe católica y las supersticiones.

Otro sacerdote guipuzcoano, **José Miguel Burundiaran** (1889-1991), arqueólogo y etnólogo, funda la sociedad Eusko Folclore, desde la que difunde sus hallazgos, que, a diferencia de Azkue, reproduce fielmente de la transmisión oral. Con ser el de Barandiarán uno de los más ricos y abundantes repertorios folclóricos, hemos eludido usarlo como fuente por ser en nuestros días el más conocido y difundido en modernas ediciones castellanas. A la difusión que el propio autor ha dado a su obra a través de la serie de volúmenes *El mundo en la mente popular vasca*, publicados en los años sesenta por la colección *Auñamendi* y poco más tarde en los tres primeros volúmenes de sus *Obras Completas*, editadas por *La Gran Enciclopedia Vasca*, hay que añadir la labor de su sobrino **Luis de Barandiarán**, quien actualmente difunde, también en castellano, parte de aquel material cuentístico en la editorial Txertoa.

Contemporáneo de aquéllos es el también sacerdote bajonavarro **Jean Barbier** (1875-1931), habitual colaborador en las revistas «*Gure Herria*» y «*Euskalduna*» de Bayona. Además de algunas otras selecciones de cuentos, publicó en París en 1931, en edición bilingüe, su colección *Légendes du Bays Basque d'après la tradition*.

Con obras de menor extensión, ha habido otros entusiastas de la tradición popular que siguieron los pasos de sus grandes maestros. Así, **Mayi Ariztia** publicaba en 1934 su repertorio de cuentos de tradición oral *laburdina Amattoaren uzta* (La cosecha de la abuela), relatos que ella misma recogía y transcribía y que se difundían también en las páginas de la revista «*Gure Herria*». Por su parte, **Evaristo Bustinza**, «*Kirikiño*» (1886-1929), recogió en sus obras *Abarrak* (Ramitas) una serie de cuentos y anécdotas de carácter popular y humorístico que el propio autor selecciona y retoca, contribuyendo así a una parcela no menos importante de la tradición popular, el costumbrismo rural.

A partir de su ingente material recogido, comienzan a editarse abundantes publicaciones adaptadas a los niños en forma de textos escolares: Amandriaren altzoan, Kuskal Herriko ipuinak... obras casi siempre de maestras y pioneros de las ikastolas para la enseñanza en euskera. Ya han aparecido las primeras editoriales, que tienen en la cuentística, tanto autóctona como traducida, un importante material de edición, y en los escolares, un destinatario próximo: la editorial Itzaropena de Zarauz inicia en 1952 su colección Kuliska, por la que van a divulgarse importantes selecciones de cuentos, traducciones y obras originales. Uno de sus títulos, Euskal Herriko ipuinak (1957), ofrece medio centenar de cuentos guipuzcoanos, vizcaínos y navarros con su correspondiente versión castellana, tomados de la obra de Azkue y con clara intención didáctica. Poco más tarde, publica la obra de una maestra, **Julene Azpeitia**, Amandriaren altzoan (En el regazo de la abuela), conjunto de cuentos escritos por la autora entre 1949 y 1952. Umentzako kontuak (Cuentos para niños), de **Martín de Ugalde**, se publica en 1961 en la colección; de los nueve cuentos que recoge, tres son creación propia del autor, y el resto, adaptación de motivos clásicos (Hansel y Gretel, El soldadito de plomo...). En 1998 se edita una selección de 92 cuentos tomados nuevamente del material de Azkue: Aintziñako kontuak (Cuentos de antaño). Éstos son sólo algunos ejemplos de cómo los cuentos populares iban acercándose cada vez más a una escuela carente de libros de lectura en su propio idioma, y de cómo los autores vascos se han nutrido de su propio folclore para una literatura que tiene en él su más rica veta de inspiración. Todavía años después, con el resurgir editorial de nuestros días, las modernas editoriales vascas, tomando el relevo de aquellas otras publicaciones periódicas, han mantenido series y colecciones en las que el color y el lenguaje siguen nutriéndose del acervo popular que supieron rescatar los grandes folcloristas, especialmente Azkue y Barandiarán (así, por ejemplo, la editorial Erein ha publicado recientemente una serie de cuatro álbumes en ediciones paralelas de euskera y castellano con el título Euskal Leiendak con cuentos tradicionales de Vizcaya, Guipúzcoa, Álava e Iparralde, escogidos y adaptados a partir del acervo de los grandes folcloristas). Y, más allá de la letra impresa, los cuentos populares han llegado a la pantalla de la televisión y a los modernos cómics, actuales cauces, junto a los libros, de una literatura especialmente dirigida al lector juvenil.

Las leyendas románticas vascas

Hasta ahora nos hemos referido a las publicaciones en euskera, junto a las que han existido —cuando no se trataba de ediciones bilingües como las mencionadas de Azkue, Barandiarán o Barbier— no menos abundantes repertorios y ediciones en castellano, obra en muchos casos de escritores vascos que desconocían la lengua, pero que, desde su ideología nacionalista o patriótica, ocuparon un importante espacio en la literatura romántica («Sólo las tradiciones, los cantos, en fin, las historias populares, tienen fuerza para inflamar el corazón de los pueblos», diría Juan Venancio de Araquistáin, autor de Tradiciones vasco-cántabras). Ellos son los legendistas, y su obra, en muchos casos, ha ido paralela a la de los folcloristas y recopiladores. La mayoría de ellos no transcribían leyendas tradicionales, sino que imitaban en las obras sus motivos y temas. Incluso, por desconocer el euskera en muchos casos, más que inspirarse en el propio folclore se inspiraban en las tradiciones de otros pueblos y las imitaban. Algunos eran extranjeros, encarnación del típico viajero romántico, como el francés **Francisco Xavier Michel** o el portugués **Alexandre Herculano**.

De entre los grandes legendistas vascos, mencionaremos sólo a algunos tanto por la trascendencia de su obra como por su presencia en esta antología.

El vizcaíno **Antonio de Trueba** (1819-1889), conocido sobre todo como poeta y como autor de cuentos costumbristas a la manera de Fernán Caballero, escribió algunas leyendas. Destaca sobre todas la de Jaun Zuria (El Señor Blanco), en que se trata el origen del Señorío de Vizcaya. El autor se inspiró en viejas crónicas y la publicó por primera vez en la edición de sus Cuentos populares, en 1859.

El guipuzcoano **Juan Venancio de Araquistáin** (1828-1906), además de poemas, escribió algunas leyendas que recogió en sus Tradiciones vasco-cántabras, publicadas en 1886. Enamorado de su comarca natal de Deva, sitúa todas sus narraciones en aquellas parajes guipuzcoanos. Su leyenda Las tres olas está inspirada en un cuento tradicional de lamias que el autor afirmaba haber recogido de viva voz de una anciana de ochenta y ocho años.

El navarro **Arturo Campión** (1853-1937) pertenece a una saga de autores que en el último tercio del siglo impulsaron en Navarra la tradición legendística vasca. Es considerado un patriarca cultural por los nacionalistas; figura entre los fundadores de la Academia de la Lengua

Vasca y fue asimismo el fundador de la Asociación Euskara de Navarra en 1876, desde la que iba a irradiar toda una corriente literaria difusora de leyendas y tradiciones a través de la revista del mismo nombre, «Euskara» que tendría inmediatas correlaciones con la creación en Guipúzcoa de la revista «Euskal Erria», fundada en 1881 por **José Manterola**, y la «Revista de Vizcaya», fundada por **Vicente Arana** en 1886. Su espíritu nacionalista impulsó a Campión a adentrarse en los motivos históricos en torno al nacimiento del Reino de Navarra.

De esa pléyade de autores navarros adscritos a la ideología foralista y nacionalista y afanados en recuperar las viejas tradiciones forma parte el también navarro **Juan Iturralde y Suit** (1840-1909), cofundador de la mencionada Asociación Euskara. A su ingente labor de historiador, arqueólogo y pintor, de la que son muestra obras como Las grandes ruinas monásticas de Navarra o el Cancionero vasco, el descubrimiento de dólmenes y cavernas, o el legado de unos 150 óleos y más de 900 acuarelas, se debe la recopilación en 1896 de sus Cuentos, leyendas y descripciones euskaras, obra que vería la luz después de su muerte, en 1912, en la que se recoge, bajo el título Los perros de Martín Abade, uno de los motivos folclóricos más difundidos por el romanticismo europeo: el del cazador condenado a errar eternamente, tan emparentado con el mito del judío errante.

También Álava tiene su propia nómina de legendistas, que, inspirados en viejas crónicas y animados por similar espíritu patriótico, han contribuido a preservar el folclore autóctono con sus particulares adaptaciones y recreaciones. (Recientemente, y bajo el título Tradiciones alavesas, la Editorial Amigos del Libro Vasco ha publicado una serie de volúmenes en ediciones facsimilares en los que se recupera buena parte del acervo tradicional alavés). **Manuel Díaz de Arcaya** (1841-1916), científico y cronista de Álava, es uno de esos legendistas alaveses. En 1807 se publicaba en Zaragoza su compendio de Leyendas alavesas, que el autor define como «fotografías literarias» de su provincia natal, realizadas a partir de viejas crónicas como la Historia general de España o Memorias de las reinas católicas de España, del padre Flórez. De entre títulos como La torre de la Encantada, La sima de Oiquina o El castillo de Turrión, hemos seleccionado un breve fragmento de la titulada La hechizada de Amboto, que el autor manifiesta haber tomado de la tradición oral del valle de Aramayona, fronterizo entre Álava, Vizcaya y Guipúzcoa, así como de datos facilitados por el cura del pueblecito alavés de Mendoza. Alude también el legendista a la novela La dama de Amboto, del periodista y fundador del Centro Literario

Vasco y de lo «Revista Vascongada», **Manteli** (1820-1887), lo que, una vez más, nos muestra cómo muchos autores románticos, apologistas de la tradición, vestían de ropajes legendarios sus propias composiciones literarias, tal y como sostiene el profesor **Jon Juaristi** en su estudio y selección de leyendas vascas del siglo XIX. La tradición romántica (Edit. Pamiela, Pamplona, 1986). Tras ellos, y en los motivos de las viejas y románticas leyendas vascas que cultivaron, habrían de inspirarse grandes escritores de la talla de **Pío Baroja** (La leyenda de Jaun de Alzate) y de Miguel de Unamuno (La sangre de Aitor), o como en otros tiempos hicieran antecesores tales como **Francisco Navarro Villoslada**, autor de la novela histórica Amaya o los vascos en el siglo VIII, genuina epopeya romántica sobre la unión de vascos y visigodos, el propio Arturo Campión en novelas como Sancho Garcés, y tantos otros novelistas de la Europa decimonónica, desde Walter Scott a Chateaubriand.

Clasificación de los cuentos de esta edición

Tanto en la cuentística tradicional vasca como en la de otras adiaras, ha resultado siempre difícil establecer una clasificación o tipología de los cuentos. Y es porque ésta suele responder a los distintos criterios desde los que se realiza. Así, por ejemplo, Jean Barbier diferenciaba dos tipos entre los que recoge en su obra: los cuentos maravillosos (ixtorio-mixterio) y todos los demás. El padre Azkue, por su parte, se limitaba a distinguir los cuentos largos de los breves. El académico **Piarres Lafitte**, al analizar la cuentística popular vasca, establecía estos cinco grupos.

1. **Leyendas y cuentos épicos** (basa-ixto-rioak), refiriéndose a las leyendas y relatos heroicos emparentados con gestas históricas.

2 **Cuentos paganos** (paganoak), relativos a motivos de la mitología autóctona vasca, con personajes como Basajaun, Mari, Tartalo...

3. **Cuentos maravillosos o de hadas** (amets hutsezkoak).

4. **Cuentos pagano-cristianos** (basagiristinoak), aquéllos en los que se entrecruzan la cultura y las viejas creencias paganas.

5 **Cuentos humorísticos** (irri solasak), con situaciones cómicas y absurdas inspiradas en la vida cotidiana.

Por elegir una clasificación sencilla y clara para el conjunto de cuentos de esta obra, nos parece válida la de Lafitte, si bien encontraremos cuentos

cuyos bordes rebasan una u otra tipología Así, por ejemplo, Atarrabio pudiera enmarcarse tanto entre los cuentos paganos, o incluso entre los maravillosos, como entre los religiosos en que lo encuadramos. El último tamborilero de Erraondo, que en realidad es un relato literario de autor, se incluye como cuento popular por el motivo sociocultural que aborda, el del emigrante vasco en América, tan popularizado en la canción, y se enmarcaría, por tanto, en la línea de los cuentos costumbristas. Algo similar ocurre con Los perros de Martín Abade, que incluimos entre las leyendas de inspiración romántica con nombre propio, ya que Iturralde recrea en su versión un motivo legendístico europeo muy arraigado en Euskal Herria.

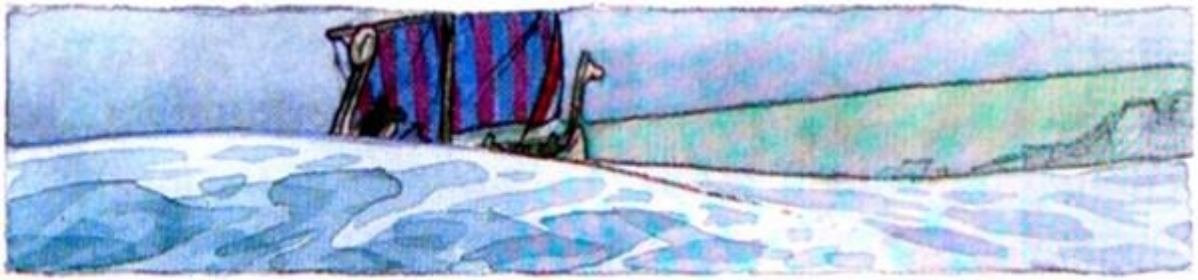
Junto a los cinco tipos de cuentos, adscritos a la clasificación que el mencionado Lafitte establecía, hemos querido añadir un breve apartado más dedicado a los cuentos etiológicos, en los que se da explicación a circunstancias y hechos naturales, si bien ese carácter etiológico, que subyace en no pocos cuentos y leyendas de la cuentística universal, asoma levemente, por ejemplo, en El fin de las lamias. Como se observará, ni el estudioso vasco en su clasificación ni nosotros en este repertorio hemos dedicado un espacio a las fábulas y cuentos de animales, tan abundantes en toda cuentística. Ello es debido a que, entre las muchas fuentes documentales consultadas, esos cuentos cuyos protagonistas suelen ser el zorro, el león, el oso..., nos parecen puras versiones de los existentes en el rico folclore universal de origen oriental.

Con relación al estilo y la procedencia de los cuentos y leyendas de esta edición, a cuyas claves y fuentes documentales se dedica nuestro apéndice, conviene indicar que en los textos pertenecientes a legendistas (Araquistáin, Trueba, Iturralde, Campión...), se ha respetado su particular estilo literario, modificando sólo, en algunos casos, aspectos ortográficos y de acentuación, por adecuarlos a la norma actual. No así en aquellos otros relatos provenientes de repertorios folclóricos de los que, una veces, ofrecemos la traducción de las versiones encontradas en euskera, francés o inglés (Barbier, Ariztia, Webster), y otras, hemos adecuado a un estilo más actual y elaborado aquellas versiones literales castellanas que los folcloristas nos ofrecen paralelamente a la versión vasca de sus cuentos, como es el caso de Azkue, por ejemplo.

Agradecemos a Azkue Biblioteka de Euskaltzandia su consentimiento para la utilización de algunos cuentos de su fundador, así como a la Biblioteca de la Diputación Foral de Bizkaia el habernos facilitado libros y revistas que han servido como fuente de otros de los textos en esta edición. A

la editorial Elkar, de San Sebastián, el poder disponer de un relato de Barbier, tomado de sus Légendes Basques, e igualmente del fragmento de Pernando Amezketarra, de cuyas ediciones es depositaria. Y a ediciones Mensajero, de Bilbao, la traducción de algunos cuentos de las Basque Legends de Webster.

SEVE CALLEJA



Antonio de Trueba

JAUN ZURIA (1859)

I

RAN número de guerreros, con el carcaj a la espalda, llena el atrio del palacio de Témore, residencia de los reyes de Erín^[1], y los bardos cantan, al son de las arpas de oro, las hazañas que han glorificado en la guerra y en la caza al valeroso Morna, soberano de las verdes islas cercadas de olas azules.

Las arpas de los bardos callan, los guerreros se ordenan en dos largas filas, las puertas del palacio se abren, y aparece en ellas el anciano Morna, en medio de sus hijos Lémor y Armin.

El pueblo que se acerca a contemplar a su rey, le aclama con infinito amor, que Morna es el amado de todos, según la significación de su nombre en el armonioso idioma de las verdes islas.

Canas tiene el rey, cabello y barba; pero la nieve de setenta inviernos no ha conseguido aún enervar aquellos miembros de atleta, desarrollarlos en el trabajo y la sobriedad.

También tiene el pueblo calurosas aclamaciones para los príncipes que acompañan al anciano; que hermosos de cuerpo y alma son Lémor y Armin.

Lémor tiene la tez blanca, como la nieve que corona las cimas del Cármona, el cabello dorado como los rayos del sol, y los ojos azules como la flor del lino.

Se alejan, se alejan de Témore, seguidos de los guerreros y bendecidos de las mujeres, los ancianos y los niños, que los siguen con la vista y el corazón hasta que se pierden en la espesura de Lena.

No van a la guerra, no, que las mujeres no lloran al verlos partir.

El jabalí de ásperas cerdas y prolongados colmillos es el enemigo con quien van a lidiar en los bosques de Lena.

Helos, helos que ya se dispersan en la espesura, así que los perros que los siguen de cerca anuncian la presencia del monstruo de los bosques.

El rey va por un lado, y Lémor y Armin por otro.

La bocina de los ojeadores anuncia también la aparición del jabalí.

El jabalí corre, corre, corre, destrozando con sus formidables colmillos cuantos perros osan acercarse a él, y rechazando con su áspera y cerdosa piel cuantas flechas se le disparan.

Lémor se ha separado ya de su hermano, como antes se había separado de su padre, y hace una hora que los cazadores se fatigan recorriendo el espeso bosque, sin poder rendir la fiera.

La bocina anuncia a Lémor que la fiera se dirige hacia donde él está, y el hermoso cazador prepara su arco.

Agitase la maleza a corta distancia; la espantosa cabeza del monstruo se deja ver, y la flecha de Lémor parte silbando.

Un doloroso quejido resuena en la espesura, y Lémor se lanza a acabar con la fiera; pero la fiera no está allí donde el príncipe encaminó su flecha, y el quejido se repite a algunos pasos más allá.

Avanza Lemor, y al apartar la maleza de donde sale el quejido, un grito de inmenso dolor se exhala de su pecho; que su padre, el rey de las verdes islas, el amado de todos, y de nadie tanto como de Lémor, yace allí moribundo, atravesado el noble pecho por el dardo partido del arco de Lemor.

Lémor demanda auxilio para su padre, invoca la protección del cielo para el moribundo anciano, procura devolver a éste la vida, que se va, que se va por instantes, y llora al ver su impotencia, y siente en su alma la desesperación.



II



Ya regresan al palacio de Témore los príncipes de las verdes islas, y los guerreros que fueron con ellos a las selvas de Lena; pero los bardos que salieron a su encuentro cuando los vieron asomar por los lejanos oteros, no pulsan las arpas de oro, ni glorifican con cánticos de alabanza a los cazadores.

Silenciosos y tristes llegan cazadores y bardos, y al saber la causa de su silencio y su tristeza, las mujeres y los ancianos y los niños atruenan el espacio con sus lamentos. Morna, el amado de todos, torna sin vida, conducido por sus guerreros en un lecho de ramas fúnebres, y Lémor y Armin parecen próximos a morir de dolor.

Los ancianos, jefes de las tribus de Erín, se congregan al siguiente día en Témore, y después de conferenciar largo rato, comparecen ante Lémor, heredero de la soberanía de las verdes islas.

—Príncipe —le dice el más anciano de los jefes—, aunque nuestras leyes condenan a muerte al parricida, tú no debes morir, porque si tu flecha ha herido a tu padre, no la ha dirigido tu voluntad; pero no debe ceñir una corona ni vivir entre nosotros el que está manchado con la sangre de su padre y de su rey. La corona de Morna descansará en la frente inmaculada de Armin. Mañana, al alborear, te esperará en el puerto una nave aparejada y provista de cuanto necesites para tu sustento. Aléjate en ella para siempre de nuestras islas, y que el cielo te ampare dondequiera que los vientos te lleven.

Lémor acata la decisión de los jefes de las tribus, y se entrega a merced de los vientos y las olas, sin más compañía que su dolor, su esperanza en el cielo, que sabe su inocencia, y dos leales servidores que quieren participar de su desdicha.

La nave, falta de diestro piloto, vaga días y días, y aun meses, por las soledades del Océano juguete de las irritadas olas y de los vientos desencadenados.

La sed devora a Lémor y sus servidores, que no pueden llevar a sus labios más agua que la de la mar salada; pero he aquí que cuando ya la última

esperanza de descubrir un continente, cualquiera que él sea, los abandona, descubren allá muy lejos, entre las brumas, unas costas cubiertas de verdes montes, y empujan, empujan su nave hacia aquella tierra de bendición.

Aquella tierra es la habitada por los cántabros, por la raza de gigantes a quienes cinco siglos ha no pudo domar todo el poder de Roma, la señora del mundo.

Ya se acerca la nave a la costa. Hermoso es, más hermoso aún que las islas de Erín, el continente que el príncipe y sus senadores saludan llenos de júbilo.

Los desterrados saltan de la nave y prorrumpen en gritos de alegría, porque a la sombra de unos verdes y seculares castaños brota una caudalosa fuente, clara como las cristalizaciones de las grutas del Drumanar.

El agua calma el ardor que les devora. La tranquilidad acude a su alma y el sueño a sus ojos. Reclínanse en un recuesto cubierto de flores, y quedan profundamente dormidos.



III



¿Adónde va el *echeco-jauna*^[2] de Busturia, que, abandonando el cultivo de sus campos, desciende a las desiertas playas de Mundaca, seguido de los que le acompañan en el trabajo? ¿Adónde va el *echeco-jauna*?

Ha visto desde la altura una navecilla bogando sin gobierno y chocando contra las rocas, y como es compasivo y hospitalario, corre, corre, vuela a socorrer a los náufragos, que supone luchando con la muerte en la ribera.

Detiénese al bajar al llano, y le imitan los que corrían en pos de él. Tres extranjeros duermen cabe la fuente, a la sombra de los castaños, y el *echeco-jauna* y sus compañeros detiénense a velar su sueño.

Los hijos de las verdes islas despiertan, y preguntan al *echeco-jauna* cuál es la tierra adonde el viento y las olas han arrastrado su nave.

Y al saber que es la tierra de los invictos cántabros, alzan sus ojos al cielo para dar gracias a Dios, que los ha traído a la patria de los primeros héroes del universo.

Bajo el lecho de Busturia hallan hospitalario asilo los desterrados de Erín; pero pronto se sabe en las montañas éuskaras que mora en ellas un hijo de reyes, y el anciano Lekobide, el caudillo de los euskaldunac y descendiente de

aquel otro glorioso caudillo del mismo nombre que humilló la soberbia de los Césares y celebran los cantos populares vascos, envía mensajeros al príncipe de Erín para ofrecerle su hogar en el valle de Padura.

Lémor contempla la felicidad suprema de la tierra al llegar a la morada del caudillo vascongado.

Una aureola de gloria circunda la anciana frente de Lekobide, y otra de castidad y hermosura la frente juvenil de Luz, la hija del jefe de los euskaldunac.

Meses ha que Lémor se sienta en el escaño del hogar de Lekobide. Meses ha que pugna por abandonar el valle de Padura, porque, buen caballero y buen cristiano, se avergüenza de vivir en el ocio mientras los hijos de Agar huellan la santa cruz allende el Ebro.

Meses ha que quiere ir a ofrecer su brazo al valeroso conde de Castilla; pero siempre le detienen los ruegos de Luz y de Lekobide, y más que todo una fuerza misteriosa que reside en su corazón.

Los ejercicios guerreros y la caza le entretienen. Cuando, alejándose de Padura, se encamina a las altas montañas que dominan el valle, para perseguir allí al jabalí o el gamo, Luz se asoma a la ventana, entristeciéndose más cuanto más se aleja el extranjero, y el extranjero torna la vista buscando a Luz en la ventana.



IV



Los euskaldunac son libres, libres como las brisas y los pájaros de sus montañas.

No tienen Señor a quien rendir vasallaje, ni más leyes que las escritas en la conciencia de sus ancianos, que juzgan al delincuente y dirimen las contiendas a la sombra del santo roble de Guernica.

Fuera de las jerarquías de la virtud y la inteligencia y la ancianidad, sólo hay una jerarquía en la tierra de los euskaldunac.

Los euskaldunac eligen un caudillo que esté siempre dispuesto a conducirlos al combate cuando el extranjero invada su libre tierra, y ese glorioso título concedieron a Lekobide ha más de media centuria, atendiendo a su virtud, a su inteligencia, a su valor y a su glorioso nombre.

Un día, congregados los patricios éuskaros bajo el santo roble de Guernica, recordó uno de ellos que Lekobide era anciano, e impotente, por

tanto, para acaudillar las huestes euskaldunac el día que el extranjero invadiese la patria. Entonces un patricio centenario habló de este modo a la asamblea:

—Quince años hacía que Leyalá, el perro más valiente y leal de nuestras montañas, vigilaba día y noche a la puerta de su amo.

»Leyalá es viejo, dijo un día el *echeco-jauna*; y aquella noche un nuevo guardián ocupó el puesto en que Leyalá había encanecido.

»El raposo, ahuyentado hacía quince años por Leyalá, que le sentía desde lejos, vino aquella noche sin que el perro joven le sintiera, y comió las gallinas del *echeco-jauna*.

»Y Leyalá, que había dejado cabizbajo y triste el helecho en que dormía hacía quince años a la puerta de la casería para que un extraño ocupase su puesto, apareció muerto a la mañana siguiente, aunque el *echeco-jauna* le había preparado un lecho más blando y más abrigado que aquél en que descansaba hacía quince años».

Así habló el patricio centenario, y nadie ha recordado desde entonces que Lekobide es anciano.

Tampoco Lekobide lo recuerda, que la juventud de su alma no le deja pensar en la ancianidad de su brazo.

Pero he aquí que un sordo rumor y una agitación inusitada muchos años ha se extiende por los valles y las montañas éuskaras, y numerosos corredores, con la indignación en el alma, llegan a la puerta de Lekobide, exclamando:

—¡*Quidaria!*^[3]. Un ejército formidable asoma por las cordilleras de Orduña, y ¡ay de los euskaldunac si el *irrinzi*^[4] no se oye pronto en nuestras montañas!

—¡Rayo de Dios! —grita Lekobide encendido en ira—. ¡Suenen las cinco bocinas en los cinco montes éuskaros, que no llegarán al árbol Malastu los que en son de guerra osan pisar nuestros libres solares! ¡Dadme la cota y la lanza que me acompañan en el combate setenta años ha!

Lekobide se viste la acerada cota, y su cuerpo se encorva bajo el peso de la armadura.

Lekobide empuña la lanza, y su brazo se niega a sostenerla.

Entonces el glorioso caudillo recuerda su ancianidad, y tiembla, y cae lleno de desaliento y desesperación en el poyo de la puerta.

Y entretanto la alarma cunde por las montañas y los valles éuskaros, y ya muchos guerreros vascongados bajan al valle de Padura pidiendo a su glorioso caudillo que los conduzca al combate.

Un rayo de esperanza ilumina de repente la venerable faz de Lekobide.

—¡Príncipe de Erín! —exclama el anciano dirigiéndose al hijo de Morna—. Toma mi cota y mi lanza, y ocupa mi lugar al frente de las legiones euskaldunac.

—Señor —contesta Lémor—, yo pelearé contra los enemigos de la tierra que tan generosa hospitalidad me ha dado, pero será confundido con tus guerreros. Busca caudillo más digno que yo de conducir tus guerreros al combate.

Todos los euskaldunac que han bajado al valle de Padura unen sus ruegos al de Lekobide; pero el modesto príncipe insiste en pelear como el más humilde.

—Serás mientras vivas el caudillo de los euskaldunac, que yo soy impotente para serlo —dice Lekobide con universal asentimiento.



—Hijo de reyes eres, y mereces mandar vasallos —exclaman los ancianos de veinte valles, reunidos ya en el de Padura—. La libre tierra éuskara te da su señorío si consientes en acaudillar sus huestes.

El príncipe de Erín rehúsa el señorío de los euskaldunac.

Y en tanto, nuevos corredores llegan anunciando que el ejército enemigo ha pasado el árbol Malastu, y baja como mar embravecida, arrasando cuanto se opone a su paso.

—¡Oh, príncipe de Erín! —exclama Lekobide—. Si por mis venas corriese sangre de reyes, yo te diría: Acaudilla las legiones euskaldunac, arroja de nuestra tierra al extranjero, y al tornar del combate te sentarás en mi hogar y te daré el nombre de hijo.

Lémor dirige a Luz una mirada llena de amor y de ansiedad; y como si en el rostro de la doncella hubiese leído la respuesta que anhelaba su alma, exclama, vistiéndose la cota y empuñando la lanza de Lekobide:

—¡Anciano, que Dios me deje sentar en tu hogar y oír de tus labios el nombre de hijo!



V



En los cinco montes más altos de la tierra libre resuenan las bocinas, y el *irrinzi* contesta a aquel belicoso sonido en todos los valles y en todas las montañas.

Todo varón bastante fuerte para lanzar un dardo o blandir una espada, o una lanza o un hacha, abandona presurosamente su hogar y se encamina hacia el valle de Padura, cuyas hondonadas y cumbres apenas pueden ya contener los millares de euskaldunac, que van acudiendo al llamamiento de la patria.

Y no es fuera de razón este llamamiento, que los enemigos son muchos y ya se acercan al valle de Padura como desafiando al caudillo de los euskaldunac que saben tiene allí su morada.

El ejército que invade las montañas éuskaras no se compone, no, de aquellas esforzadas legiones castellanas y leonesas que tantas veces plantaron la cruz de Cristo sobre las tiendas musulmanas, ni le acaudillan reyes de León ni condes de Castilla. Compónese de viles aventureros que infaman el nombre cristiano desde el Ebro al Tajo, y le acaudilla *Ordoño el Malo*, el villano usurpador de la corona de Sancho el Craso, que, arrojado del trono leonés,

quiere ahogar su despecho en la noble sangre de los euskaldunac y levantar en las montañas éuskaras un nuevo trono en que sentarse.

El ejército vascongado, acaudillado por Jaun Zuria, como denominan los euskaldunac al príncipe de Erín, sale al encuentro del extranjero, que asoma ya por las montañas que dominan el valle de Padura, y Sancho Estiguiz, el Señor del Duranguesado, deja sus palacios de Tabira para acaudillar a los durangueses que ansían ir a pelear al lado de sus hermanos los de la raza euskalduna, y vuela al lado del príncipe.

Trabado está el combate, y su espantoso fragor atruena las antes pacíficas montañas éuskaras.

Espesas nubes de dardos oscurecen el sol. Enormes rocas, arrancadas por el hercúleo brazo de los euskaldunac, se desploman sobre las huestes de Ordoño, desordenándolas, y espantándolas, y aplastándolas. El hacha, y la lanza, y la espada de los patricios vascos siembran de cabezas extranjeras e inundan de sangre los peñascales de Padura.

Pero la desesperación de Ordoño, que es inmensa, hace supremos esfuerzos para reanimar el valor de los aventureros, y aún se mantiene indecisa la victoria.

—¡Muera —exclama Ordoño— el caudillo de los euskaldunac, y el triunfo será mío!

Y corre al encuentro de Jaun Zuria, que a la par lidia y rige su ejército en lo más recio de la pelea.

El hijo de los reyes de Erín sale a su vez al encuentro del ambicioso jefe de los invasores, y cierra con él en descomunal batalla.

La lanza de Lekobide, manejada con fuerza de titán por el príncipe de Erín, traspasa el pecho de Ordoño, que expira dando un rugido de desesperación, que resuena en las montañas de Padura como el del león herido. Pero ¡ay!, una piedra lanzada por los enemigos hiere la noble frente del Señor del Duranguesado, por cuya vida daría la suya el príncipe de Erín.

El desorden es espantoso en las ya mermadas legiones extranjeras, que huyen, huyen en desorden por donde bajaron, señalando su huella con sangre y fuego.

Los euskaldunac las siguen hasta el pie del Luxa, y allí, cansados ya de matanza, y viendo libre y feliz a la patria, descansan y celebran su glorioso triunfo a la sombra del árbol Malastu, que limita la tierra libre.

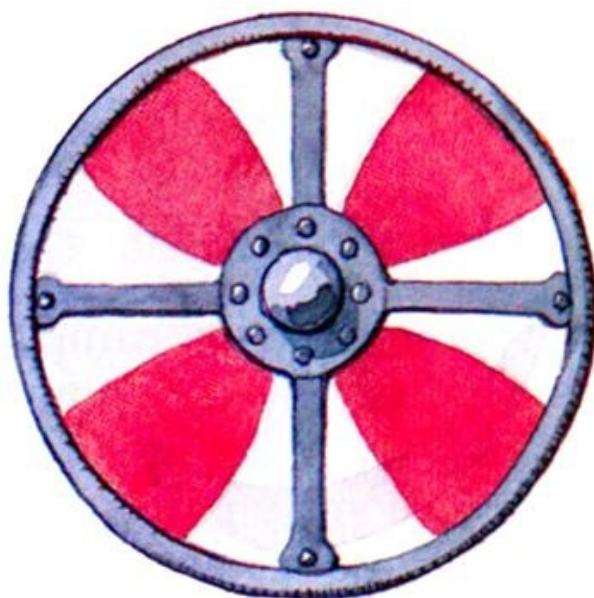


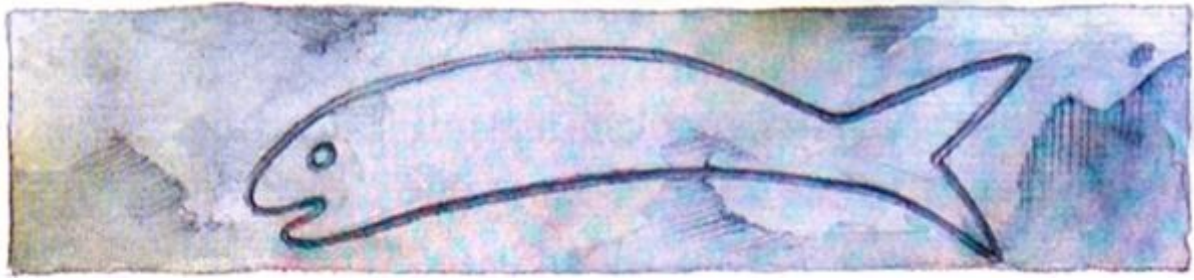
Cerca de diez siglos han pasado desde que los euskaldunac, acaudillados por el desterrado de Erín, hicieron estremecer de gozo a la patria en los campos de Padura.

Si queréis visitar aquellos campos, no busquéis en el mapa el nombre de Padura, pues trocaron este nombre por el de Arrigorriaga, que en el rico y venerable idioma éuskaro equivale a *piedras bermejas*. Las rocas de que están erizadas las montañas de la antigua Padura, conservaron por mucho tiempo el color de la sangre que derramaron en ellas las hordas de Ordoño el Malo; y he aquí por qué la antigua Padura trocó este nombre en el de Arrigorriaga

Dirigíos a la iglesia parroquial del valle de Arrigorriaga, y allí, junto a la pila del agua bendita, veréis un sepulcro de piedra. Preguntad a los sencillos aldeanos quién yace en aquel sepulcro, y os contestarán, latiendo su corazón al recuerdo de las glorias de la patria, que allí yace un príncipe llamado Ordoño, que intentó robar sus libertades al pueblo vascongado y fue muerto por Jaun Zuria, el primer Señor de Vizcaya.

Examinad luego los empolvados archivos del templo, y si sabéis la inmutable y eterna lengua de los euskaldunac, unos carcomidos y amarillentos pergaminos os dirán que en aquel templo se unieron la hija de Lekobide y el hijo de un rey de Erín.





Juan Venancio de Araquistáin

LAS TRES OLAS

(1866)

ACIA fines de junio de 1850, tuve que pasar, por ciertos asuntos de familia, desde el puerto de Deva al de San Sebastián: y como el viaje por tierra era largo y penoso en aquella época, por no hallarse abierta todavía la carretera que hoy une ambos pueblos, me decidí a hacerlo por mar, fletando para ello una barquilla.

Tanto por aprovechar el terral de la noche, como por huir del calor que ya en aquellos días principiaba a apretar bastante, nos embarcamos antes del alba; y largando las dos velas, que se hincharon al punto al soplo de la brisa del río, la ligera embarcación principió a hender graciosamente las aguas, como blanca gaviota que resbala en la corriente entre la espuma de las ondas.

Los marineros, recostados perezosamente sobre los paneles, saboreaban con delicia el acre humo de su negro tabaco, engolfándose por milésima vez en la inagotable relación de los mil accidentes y lances de la última invernada.

Cierto es que la pesca del besugo a la que se dedican en esta estación, la más borrascosa del año, ofrece tan graves y frecuentes peligros, que son raros

los días en que no vean entre angustias de muerte abrirse los hondos abismos de ese horrible elemento, prontos a sepultarlos en su seno.

No es, pues, extraño que las rudas sacudidas que agitan sus almas, y que conserva palpitantes la memoria, sean el objeto predilecto y constante de sus conversaciones.

—¡Padrino! —exclamaba un joven, dirigiéndose al patrón, que era un anciano respetable, curtido por el sol y el aire—. ¡Padrino! En vano se ha mascado mucha mar... El saber y los años podrán dar alguna seguridad y prudencia, pero la confianza y la audacia llenan el bolsillo. Así, mientras la lancha que usted manda, y tripulan los viejos de la cofradía, aferra la mayor y toma rizos al trinquete por cualquier nubecilla que mancha el horizonte..., nosotros, los jóvenes, con todos los trapos al viento tragamos el espacio.

—Tanto peor, hijo mío, tanto peor —repuso el patrón.

—¡Tanto mejor, padre Tomás! Así llegamos a la cala cuatro horas antes que ustedes, y apenas bien despierto el besugo se enreda en nuestros anzuelos, en tanto que al llegar ustedes en vano calan los suyos, pues los animalitos, despabilados ya, huyen de ellos como de la cruz del diablo.

—¡Tanto peor, repito, y así no lo fuera! ¡Dios haga que algún día las playas de Deva no tengan que llorar, desiertas y abandonadas, la pérdida de sus más valientes hijos!

—Hace mucho que se habla de eso, y sin embargo vivimos, y..., ¡qué diablos!, ¡aún viviremos!

—¡No te fíes demasiado, que lleváis mal camino para ello!

—¡La madera es más dura que el agua, padre Tomás!

—¡Manejándola bien, hijo mío! ¡Y no hay que olvidarse de eso! Tú sabes, así como tus compañeros, que os quiero a todos como a unos hijos; pues he sido amigo, casi un hermano, de vuestros padres y abuelos. Por eso, cada vez que miro a esa hermosa tropa de muchachos, todos jóvenes y gallardos, echarse locamente al mar, sin consultar para nada ni el celaje ni el viento... ¡oh!, te aseguro que se me oprime de angustia el pecho, y mis labios invocan a la Andra Mari de Iziar, que ha sido siempre la Protectora de los navegantes. También nosotros hemos sido jóvenes, ¡pero éramos más prudentes!

—Ya —gritó con voz robusta otro marinero entrado en años, llamado Chantón—; es que los ballenatos de ahora arriesgan las algas en el charco, por nadar de largo en tierra.

—¡Bah! ¡Bah! —repuso el joven—; lo cierto es que nuestra lancha ha venido siempre con muertos^[5] hasta los toletes, y la de ustedes apenas ha necesitado un balde para limpiar la escama.

—Otro año traerá otro viento —replicó Chantón—. Y por cierto que hace falta, porque, después de todo, tiene razón este chico... Si en la última invernada no hubieran corrido en compañía las dos lanchas..., la nuestra hubiera tenido que vender hasta los estobos para pagar sus deudas.

—Con la edad se olvida el oficio —exclamó riéndose el joven.

—No es eso sólo —repuso con cierto misterio el viejo Chantón.

—¿Pues qué más hay?

—¡La maldición de alguna alma negra! —contestó con acento irritado el viejo.

—¿Aún tenemos de éstas? —exclamó el joven dando una gran carcajada.

—Ríete, ríete cuanto quieras —refunfuñó amostazado Chantón.

—Y de buena gana por cierto, que merece bien tu guiñada.

Luego, dirigiéndose al patrón, añadió:

—¿Y usted qué dice a todo esto, padre Tomás?

Pero éste, haciéndose el distraído, volvió a otro lado el rostro, por ocultar la dolorosa emoción que revelaban sus alteradas facciones.

Chantón, en cambio, picado por la burlona risita del mancebo, replicó diciendo:

—Vosotros, jóvenes imberbes, os reís de nuestras rancias creencias porque habéis tragado algunas millas más que vuestros padres; pero pregunta a tu buen padrino, que ha sido un lobo de mar tan duro como un tiburón, si recuerda todavía sin espanto la *historia de las tres Olas*.

—¿Había también brujas en danza?

—¡Que te lo diga él!

—Vamos, pues, padre Tomás...

—Lo que vas a hacer al punto es tomar un rizo al trinquete, que viene refrescando el viento.

—¿Y después?

—¿Después? Callar, sin meterte en lo que no te importa; que el pez en el agua, y el secreto en el pecho.

Viendo luego que el joven trataba de replicar, añadió con imperioso y severo acento:

—Te advierto, de hoy para siempre..., que mar adentro y en tierra firme viro de proa o suelto una andanada cada vez que me toquen ese punto.

Nadie chistó; pues, por el tono con que pronunció sus palabras, comprendieron sus compañeros que serían inútiles sus ruegos.

Pero precisamente el interés que le inspiraba aquel asunto, y la penosa impresión que le causaba su recuerdo, era lo que excitaba mi curiosidad, no

dejándome sosegar hasta conocer los misteriosos sucesos a que se referían.

Afortunadamente, el honrado marino había sido en todos tiempos muy protegido de mi casa, de la que en más de una ocasión había recibido favores, que sabía yo recordaba con afectuosa gratitud, lo que me animó a manifestarle mis deseos, rogándole me refiriera la historia de que hablaba Chantón.

En efecto, a pesar de lo que le contrariaba mi exigencia, se preparó a complacerme; y después de algunos instantes que necesitó para reponerse de la dolorosa emoción que le causaban sus recuerdos, comenzó su relación en los términos siguientes:

—Tiene usted razón, mi amo, en creer que es algo rudo el sacrificio que me impone; pero, como nada puedo negarle, lo haré con gusto por darle con él una corta prueba de la gratitud que le debo, sólo que, en atención a la penosa impresión que me produce la memoria de tan tristes sucesos, me permitirá que sea en su relación todo lo breve que pueda.

Hace cosa de cincuenta años que era yo *Onci-mutilác*^[6] de una de las lanchas pesqueras de Deva, en compañía de un muchacho conocido con el apodo de Bilinch. Él tendría como unos quince años, y yo de dieciocho a veinte.

El patrón de la lancha era un hermano de mi padre que me había recogido a su casa siendo aún muy niño, al verme huérfano y desamparado en el mundo, por la pérdida de mis padres.

Era un gran marino, y tan práctico en nuestras costas, que hubiera remontado con los ojos vendados todas sus barras, fondeaderos y calas.

Por lo demás, aunque un poco rudo y agreste, como todo hombre de mar, tenía el corazón más grande y hermoso que puede imaginarse.

Habiéndose casado, de vuelta de sus navegaciones por América, con una joven a quien quería entrañablemente, tuvo de ella una hija bonita y buena como un ángel. Era de la misma edad que yo, poco más o menos, lo cual, unido a la costumbre de vernos y de tratarnos a todas horas, hizo que, sin echarlo de ver siquiera, llegáramos a amarnos como dos pobres locos.

Poco tardó mi tío en apercibirse de ello; pero no debió desagradarle, a juzgar por las muchas bromas que en sus horas de buen humor nos daba a entrambos.



Cierto es que me quería como a un hijo... y después... ¡nos veía tan felices!

¡Qué tiempos aquéllos! —continuó diciendo el viejo marino, exhalando al mismo tiempo un profundo suspiro—. Si agobiado de cansancio llegaba de la mar, sin el consuelo siquiera de reparar con el sueño mis fatigas, por tener que arreglar las trezas para la siguiente mañana, la hermosa niña me obligaba a acostarme, mientras ella, sentándose a los pies de mi cama, pasaba las altas horas de la noche preparando mis enseres y arrullando mi sueño con dulces y melodiosos *zortzicos*.

Cuando, azotados por la tormenta y ateridos por el frío, llegábamos con trabajo al puerto..., mis ojos se encontraban con sus ojos, que reanimaban mi vida, indemnizándome de todas las fatigas.

También es cierto que el primer pescado de la invernada era siempre para ella; y si alguna preciosa concha o una caprichosa *flor de agua*^[7] se enredaba en nuestras trezas, llegaba para la noche a sus manos; pues todos me la cedían con gusto, bien persuadidos de la profunda gratitud con que me obligaban por aquel obsequio, que era el mayor que podían hacerme. ¡Oh, mi amo! La palabras de amor son frías en los labios helados de un viejo, pero puedo asegurar a usted que podría haber en aquel tiempo otros dos seres tan felices como nosotros, pero lo que es más..., ¡imposible!

Si alguna nube llegó a turbar tanta dicha, fue la desgracia que constantemente persiguió a nuestra lancha en la pesca de besugo el último año de aquellas relaciones.

En vano llegábamos antes que nadie a la cala; nuestras trezas se cargaban de miserables mielgas y papardos, en tanto que a nuestro lado las demás lanchas se veían obligadas a aligerar el lastre para hacer lugar a sus centenares de besugos.

Si, con el fin de variar la suerte, dejábamos que ellos talaran primero, les veíamos con vergüenza y pena izar los aparejos cargados a punto de romperse, mientras los nuestros subían bailando, al soplo del viento.

Y eso un día... y otro...; sin que pudiera atribuirse a la carnada, que era inmejorable; ni a las trezas, que eran elegidas; ni a la torpeza de los marineros, pues eran los pescadores más diestros que se conocían, desde Machichaco a Higuier.

¡Era cosa de desesperarse!

Trabajábamos tres veces más que todos nuestros compañeros, sin dejar banco ni valle de esa misteriosa cala del «Gran Canto» que mi tío conocía al

dedillo, y adonde no abordaban todavía en aquel tiempo más que algunos vasco-franceses.

Al llegar aquí, el viejo Chantón, aprovechando una pausa que hizo el patrón, se dirigió con aire de triunfo al incrédulo joven y le dijo.

—Sigue, sigue escuchando, que ahora empieza lo mejor.

—Una noche... —continuó el viejo Tomás dando un profundo suspiro—; una noche a eso de las doce, nos reunimos Bilinch y yo en el muelle de Maspe, y entramos en la lancha, a fin de aviarla para la salida, que solía ser generalmente de dos a tres de la mañana.

En menos de una hora dejamos todo arreglado, y, viendo que aún nos quedaba mucho tiempo, nos echamos a dormir.

Por mi parte, poco tardé en entregarme al sueño; y sabe Dios cuánto hubiera durado a no despertarme mi compañero, sacudiéndome violentamente de un brazo.

Sorprendido por tan brusco llamamiento, iba a dirigirle alguna agria reconvención por su torpeza, cuando, al levantar los ojos para mirarle, quedé helado de espanto, observando el terror que revelaban sus desencajadas facciones.

—¿Qué te pasa? —le pregunté con ansiedad.

—¿No las has visto? ¿No las has oído? —balbuceaba él, con los ojos azorados. ¡Eran ellas! ¡Ellas!

—¿Pero quiénes? —le volví a preguntar.

—¡Tu Mari... y la otra! ¡Huye de ellas, Tomás...! ¡No vuelvas a verlas!

Alarmado por sus ininteligibles frases, iba a pedirle algunas explicaciones, pero tuve que aplazar para otra ocasión, porque en aquel momento el reloj de la parroquia vino a anunciarnos la hora de salida.

—¡Vamos, vamos! —gritó mi compañero al oír las tres campanadas—. ¡Pronto, Tomás, que estarán ya aguardando!

En efecto, soltamos la lancha y nos dirigimos con ella a Lavataya, que era el punto en que se reunía y se embarcaba la tripulación.

En el camino volví a acosarle con mis preguntas... pero ¡en vano! Ni desplegaba los labios, ni levantaba los ojos clavados tenazmente en los paneles.

Cuando llegamos al embarcadero, encontramos a la tripulación que nos estaba aguardando.

Pero antes de que la lancha atracara bien al muelle, Bilinch pegó un salto, y echó a correr en dirección a la calle atravesando por medio de un grupo de marineros. Mas, al doblar la esquina, tropezó con el sotapatrón, que venía en

sentido opuesto, y fue tan rudo el encuentro, que el pobre chico cayó en el suelo gritando:

—¡No puedo..., no quiero..., y no iré al mar!

—¡Hola! ¡Hola! —replicó entonces el otro—. ¿También tenemos de esas?

Y asiéndole de una oreja, le trajo al muelle, haciéndole entrar luego de un empujón en la lancha.

—¿Qué es eso? —gritó mi tío al ver lo que pasaba.

—Nada —contestó el sotapatrón—; que este arrapiezo quiere correr novillos.

—¿Es posible?

—Dice que le marea el agua salada y que deja el oficio. Por lo visto, va a matricularse de obispo.

A todo esto, el pobre muchacho se retorció desesperadamente a los pies del patrón, pidiendo a gritos que le echaran a tierra.

Los marineros, por su parte, no viendo en aquellos extremos más que el empeño de gandulear a sus anchas, se burlaban sin piedad de él; quién preguntándole si había conquistado el corazón de alguna mayorazga, quién si estaba aguardando a algún tío de Indias.

Pero yo, que me hallaba desasosegado y caviloso por el recuerdo de las fatídicas palabras que me dirigió al despertarme en la lancha, y que veía algo de misterioso en toda su conducta, me acerqué disimuladamente a mi tío y le comuniqué mis temores.

Éste, que, a pesar de su rudeza, era un hombre razonable y bondadoso, impuso silencio a todos, y se dirigió a Bilinch diciéndole con dulzura:

—Vamos, hijo mío, tranquilízate, y explícanos luego por qué no quieres, como otras veces, salir al mar con nosotros.

—Oh, mi amo, ¡me es imposible! Pero juro a usted que hoy no debo, que hoy no puedo acompañarles.

—Pero eso no basta. Tú sabes que estás comprometido por todo el invierno, y que no puedes faltar ni un día sin una razón que lo impida.

—Es que la tengo, señor, la tengo; y ojalá que así no fuera.

—Lo creo, pues lo aseguras; pero es preciso que la conozcamos todos.

—Se me ha anunciado que si hoy me embarco, me he de ahogar sin remedio.

—¿Y cómo?

—Naufragando.

—¿Perdiéndose contigo en tal caso la tripulación entera?

—Así lo creo, y por eso debíais impedir que saliera hoy vuestra lancha.

—Chico, chico... ¡Eso va picando en historia! O tú te estás burlando sin conciencia de nosotros, o sabes cosas cuyo conocimiento nos interesa a todos. Así pues, vas a decirnos qué anuncios son éstos de que nos hablas, y cuáles los peligros que nos amenazan.

—Pero es precisamente lo que no puedo.

—¡Bueno! Querrá decir que correrás la misma suerte que nosotros.

—¡Por Dios, mi amo!

—¡Silencio, canalla! Supongo que no tendrás la pretensión de creer que tu vida valga más que la nuestra.

Dicho esto, púsose en pie, y, asiendo el timón con mano fuerte, dio la orden de partir exclamando con robusto acento:

—*Arráun mutilác!* (¡Remad, muchachos!).

A esta voz, treinta remos hendieron a la vez las aguas, y la barca, impelida por su impulso, corrió con rapidez río abajo.

Pero Bilinch se había echado ya a los pies del patrón, suplicándole que se detuviera, pues que estaba pronto a referírsele todo.

En vista de ello, mi tío mandó parar, y los marineros suspendieron en alto los remos.

La lancha, perdiendo entonces poco a poco la fuerza de su marcha, fue a detenerse enfrente de Urazandi, balanceándose suavemente.

El patrón se sentó y, dirigiéndose con bondad al chico que lloraba amargamente, le dijo:

—Vamos, Bilinch, serénate y cuéntanos lo que te ha pasado.

—Lo haré, mi amo; y quiera Dios que no nos venga algún mal por ello.

Esta noche, a eso de las doce, fui como siempre con Tomás a preparar la lancha para la salida; y a las dos horas la dejamos ya arreglada y lista del todo.

Viendo que sobraba tiempo, nos tendimos ambos junto al tamborete, y a los pocos instantes mi compañero quedó profundamente dormido.

No hubiera tardado por mi parte en imitarle, si no hubieran venido a desvelarme con estrépito y algazara dos fantasmas en forma de mujeres, que cayeron a bordo como desprendidas de las nubes.

Fue tanta mi sorpresa, y tan grande mi susto, que quedé paralizado, mudo y sin aliento para rebullirme siquiera. Ésa fue mi fortuna; pues, habiéndose inclinado para observarnos, y creyendo que tanto mi compañero como yo estábamos dormidos, continuaron en su algarabía, dando vueltas en derredor de nosotros.

Cuando se hubieron cansado, la más vieja de ellas, dirigiéndose a la otra, dijo:

—¡Duermen... duermen! Es lo que necesitábamos; ahora no despertarán hasta que yo mande.

De pronto sentí que la barca subía y subía por el aire.

Después de andar bastante tiempo, fuimos bajando suavemente hasta que al fin nos detuvimos en la ancha copa de un enorme olivo.

Las dos mujeres se acercaron entonces, y mirándonos un rato, saltaron de la lancha y desaparecieron de mi vista.

A pesar del horrible miedo que me embargaba, era tanta mi curiosidad, que sin poder dominarme, abrí los ojos para echar una mirada hacia el punto en donde debían hallarse, a juzgar por las voces y ruido que venían por él.

Al incorporarme, tropecé con una rama que estorbaba mis movimientos, y cortándola con el mayor cuidado, la oculté bajo los paneles, para que no la vieran a la vuelta. Miré entonces y, a pesar de la oscuridad, conocí que nos encontrábamos en un inmenso olivar, en uno de cuyos extremos se me figuró ver algunos bultos que vagaban entre sombras.

¡Alguna danza de lamias!, dije para mí, y me acerqué a Tomás para despertarle; pero en aquel instante sentí ruido como de pasos que se iban aproximando y, sospechando que serían las dos mujeres, volví a tenderme como antes.

Eran ellas, en efecto, quienes, después de contemplarnos de nuevo un rato, entraron en la barca, que inmediatamente se puso en movimiento.

A los pocos instantes, llegamos al punto de partida, es decir, al muelle de Maspe.

Después de atada la barca, la mayor de ellas dijo a la otra:

—¡Hija mía, despidámonos de ellos para siempre!

—¿Para siempre? No entiendo...

—Quiero decirte que nunca volverás a ver esta lancha ni tripulante alguno de ella; pues, dentro de dos horas, descansará con su gente en el fondo del mar.

—¡Pero si está como una balsa de aceite!

—¡Pues a pesar de eso! Antes que doblen la punta de Arrangatzi, levantaré tres olas inmensas; la primera de leche, la segunda de lágrimas y la tercera de sangre. Podrán librarse de las dos primeras, pero no hay poder que les salve de la última.

—¡Qué odio les tienes!

—¡Es mi destino! Les he perseguido todo el invierno ahuyentando a su paso la pesca; pero, como mi virtud sobre ellos concluye la próxima noche, quiero acabar también con ellos sepultándolos en las ondas.

—¿Y no habrá compasión para nadie?

—¡Para nadie! ¡Absolutamente para nadie! Y no lo eches en olvido. Nuestra misión es aborrecer a todos sin excepción alguna; ¡pero con más vehemencia a quien más nos quiera!

—Sigamos, pues, el destino. Pero, ¿y si por cualquiera circunstancia dejaran hoy de salir a la mar?

—Calla, maldita, eso es imposible. Todo les convida a ello. Saldrán y perecerán. Sólo hay un medio, uno tan sólo en cuya virtud pudieran evitar su suerte, pero ni lo conocen ni alcanzarán a conocerlo.

—¿Cuál es, madre mia?

—Lanzar un arpón al seno de la última ola, es decir, a la de sangre; porque esa ola será yo, yo misma que flotaré entre sus aguas, invisible a sus ojos. El golpe que éstas recibieran heriría mi corazón de muerte, salvándoles a ellos.

—¡Oh, madre, si lo supieran!

—Pero es imposible, pues únicamente tú conoces este secreto, y bien seguro es que no irás a publicarlo. ¡Así es que serán míos! ¡Todos míos! ¡Y no habrá en nuestra próxima fiesta nocturna quien celebre un triunfo como éste!

Así diciendo, volvió el rostro hacia la barca, exclamando: «¡Podéis despertaros!», y en seguida desaparecieron ambas de allí dando estrepitosas carcajadas.

En cuanto me vi solo, desperté a Tomás; y al ir a revelarle lo que ocurría, sonaron las tres y vinimos a Lavataya.

El muchacho calló; pero, figúrese usted, mi amo (continuó el viejo Tomás dirigiéndose a mí), cómo quedaríamos al escuchar tan extraña relación, y sobre todos yo, que por las incoherentes frases que oí a Bilinch al despertarme, entré en sospechas de quiénes podrían ser las dos mujeres.

¡Era espantosa mi desesperación, y me enloquecía la idea de ser tan pérfidamente vendido por la persona que más amaba en el mundo!

Parecía que el corazón quería reventarse; y por cierto que en aquel momento lo hubiera sentido bien poco.

Hubo, sin embargo, algunos que no dieron crédito a las palabras del pobre chico, otros que las explicaron como efecto de una pesadilla, no faltando por último quienes, echándolo a barato, principiaron a burlarse de él.

Pero éste, por única contestación, preguntó dirigiéndose con altivez a todos si había uno siquiera entre ellos que conociera la existencia de un olivo en diez leguas a la redonda.

Todos respondieron negativamente; y entonces él, separando apresuradamente los paneles, sacó del fondo de la lancha una rama, y exclamó con aire de triunfo:

—¡Pues ahí tenéis esto! La rama con que tropecé en el olivar, al levantar la cabeza, y la cual oculté en este sitio, a fin de que a su vista no comprendieran aquellas mujeres que era fingido mi sueño. Ahora bien, si hay quien pretenda burlarse de lo que he dicho, debe primero citar un punto de donde pueda traerse una rama de olivo fresca como la que yo enseñé, en el corto espacio que ha durado el sueño de Tomás, único tiempo de que he podido disponer para hacerme con ella; pues, en cuanto al resto de la noche, bien sabe él, y puede deciros, que no me he separado un momento de su lado.

Nadie pudo resistir a prueba tan concluyente.

Porque la verdad es, mi amo, que en aquel tiempo no había, o no se conocía al menos en diez leguas al contorno, árbol alguno de ésa clase.

La rama fatal destilando todavía savia del punto en que había sido desgajada del tronco, corría de mano en mano, helando de supersticioso terror a los más incrédulos.

—¡Lamia! ¡Lamia! —murmuraban todos con indescriptible espanto.

¡Yo lloraba sin consuelo, pues mi alma destrozada me decía cuánta era mi desgracia!

Después de unos instantes de confusión, ocasionada por unos que opinaban por volver a tierra, otros que proponían que se evitara el Arrangatzi, y la gritería y las voces de todos, el patrón se puso en pie y, empuñando con fuerza el timón, dijo en alta voz:

—¡Silencio!

En cuanto se hubo restablecido la calma, añadió dirigiéndose a mí:

—¡Tomás, agarra el arpón y a la proa! ¡Listo el ojo, firme el brazo, y a mi voz lánzalo al agua! ¡Ahora los demás al remo! *Arráun mutilác!* (¡Remad, muchachos!).

Sentí oprimírseme el pecho al escuchar sus órdenes.

¡No sospechaba el desgraciado que el golpe que hiriera la ola había de costar su vida!

Impelida por la fuerza de los remos, nuestra lancha abrió con rapidez la corriente.

La trémula claridad del alba rielaba sobre la superficie de las aguas, que apenas rizaban ni un soplo de aire ni el movimiento de una ola.

La barca corría y corría, y, sin embargo, parecía que no nos movíamos apenas; y que los brezos y los madroños de la orilla huían de nosotros en vertiginosa carrera, tomando entre los vapores de la mañana formas fantásticas y caprichosas.

Doblamos la punta de la Cruz, y nos acercamos a la barra, que aparecía a nuestros ojos tranquila y serena como la frente de una virgen que no ha despertado al amor.

En un momento llegamos a ella.

Por ningún lado asomaba el menor peligro... y, sin embargo..., ¡nadie chistaba! De pronto, y sin conocerse por dónde, se levantó a dos brazas de nosotros una enorme ola, grande como una montaña, blanca como la nieve.

—*Gueldi!* (¡quieto!) —gritó el patrón, dirigiéndose a mí.

Yo cerré los ojos, deslumbrado por la blancura de las aguas... ¡y acaso por el miedo!

—¡Era verdad! —murmuró el patrón con voz un tanto trémula—. ¡La ola de leche!

—¡La ola de leche! —repitieron todos en voz baja.

—*Aurrerá mutilác!* (¡Adelante, muchachos!) —gritó el patrón.

Los treinta remos volvieron a hundirse, y la barca resbaló sobre el agua con la proa envuelta entre nubes de espuma; pero antes de la tercera palada volvió a levantarse muy cerca otra ola mayor que la anterior, exhalando de su seno diáfano y cristalino un vapor que abrasaba los ojos.

Así como antes nos suspendió por un momento sobre el abismo, y corrió en seguida a deshacerse bramando en las negras arenas de Ondarbeltz.

—¡La ola de lágrimas! —balbuceó mi tío gritándome: *Guertu Tomás!* (¡Listo, Tomás!).

Luego, dirigiéndose a la tripulación, añadió:

—*Aurrerá mutilác!* (¡Adelante, muchachos!).

La lancha corría y corría; y ya casi había traspuesto la barra cuando vino a cerrarnos de lleno el horizonte la pavorosa ola de sangre, que, alzándose en monstruoso arco, nos arrastraba a su horrible seno con fuerza irresistible.

¡Oh, mi amo! ¡Sería imposible pintar a usted la terrible ansiedad, el temeroso espanto, que agarrotaba los ánimos en aquel solemne instante!

No se sentía en medio de tan lúgubre silencio más que la angustiosa respiración de los marineros al compás del uniforme movimiento de los remos.

—*Orrí gogor!* (¡Firme a ésa!) —gritó mi tío santiguándose.

Vacilé un momento... cerré los ojos, ¡y lancé con mano trémula el arpón al fondo de la ola de sangre!

En doloroso y triste quejido respondió a mi golpe, mientras aquella montaña de agua rojiza se abría en dos panes contra el tajamar de la lancha, y se precipitaba con furia a la costa, dejando la playa cubierta de una espuma sanguinolenta.

—Aquel día —continuó cada vez más conmovido el anciano Tomás—, aquel día nuestros brazos se cansaron de levantar los aparejos cargados de besugo, pudiendo asegurarse que quedaron compensadas las pérdidas de la invernada.



Figúrese usted, mi amo, si con tal motivo faltarían a Bilinch plácemes y enhorabuenas.

Todos estaban locos de contento, mientras yo devoraba en silencio lágrimas que caían a abrasar mi corazón destrozado.

Dimos rumbo a casa, y, aunque tardamos poco en llegar, encontramos todos los muelles cuajados de gentes que habían acudido a presenciar la entrada, noticiosas ya de nuestra buena suerte por otras lanchas que, menos cargadas que la nuestra, pudieron anticipársenos fácilmente.

Pero en vano mi tío y yo dirigíamos las miradas de un lado a otro buscando entre la multitud los dulces objetos de nuestro cariño.

Ni la madre ni la hija aparecían por ninguna parte.

Mis ojos se encontraron con los del tío. No me fue difícil conocer en sus miradas la inquietud que le causaba su ausencia, pero bien seguro es que él no adivinó por las mías la tremenda borrasca que rugía en mi pecho.

En cuanto saltó al muelle, preguntó por su esposa, y le dijeron que se hallaba indispuesta.

—Ya me lo temía —murmuró, y apresuró el paso.

¡Yo le seguía llorando!

Llegamos a casa, y nos dirigimos al cuarto de la enferma, que en aquel momento se encontraba en cama con el rostro vuelto hacia la pared.

Al sentirnos entrar, levantó bruscamente la cabeza, y fijando en su marido una mirada sangrienta impregnada de odio, gritó con terrible acento:

—¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito seas!

Y así diciendo, cubrióse el rostro con la sábana, y exhaló su último aliento en un horrible rugido.

El desventurado esposo se precipitó sobre su cadáver y lo estrechó contra su pecho, queriendo volverle a la vida a fuerza de abrazos y caricias.

Aquella escena me desgarraba el alma, y salí de casa.

A los pocos pasos, me encontré con su hija. No puede formarse idea de la horrible transformación que en tan poco tiempo había sufrido su rostro de ángel.

Sus hermosísimos ojos, que brillaron siempre con una expresión de irresistible dulzura, lanzaron al verme miradas rencorosas de desesperación y venganza.

Un estremecimiento nervioso se apoderó de todo mi cuerpo, pero, dominándome sin embargo, le dije con cariño:

—¿Qué es eso, Mari?

—¡Maldito seas, asesino! —me respondió con ronco acento, y desapareció para siempre de mi vista.

Al punto comprendí lo que pasaba; pero, no obstante, por acariciar hasta el último extremo un resto de esperanza, tomé el camino más largo que pude para ir al muelle a verme con Bilinch.

Le encontré allí en efecto, según había pensado.

—¿Quiénes eran —le pregunté acercándome a él— las dos mujeres que viste anoche en el muelle de Maspe?

Mi compañero dobló la cabeza y guardó silencio.

—¿Quiénes eran? —le volví a decir, con aire amenazador.

—¡Mari y su madre! —contestó en voz baja.

—Ya me lo temía —murmuré yo, alejándome de aquel sitio.

Mi pobre tío cayó en cama, afectado profundamente por la soledad y el desamparo en que le dejaran la muerte de su mujer y la misteriosa desaparición de su hija; y a los pocos meses de enfermedad, sucumbió agobiado de dolor y de tristeza.

Huérfano de nuevo, se me hicieron insoportables los sitios en que fui tan dichoso, y que no ofrecían ya a mi alma más que la aflicción y el vacío en el porvenir, y recuerdos desgarradores en el pasado.

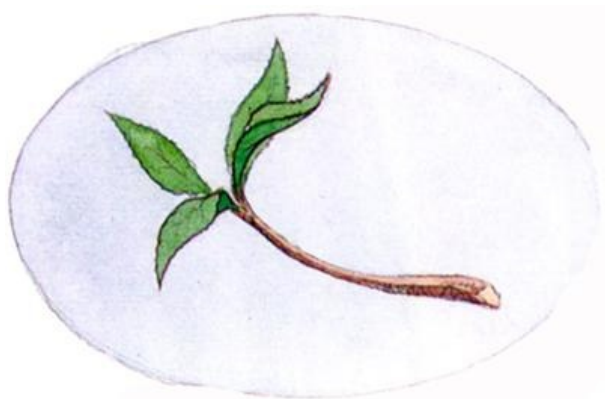
Así, —en la primera ocasión, me ajusté en un buque que hacía rumbo para América, y no volví a estas playas hasta después de veinte años.

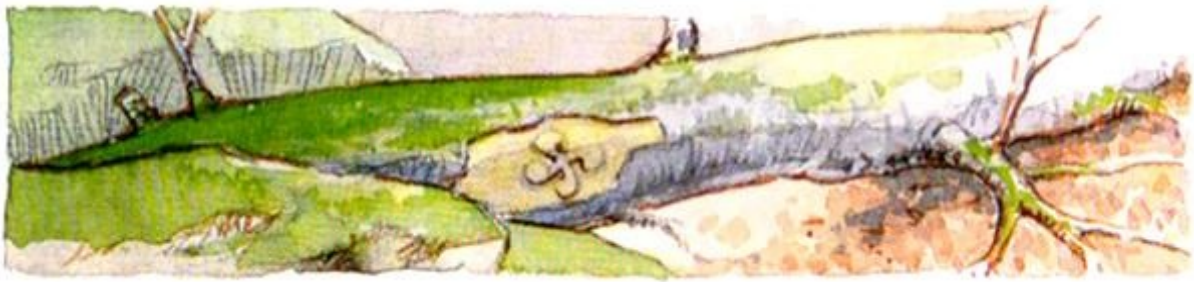
Desde entonces..., jamás ha llegado la mirada de una mujer a reanimar mi alma muerta, ni ha lanzado el fuego de la pasión a dar calor a mis labios fríos. Y aun hoy mismo, mi amo, después de cincuenta años de peligros y de fatigas, bajo esta piel curtida por el sol de dos mundos, mi viejo corazón se estremece rudamente al recuerdo de sus primeros y únicos amores. ¡Dios me perdone por ello!

El honrado patrón calló concluyendo su historia, y dobló la calva frente sobre su mano callosa, procurando ocultarnos dos lágrimas que surcaban sus tostadas mejillas.

Conmovidos también los demás en presencia de aflicción tan profunda, nos engolfamos poco a poco en esa vaga región de melancólicos sueños que impregna el alma de triste y misterioso encanto.

Y así continuamos el viaje hasta que la aguda voz del proel gritando: ¡Donostia!, ¡Donostia!, nos volvió a las dos horas a la realidad de la vida; saltando pocos instantes después en uno de los muelles de esa preciosa ciudad, que arrullan con sus amores, por un lado el rudo Océano, y por el otro el dulce Urumea (^{la}).





Arturo Campión

ORREAGA (1877)

S la medianoche. El rey Carlomagno está en Espinal con todo su ejército. No hay luna ni estrellas en el cielo; a lo lejos brillan hogueras en los montes. Los francos cantan en el pueblo; los lobos aúllan en Altobiskar; los vascongados afilan sus hachas y sus dardos en las piedras de Ibañeta

Carlomagno, acongojado, no duerme; junto a la cama su pajecillo lee una historia de amor; un poco más lejos el fuerte Roldan limpia la famosa espada Durandarte; mientras tanto, el buen arzobispo Turpín reza a la santa Madre de Dios.

—Paje mío —dice Carlomagno el rey—, ¿qué rumor es ese que rompe el silencio de la noche?

—Señor —le responde el paje—, son las hojas del bosque de Irati, más grande que el mar, que se mueven con el viento.

—Ay, niño querido, parece el grito de la muerte y mi corazón se amedrenta.

La noche está sin luna y sin estrellas; brillan hogueras en medio de los montes; los francos duermen en Espinal; los lobos aúllan en Altobiskar; los vascongados afilan su hachas y sus dardos en las peñas de Ibañeta.

—¿Qué ruido es ése? —pregunta de nuevo Carlomagno; y el paje, ya dormido, no le contesta.

—Señor —dice Roldan el fuerte—, es el torrente de la montaña, es el balido de los rebaños de Andresaro.

—Parece un gemido —dice el rey franco.

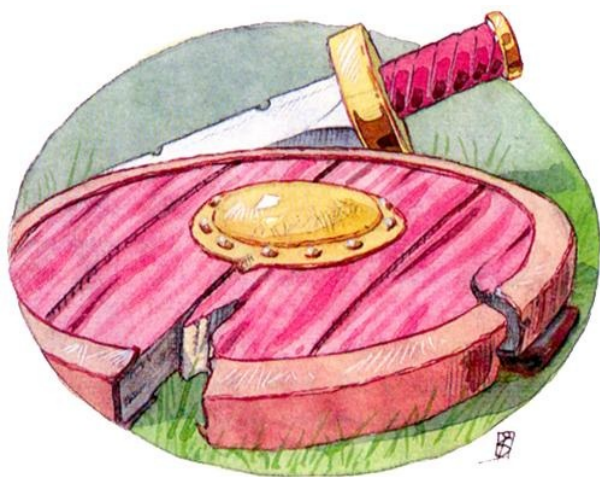
—Así es, señor —le responde Roldan—; esta tierra llora cuando se acuerda de nosotros.

Carlomagno, inquieto, no duerme; la tierra y los cielos están sin luz; los lobos aúllan en Altobiskar; las hachas y los dardos de los vascongados brillan entre los robles de Ibañeta.

—¡Ah! —suspira Carlomagno—, no puedo dormir; y la fiebre me quema. ¿Qué ruido es ése? —y Roldan, dormido, no le contestó.

—Señor —dice el buen Turpín—, rezad, rezad conmigo. Ese estruendo es el canto de guerra de Basconia, y hoy es el último día de nuestra gloria.

El sol brilla en la montaña; Carlomagno vencido huye «con su capa colorada y su birrete de plumas negras». Los niños y las mujeres bailan en Ibañeta. Ya no hay extranjeros en Basconia, y hasta el cielo sube el *irrinzi* de los montañeses.





Manuel Díaz de Arcaya

LA TORRE MISTERIOSA (1897)

NO de los valles más pintorescos del país euskaro, cuyas verdes montañas encierran tanta belleza y poesía, es a no dudarlo el risueño valle de Aramayona, enclavado en el punto en que la provincia de Álava limita por la parte del Norte con sus hermanas Vizcaya y Guipúzcoa.

La frondosa hondonada que lo forma se tiende de Norte a Sur desde el pie de la Peña de Amboto hasta la base de los montes bravos de Albina, teniendo en su centro al pueblo de Ibarra, orgullosa capital del valle, cercada de pueblecillos y caseríos, y bañada por el río Aramayona, cuyas límpidas aguas, unidas bajo el puente de Machín con las que bajan de Echagüen y Ganzaga, escapan en dirección a Guipúzcoa. El limitado horizonte de Ibarra está cercado en su parte Norte por la caprichosa Peña de Amboto, a cuyos lados se alzan, cual guardianes de la misma, los gigantes picos de Urquiola y Udala.

Cuando corría el año 1122 de la era cristiana, hallábanse altamente preocupados los habitantes del olvidado valle. Hacía poco más de un año que un misterioso hebreo, llamado Samuel, que vivía con impenetrable secreto en

el pueblo de Adurzaba, al pie del cerro de Gazteiz, se había presentado en el valle, sin que nadie pudiera traslucir el objeto de su rara aparición. Todos le habían contemplado cuando, vestido de larga *hopa*, sobre la que destacaba su luenga y canosa barba, cubriendo su cabeza negro birrete y calzando sandalias, se dirigía por las tardes a la fuente de Goicoerrotea, y, sentándose junto a ella, miraba una y otra vez a Amboto, y sacando un rugoso pergamino, trazaba en él algunas líneas; todos le habían visto subir a las primeras horas de la mañana, pasando por Andra-María e Ibabe hacia la peña; pero nadie se atrevió a inquirir el motivo de sus excursiones, hasta que poco después corrió la voz de que el hijo de Abraham fabricaba un encantado palacio en Amboto sin necesidad de operarios.

Así efectivamente parecía. A los pocos días y el hebreo no volvió a aparecer por Ibarra; pero desde éste veían los habitantes del valle el nuevo edificio, que se alzaba por momentos en las faldas de la severa peña sin que nadie osara acercarse a mansión tan misteriosa, sobre cuyo destino se hacían las más fantásticas conjeturas, y en la que sólo se guarecía por entonces el impenetrable Samuel. Todo esto engendró un supersticioso temor en los habitantes del valle, temor que, a medida que el tiempo pasaba, crecía y crecía, al modo que la sombra de un objeto se agiganta más y más a medida que el mismo se aleja de la luz que la produce.

Cuando la primavera de aquel año había engalanado de verdor las vertientes y salpicado de flores las praderas del valle, la fantástica torre de Samuel se erguía parda y solitaria en la vertiente de Amboto, sobre las sencillas espadañas de las torres de Gánzaga y Echagüen, situadas casi a sus pies, y detrás de la histórica ermita de Andra María, en cuya cercana pradera administraban justicia los ancianos los días consagrados al señor.

Los vecinos de Ibarra contemplaban desde las viviendas, todas las noches, la amortiguada luz, que iluminaba las ventanas de la torre de Amboto, contando de la misma las más inverosímiles maravillas; cuando un nuevo suceso vino a dar cuerpo y pábulo a sus medrosos pronósticos.

Era a la sazón el mes de junio, y durante los veinte días que del mismo habían transcurrido observaron los labriegos que, antes de que la medianoche se aproximase, salían de la torre blancos fantasmas, que, rodeados de sulfúreas y amortiguadas luces que flotaban en el ambiente en derredor de ellos, atravesaban el bosque en dirección a Zalgogaray, para horas después, y antes del crepúsculo de la mañana, volverlo a cruzar en dirección a Amboto, hundiéndose en los antros de su solitaria torre antes de que apuntara el nuevo día. Este raro suceso, observado por muy pocos la noche primera, corrió de

boca en boca con vertiginoso espanto, y a las muy pocas noches no quedaba en todo el valle ni uno solo de sus habitantes que no se hubiese acelerado a satisfacer su curiosidad, aun a trueque del terror que infunde lo maravilloso y desconocido, y todos habían podido convencerse de la realidad del caso.

Con esto, los más estupendos relatos encarnaron en la conciencia de los habitantes del valle; cada cual contaba las maravillas que él había visto o había creído ver con sus propios ojos; conviniendo todos, después de larguísimas discusiones y conjeturas, en que la torre de Amboto era una encantada mansión de brujas y espíritus que, envueltos en las sombras de la noche, recorrían el valle, reuniéndose después en Zalgogaray a celebrar sus fantásticas danzas y secretas reuniones, en que decretaban de los destinos de los habitantes del contorno para tornar después a su hechizada morada de Amboto. Asimismo era versión corriente que el judío Samuel, una vez terminada su obra, había desaparecido por los aires antes de que los espíritus viniesen a habitar la torre que el hebreo les había preparado.

Desde este momento ningún hijo del valle de Aramayona osó acercarse a Amboto ni Zalgogaray después del crepúsculo de la tarde, y los *coblakaris* de la comarca se apartaban medrosos de tales sitios cuando en las plácidas noches del estío daban al viento sus cantos de amor al dulce ritmo de sus melódicos laúdes.





Juan Iturralde y Suit

LOS PERROS DE MARTÍN ABADE (1881)

la derecha del camino que conduce de Mondragón a Santa Águeda, muy próximo a este establecimiento renombrado y a la anteiglesia de Garagarza, se alza majestuoso el gigantesco monte de Udala, cuya elevación es tal, que su cúspide y la del severo y misterioso pico de Amboto, no muy lejano, son las que los marinos descubren primero al acercarse a las temidas costas vascongadas. La parte inferior y media del Udala está cubierta de verdes y frondosos bosques; su cima, cual la cabeza de un anciano, aparece pelada, y sus grises peñascos, que simulan de lejos ciclópeas fortalezas, se pierden casi siempre entre plateadas nubes.

Una de las estribaciones de este monte guarda oculta a todas las miradas, en una depresión del terreno, la anteiglesia de Udala, tan apartada, tan silenciosa, tan ignorada, que pudiera muy bien servir de penitente asilo a los Antonios y a los Pablos, si este retiro no fuese, en medio de su abrupta soledad, tan pintoresco y risueño y lleno de naturales encantos como todo el país euskaro.

Udala es un pueblecillo reducido y humilde; sus casas, encantadoras a los ojos de un artista, esconden la vetustez de sus agrietados muros entre copudos castaños y trepadoras hiedras y madreselvas que, rodeando de graciosas guirnaldas ventanas y techos, dan sombra, aromas y alegría a aquellas pobrísimas viviendas.

En ellas viven felices, sin embargo, unas cuantas familias que en completo aislamiento pasan su vida trabajando y bendiciendo a Dios, sin que ninguna haya sentido jamás la triste ambición de que su aldea ocupe un lugar en la historia. Pero si Udala no tiene historia, conserva en cambio una leyenda, lo cual vale infinitamente más, y ésta es la que, tal como niños y ancianos la relatan, os voy a referir.

Allá por la segunda mitad el siglo XVII, era, según parece, arcipreste de Leniz un abad llamado Martín, hombre de buenos sentimientos, pero de carácter vehemente, y en cuyo corazón, un tantico apegado a las cosas de este mundo, dominaba tiránicamente una invencible pasión: la caza. Este ejercicio, que en un seglar y practicado dentro de los límites prudentes, nada hubiera tenido de reprochable, tomaba en el abad los caracteres de una monomanía, y le hacía descuidar hasta el olvido los altos deberes de su sagrado ministerio.

Ignoro si don Martín era versado en historia profana; pero si ésta no le era desconocida, puede asegurarse que a sus ojos el pueblo más famoso de la antigüedad debía ser el tebano, que pasa por inventor del arte cinegético; el monarca más grande, Mitrídates, quien, según cuentan las crónicas, estuvo siete años cazando fieras sin descansar bajo techado; y los príncipes más ilustrados, Alfonso el Sabio y Gastón Phebus, renombrados autores de libros de montería.

¡La caza! ¿Era posible encontrar en este mundo nada que pudiera comparársele? Sin la caza, ¿qué fuera de la vida? ¡Tan sólo ese admirable y sin par ejercicio podía trocar en alegría y felicidad las amargas que atormentan al hombre en el duro destierro de este mundo! Éstas eran, por lo menos, las ideas del bueno de don Martín, y tan lejos las llevaba, que más de una vez vínole a las mientes la duda de si en la mansión de los bienaventurados, adonde por la misericordia divina pensaba llegar, habría medios de entregarse a su diversión favorita, sin la cual, repetimos, no comprendía que pudiera existir dicha completa ni bienestar cumplido. La caza era su único pensamiento, su solo anhelo, el fin de todas sus ansias; en cazar pensaba al despertar; cazando pasaba el día; proyectando excursiones

cinagéticas le sorprendía la noche, y con ellas soñaba mientras su fatigado cuerpo se preparaba con el descanso a nuevas aventuras.

Más de una vez, sin embargo, debió de sentir, allá en el fondo de su alma, la voz del deber que le acusaba, y en esos momentos el pobre abad, que en medio de todo tenía excelente natural, deploraba de todas veras su pasión malhadada, renegaba de ella y se proponía vencerla por completo para no ocuparse más que de sus tareas parroquiales. Bañábanse entonces sus ojos en lágrimas de arrepentimiento, y, acudiendo en busca de remedio a su olvidada biblioteca, leía con afán obras piadosas, recordaba las severas palabras con que el santo agustino califica el ejercicio de la caza; repetíase mil y mil veces las prohibiciones que del mismo hacen a los eclesiásticos algunos concilios, y, elevando el agitado espíritu a las puras regiones de la fe, procuraba meditar sobre las tremendas verdades que el gran santo guipuzcoano estampó en su libro de los Ejercicios. ¡Vano empeño! El buen don Martín era, por lo visto, tan débil de alma como robusto de cuerpo, y no conseguía sino acallar por breves instantes su insaciable pasión, que luego se alzaba más potente, más rebelde, más impetuosa que nunca. Inquieto, desasosegado, combatido por la tentación, esforzándose por resistirla, se encerraba vacilante en la iglesia, o en alguno de los aposentos más apartados de su casa, al cual no pudieran llegar ni el canto de las parleras aves, ni el mundanal ruido, ni los alegres rayos del sol, y allí se entregaba afanoso a las lecturas espirituales, pero todo era inútil; entre sus ojos y el libro aparecían, como evocadas por un genio maléfico, mil risueñas imágenes; los tranquilos valles y los frondosos bosques donde habitualmente cazaba, se le representaban con todo el misterioso encanto de las selvas vírgenes; veía atravesar en confuso tropel bandadas de perdices, palomas y becasas y rebaños de liebres, corzos y jabalíes, mientras en sus oídos resonaban en animado concierto cantos de pájaro, ladridos impacientes, aullidos de fieras y gritos de triunfo. Cuanto más se esforzaba por rechazar estas ilusiones, con más viveza le perseguían, siendo frecuente el que se le sorprendiera leyendo las terribles meditaciones sobre los Novísimos con la sonrisa en los labios y el gozo retratado en el rostro... Y era que si sus ojos se obstinaban en fijarse tenaces en el papel, su imaginación desbordada volaba por fantásticas regiones, retratando con colores exageradamente brillantes y risueños las animadas escenas que había presenciado en sus buenos tiempos de cazador. Cuando esto sucedía —y esto sucedía casi siempre— arrojaba don Martín con desesperación los libros, abandonaba apresuradamente su retiro, cual si quisiera huir de sí mismo, sentábase lloroso y abatido al amor de la lumbre que alegre chisporroteaba en su cocina, y procuraba distraerse

presenciando los preparativos de su frugal comida; pero para atribular más y más su combatido espíritu acudían también brincando a su lado sus cariñosos y leales canes, sus inseparables compañeros de caza y sus soñolientos gatos, que a través de las espirales del humo que envolvía el hogar antojábansele ¡¡¡liebres!!!

Soportó el abad durante algún tiempo esta vida de lucha y de tormentos, vacilando siempre entre el deber y los deseos; queriendo sustraerse a su pasión tiránica, y sin fuerza de voluntad bastante para arrancarla de su corazón por completo; huyendo, como la mujer de Lot, del peligro y fijando al mismo tiempo la vista con complacencia en él. Tornóse sombría su mirada, palidecieron sus mejillas y agrióse su carácter, hasta que una hermosa mañana de primavera en que el sol inundaba todo el valle de luz y de alegría, abandonó el lecho don Martín, abrió presuroso las ventanas de su cuarto, aspiró con avidez las auras embalsamadas de la montaña, paseo su vista voluptuosamente por aquellos deliciosos riscos, contempló con éxtasis las enhiestas sierras..., y, como quien toma una resolución suprema, corrió a descolgar su arcabuz, llamó a sus perros y lanzóse a los bosques, entregándose con loco frenesí a aquella diversión dulce y sabrosa, «más que la fruta del cercado ajeno».

Desde aquel día cazó don Martín mañana y tarde, a todas horas, en todas estaciones, y descuidó más y más sus sagrados deberes.



En su aldea, donde el aire es tan puro y por aquellos tiempos no había médico, es natural, moría poca gente: los funerales eran extraordinarios acontecimientos, y esto dejaba más tiempo y libertad al nuevo Nemrod; pero aun las más estrictas y habituales tareas de su cargo llegaron a serle insoportables: celebraba los Divinos Oficios con una rapidez eléctrica; predicaba en taquigrafía, y cantaba las Vísperas en menos... ¡que se amordaza a un fuerista! El pueblo murmuraba, sus amigos le amonestaban, reprendíanle sus superiores, pero todo era en vano.

Cierto día en que, por una causa que la historia no menciona, fue don Martín a decir misa a la anteiglesia de Udala, oyó, mientras celebraba el santo sacrificio, que sus perros ladraban furiosamente en la vecina selva, lanzando esos característicos aullidos que indican haber encontrado pista. Conmovióse el abad al percibirlos como al contacto de una pila eléctrica; interrumpió sus oraciones; cerró con estrépito el misal y escuchó con ansiosa atención; pero sacóle de ella un labrador que irrespetuoso se asomó a la puerta del templo, gritando con estentórea voz: «¡Señor abad, los perros han levantado y persiguen una liebre como un ternero!».

Oír esto don Martín, retirarse a la sacristía, dejando sin terminar la misa sin consideración a lo sagrado del lugar y a la sublimidad del santo sacrificio; quitarse las vestiduras sacerdotales; empuñar sus armas y lanzarse al bosque en pos de sus lebreles fue obra de un instante. Los escandalizados fieles, al cabo de un momento de estupor, corrieron indignados tras del monomaniaco don Martín para recordarle con energía sus deberes; pero ya el abad se ocultaba entre las nieblas que coronan la cumbre del Udala, y sólo se escuchaban los lejanos ladridos de sus perros. Aquella noche hubo una furiosa tormenta, y el abad no volvió: esperáronle inquietos en la aldea, y al siguiente día salieron los vecinos a recorrer el monte, buscándole consternados en todas direcciones; pero todo fue inútil: ni en Larrino, ni en Bedoña, ni en Mondragón, ni en parte alguna del valle de Leniz se volvió a tener noticia del incorregible cazador. ¡Don Martín se había ausentado para no volver jamás!

¿Qué fue de él? Nadie lo supo, pero al cabo de algún tiempo los pastores y los moradores todos del monte Udala oyeron repetidas veces durante el silencio de la noche los furiosos y lastimeros ladridos de los perros del abad, y sintiéronlos pasar azuzados por los furiosos gritos de éste, mientras que una ráfaga de aire cruzaba impetuosa el espacio, doblegando las ramas de los robles, agitando temblorosamente los nogales y haciendo girar en confuso torbellino los helechos y las hojas que tapizan el suelo. Era el espíritu de

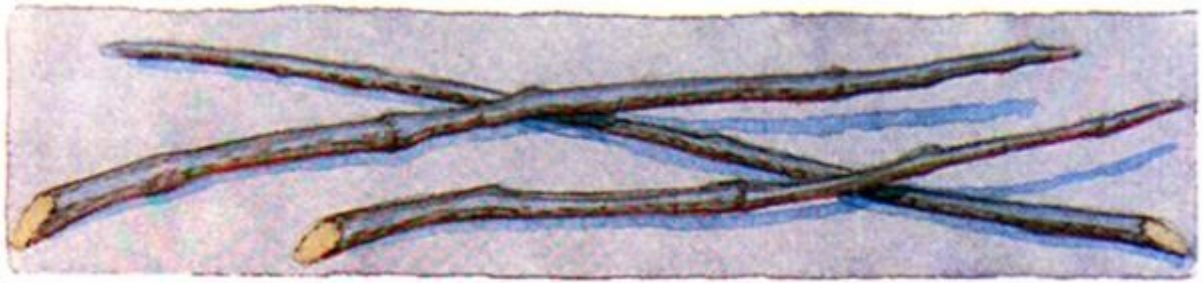
Martín Abade, condenado por Dios en castigo de sus culpas a andar errante y correr sin reposo cual otro Asheverus.

Así vaga desde entonces; así permanecerá hasta que se cumpla la eterna justicia y Dios se apiade del desgraciado, y así le sentiréis cruzar por las montañas, desde las abruptas rocas del Udala y los sombríos bosques que se extienden en torno de la célebre gaita de San Valerio y la hermosa villa de Mondragón hasta la humilde anteiglesia de Garagarza, y desde la excelsa cúspide del Alona hasta las humildes y pintorescas casas de Aramayona.

Ésta es la leyenda del Udala, leyenda que no pocos han de calificar de pueril y absurda, sin reparar en que cuando las fábulas encierran una enseñanza moral, lejos de merecer nuestro desdén, deben ser conservadas cuidadosamente, porque en esas sencillas consejas se oculta la filosofía del pobre pueblo, escaso de ciencia, pero exuberante de sentimiento y poesía.

Lo que las disertaciones más elocuentes de muchos sabios no conseguirían tal vez hacerle comprender acerca de la criminalidad del que abandona sus deberes, y de esa ley de eterna justicia que exige tanta mayor responsabilidad cuanto más elevado y respetable sea el cargo o ministerio del que a ellos falte, todo eso lo alcanzan con sus ladridos los fantásticos perros de Martín Abade.





BASAJAUN, EL SEÑOR DEL BOSQUE

IVÍAN en la misma casa el ama y la mujer del jornalero. Ésta, la mujer del campesino, tenía tres hijos, y un buen día le pidieron a su madre que les diera a cada uno un panecillo y un pastel, porque querían irse de país en país. La buena mujer sentía mucho el perder a los hijos que tanto quería, pero los tres se marcharon.

Cuando se encontraban en medio de un bosque, vieron que la noche había caído sobre ellos, y el mayor de los hermanos dijo que se subiría al primer árbol que encontrara. Encontró uno muy alto, y trepó y trepó hasta su copa.

El segundo de los hermanos le preguntó:

—¿No ves nada?

—No, no se ve nada. Ni siquiera una pluma. Nada —respondió el mayor.

—Anda, bájate, que eres un burro.

Y el segundo de los hermanos trepó hasta lo más alto. Pero tampoco consiguió ver nada.

Entonces el menor gritó:

—Sois unos inútiles los dos. Dejadme subir a mí.

Y trepó hasta la copa.

—¿Y tú, ves algo? —le preguntaron.

—Sí, veo una columna de humo, pero es muy delgada, y queda muy lejos de aquí. Vamos hacia allá.

Y los tres marcharon juntos. A las ocho de la tarde llegaron a un castillo y llamaron a la puerta. Basandre, la mujer de los bosques, salió a abrir y preguntó:

—¿Quién llama?

—Somos nosotros —respondieron los tres.

—¿Y qué queréis, pequeños? ¿Adónde vais a estas horas?

—Venimos a pedirle que nos dé alojamiento para pasar la noche. A unos pobres desdichados como nosotros nos bastaría con un rincón en el suelo.

—Es que vivo con Basajaun, mi marido. Y si os encuentra aquí, estoy segura de que os devorará.

—También nos comería si nos encuentra aquí fuera.

Basandre los dejó entrar y los escondió en tres rincones diferentes.

Una hora más tarde, a las nueve, llegó Basajaun, armando mucho ruido y resoplando furioso. Basandre salió a recibirlo:

—Aquí no hay nadie.



—Sí; escondes a alguien. Así es que sácalo o te comeré a ti.
Entonces sacó al mayor de los hermanos, que temblaba de miedo.

—¿Quieres trabajar para mí de criado? —le preguntó Basajaun.

—Sí —respondió.

Luego Basajaun volvió a olfatear por allí.

—¿Escondes a alguien más por ahí?

La mujer sacó entonces al segundo.

—¿Quieres trabajar para mí de criado? —le preguntó Basajaun.

—Sí —respondió.

Y de nuevo volvió Basajaun a olfatear por todas partes hasta que su mujer sacó al menor de los hermanos.

—Los tres cenaréis conmigo esta noche, después nos iremos a dormir y mañana saldremos de caza.

Al día siguiente salieron a cazar hasta las ocho de la tarde.

Pero resulta que los tres hermanos tenían una hermana pequeña que, durante aquel tiempo, había ido creciendo. Y un buen día que el ama y su madre, la mujer del campesino, habían esparcido el maíz en la era para que se secara, la niña cogió un puñado del montón del ama y lo puso en el de su madre. Pero el ama se dio cuenta y comenzó a gritarle:

—¡Menuda bribona estás tú hecha! ¡No he visto a nadie igual! ¡Acabarás tan mal como tus hermanos!

La pequeña se echó a llorar y acudió a donde su madre diciéndole:

—¿Madre, tengo yo hermanos?

—Sí, hija mía.

—¿Y dónde están?

—Hace mucho tiempo que se marcharon —le respondió.

—Entonces también yo me iré hoy mismo. Dame una rueca para hilar y un panecillo.

Y emprendió su viaje hasta llegar a casa de Basajaun; llamó a la puerta. Le abrió Basandre, y mientras ella le explicaba de quién era aquella casa apareció su hermano mayor, pero no se reconocieron.

Poco después llegó Basajaun, que al entrar en casa dijo:

—Aquí tienes algo para mí.

—No.

—Venga, enséñamelo.

Su mujer le mostró a la chica y Basajaun le preguntó:

—¿Quieres trabajar para mí de criada?

La muchacha asintió.

Días después, los hermanos la reconocieron y se abrazaron todos contentos. Pero la pequeña, que antes parecía tan sana, empezó a adelgazar. Y uno de sus hermanos le preguntó un día:

—¿Qué te pasa, que estás adelgazando tanto?

—Que todas las noches el amo me ordena que saque el dedo por entre la puerta y me lo chupa a través de ella, por eso cada día me voy quedando más triste y más flaca —le explicó.

Y un buen día, cuando Basajaun no estaba en casa, los cuatro hermanos planearon matarlo si conseguían sorprenderlo en un barranco próximo. Y así lo hicieron hasta acabar con él.

—¿Dónde está Basajaun? —les preguntó un día su esposa.

Entonces Basandre cogió tres grandes dientes, los llevó a casa y le ordenó a la muchacha que, mientras calentaba el agua para que sus hermanos se lavaran los pies al anochecer, metiera un diente en el agua de cada uno. Y, en cuanto el tercero hubo acabado de lavárselos, los tres hermanos se vieron transformados en bueyes.

La muchacha solía llevarlos al campo y allí se sustentaba únicamente de los pájaros que los tres encontraban para ella.

Un día, al cruzar sobre un puente y ver debajo a Basandre, le dijo:

—Si no conviertes a estos tres bueyes en hombres como eran antes, te meteré en un horno al rojo vivo.

—¡Eso no! —exclamó la mujer—. Vete a cierto barranco, coge de allí tres varas de avellano y dales con ellas tres golpes en la espalda a cada uno. La muchacha lo hizo así, y los bueyes se convirtieron en hombres, como lo eran antes. Y los cuatro hermanos vivieron juntos en el castillo de Basajaun y, como habían vivido bien, también murieron bien.



ERRUA, EL LOCO

OMO muchos en el mundo, había un hombre y una mujer que tenían un hijo. Un hijo muy pícaro y que no hacía más que fechorías, porque era de condición perversa. Por eso sus padres decidieron mandarlo lejos, y él estaba impaciente por marcharse.

Entonces se pone en camino y se va lejos, muy lejos, hasta que llega a una ciudad y pregunta si necesitan un sirviente en algún lado. Como había una casa en la que querían uno, allá se va y acuerda con el amo que recibiría cierta paga al mes, y que cualquiera de los dos que no estuviera satisfecho con el otro le arrancaría a tiras la piel de la espalda.

Un día el amo envió a su sirviente al bosque a que le trajera los trozos de leña más retorcidos que pudiera encontrar. Como cerca del bosque había una viña, el sirviente arranca las cepas y las acarrea a casa. Y cuando el amo le pregunta por la leña, le muestra toda la viña cortada. No dijo nada el amo, pero no estaba en absoluto satisfecho.

Al día siguiente, le dice el amo:

—Lleva las vacas a pastar al prado, pero no hagas ningún boquete en la cerca.

¿Y qué creeréis que hizo? Descuartizó a las vacas en pedacitos y los fue echando al prado. El amo se enojó aún más, pero no se atrevió a decir nada por miedo a que lo despellejase. ¿Y qué fue lo que hizo? Compró una piara de cerdos y mandó a su criado que los llevara al monte. De sobra sabía el amo que por allí había un Tartalo, y, sin embargo, lo envió a aquel monte.

Andando, andando, el loco avanza por el monte y llega hasta una cabaña que había muy cerca de la casa de Tartalo. Y como los cerdos del loco y los

suyos solían pastar juntos en el mismo campo, un día le dijo Tartalo:

—Te echo una apuesta a ver quien lanza una piedra más lejos.

El loco aceptó. Y aquella misma noche se sentía muy triste. Mientras rezaba sus oraciones, se le acercó una anciana que le preguntó:

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan triste?

Le contó la apuesta que había hecho con Tartalo, y la vieja le respondió:

—Si no es más que eso..., eso no tiene importancia.

Luego le da un pájaro y le dice:

—En vez de una piedra, lanza este pájaro.

El loco quedó encantado con aquello y al día siguiente hace lo que la vieja le había indicado. Si la piedra de Tartalo llegó muy lejos hasta que por fin cayó al suelo, el pájaro jamás caía.



Así es que Tartalo quedó asombrado de haber perdido la apuesta e hicieron otra: a ver quién de los dos podría lanzar más lejos una barra de hierro. El loco volvió a aceptar el desafío. Y cuando estaba otra vez en su cabaña rezando, muy triste, apareció de nuevo la vieja y le preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—Que he vuelto a hacer otra apuesta a ver quién de los dos lanza más lejos una barra de hierro y estoy muy preocupado.

—Si no es más que eso..., eso no tiene importancia. Cuando cojas la barra de hierro, dices: «Sube, palanca, aquí y en Salamanca».

Al día siguiente, Tartalo agarra su enorme barra de hierro y la lanza muy lejos, mientras que el joven loco apenas podía levantar un extremo, cuando exclama:

—¡Sube, palanca, aquí y en Salamanca!

En cuanto Tartalo oyó decir aquello, gritó:

—Me rindo. Tú has ganado —y le quitó la palanca de las manos—. Mi padre y mi madre viven en Salamanca. Por favor, no la lances, te lo suplico, que los aplastarías.

Y nuestro loco se fue de allí entusiasmado. Hasta que Tartalo volvió a decirle:

—A que yo arranco el roble más grueso del bosque, y a que tú no arrancas otro.

—A que sí.

Pero a medida que pasaba el día, el loco se entristecía más. Cuando se puso a rezar, apareció de nuevo la anciana y le preguntó:

—¿Qué te ocurre?

Y le cuenta la apuesta que había hecho con Tartalo, cómo debía arrancar un roble. Entonces la anciana le entrega tres rollos de cuerda y le explica cómo tenía que atar con ellos todos los robles del bosque.

Al día siguiente, Tartalo arranca su roble, un roble enormemente grande. Y el loco se pone a atar, atar y atar.

Tartalo le pregunta:

—¿Para qué haces eso?

—Tú has arrancado uno, y yo, todos estos.

—¡No, eso no, eso no! ¿Qué voy a hacer ahora para engordar a mis cerdos si no tengo bellotas? Tú ganas, me rindo.

El pobre Tartalo no sabía qué pensar de todo aquello, porque vio que había encontrado a alguien más listo que él, y le invitó a pasar la noche en su casa. El loco aceptó y se fue a dormir con Tartalo. Pero se enteró de que había

un hombre muerto debajo de su cama. Y cuando Tartalo se hubo dormido, ¿qué hizo? Le colocó el muerto a su lado y él se escondió bajo la cama. A medianoche, se levanta Tartalo, coge una enorme barra de hierro y se pone a dar golpes, pin, pan, pin, pan, con todas sus fuerzas hasta más no poder. Por la mañana se levanta Tartalo como de costumbre y se va a ver a sus cerdos. El loco sale de debajo de la cama y va a ver los suyos. Al verlo aparecer, Tartalo se queda atónito y no sabe qué pensar ya. Está convencido de que tiene que vérselas con alguien más listo que él, y le pregunta qué tal ha dormido.

—Bien. Sólo he sentido algunas picaduras de pulgas.

Como los cerdos de ambos se habían mezclado unos con otros y todos estaban muy gordos, el loco decidió separar los suyos para marcharse.

Tartalo le preguntó qué marca tenían sus animales.

—Los míos tienen unos una marca, y otros dos —respondió el loco.

Se ponen a apartarlos y todos los cerdos tenían una marca o dos. Así es que nuestro loco se marcha con todos los cerdos. Y avanza hasta un pueblo al que llega precisamente el día de mercado. Allí vende todos los cerdos menos dos, pero se guarda en el bolsillo los rabos de los demás.

Como es de imaginar, siempre tenía miedo a Tartalo, y allí que lo ve bajando del monte. Así que mata a uno de los cerdos y se guarda sus asaduras en el pecho, bajo el chaleco. Como cerca, junto al camino, había un grupo de hombres, al pasar junto a ellos saca un cuchillo, se lo clava en el pecho y, después de sacar de entre su ropa las asaduras de cerdo, echa a correr más deprisa que antes con su cerdo delante de él.

Cuando Tartalo llega hasta el grupo del camino, pregunta, describiéndoles al loco, si han visto a un individuo de tales características.

—Sí, sí, iba corriendo muy apesadumado y, para correr aún más, precisamente aquí mismo se ha dado de cuchilladas, ha arrojado sus entrañas y aún seguía corriendo más rápido.

Entonces Tartalo, para poder correr más, se clava la navaja en su cuerpo y cae muerto en el acto.

El loco se dirige a casa de su amo. Cerca de la casa había una ciénaga llena de fango. Allí mete el cerdo vivo y, junto a él, los demás rabos. Entra luego en la casa y le dice al dueño que ya ha llegado con sus cerdos. El amo se queda atónito al verlo y le pregunta:

—¿Dónde están, pues, los cerdos?

—Se han metido todos en el fango porque estaban muy cansados —le responde.

Los dos salen de la casa y se ponen a tirar del cerdo de verdad y, entre ambos, consiguen sacarlo bien. Luego intentan hacer lo mismo con los demás, pero no hacían más que sacar rabos y más rabos.

Y comenta el loco:

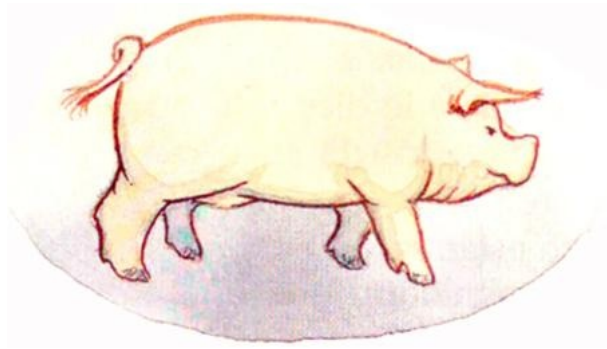
—¿No ves qué gordos están? Por eso no salen más que los rabos.

Entonces el amo le mandó traer la pala y la azada. Él, en lugar de llevárselas, se puso a golpear al ama de la casa, plaf, plaf, y le gritaba al amo:

—¿Una o las dos?

—¡Las dos, las dos! —respondía el amo.

Y se puso a golpear también a la criada hasta hacerla pedazos. Luego se dirigió hacia el amo, llevando consigo la pala y la azada, y comenzó a golpearlo con ellas hasta dejarlo prácticamente inútil, y después de arrancarle la piel de la espalda, cogió a su cerdo y regresó a casa de sus padres. Y como vivió bien, también murió bien.





EL FIN DE LAS LAMIAS

N una aldea de Arratia llamada Igorre, en un caserío conocido como Garamendi, vivía un hombre alto y robusto de nombre Silvestre, *Chilibristo*. Y fuerza, ¡Jesús, María y José!, qué fuerza tenía. Era capaz de llevar el carro cargado a la espalda, y cuesta arriba, desde Urkusu hasta Garamendi, así es que ya os podréis figurar.

En cierta ocasión, se encontró un peine a la orilla de un arroyo, lo guardó en su pecho y prosiguió adelante nuestro buen Silvestre. Y en esto, le dijo una lamia:

*Chilibristo, dame ese peine en seguida,
que si no, atentaré contra tu vida.*

Silvestre agarró a aquella lamia por el gaznate y se la llevó a su casa, a Garamendi. Aquella lamia sentía, como suelen sentir todas, auténtica pasión por la leche, la volvía loca. Pero en la casa pasaban días y más días sin que sus moradores lograran hacerla decir una sola palabra. Parecía estar muda. Hasta que un buen día en que ella estaba en la cocina la leche empezó a hervir en el perol. Y para que no se echara a perder, la lamia aquélla se puso a decir:

Lo blanco arriba, lo blanco abajo.

Entonces la forzaron con brusquedad para que siguiera hablando. Uno le preguntó cómo podían aniquilarse las lamias. Y ella respondió:

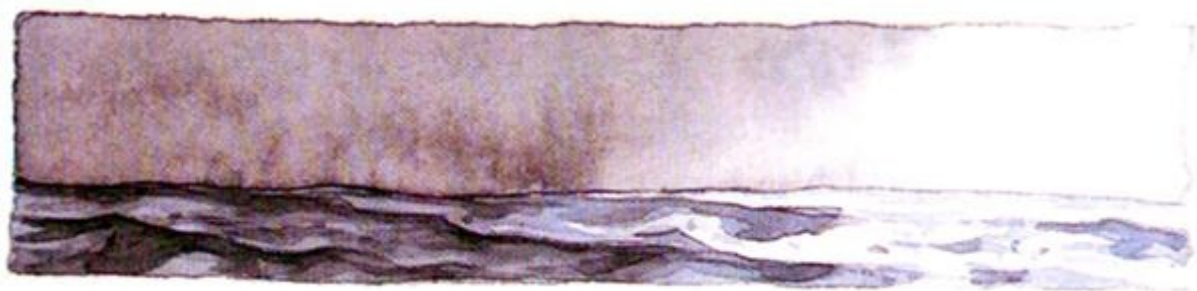
*Las lamias sólo se destruirán
cuando se aren todos los arroyos
con una yunta de pardos novillos
nacidos la mañana de San Juan.*

Las palabras de aquella lamia pronto se esparcieron de barrio en barrio, y se registraron todas las cuadras del valle de Arratia en busca de novillos pardos nacidos la mañana de San Juan.

Durante aquellos días, las yuntas de novillos pardos se dedicaron a arar el seno de los arroyos con más ímpetu que si desmenuzaran terrones en los campos para espantar así a las lamias.

Desde entonces no ha vuelto a aparecer ni una sola por aquella comarca.





JUAN DEKOS, EL TONTO

OMO muchos en el mundo, había una dama y un caballero que tenían un hijo. Cuando el chico creció, su padre se dio cuenta de que, a pesar de haber terminado su educación, su inteligencia no había despertado del todo. ¿Y qué fue lo que hizo? Compró un barco, contrató un capitán y una tripulación, cargó el barco de arena y enroló a su hijo como patrón. Así es que zarparon y navegaron lejos, muy lejos, hasta llegar a un país en el que no había arena. Allí la vendieron a muy buen precio y nuestro Juan Dekos se fue a dar un paseo por el lugar.

Un buen día, al pasar trente a la puerta de la iglesia, observó que cuantos cruzaban por allí escupían en un mismo sitio. Se acercó a preguntar por qué hacían eso, y le contestaron:

—Es un muerto lo que hay ahí, y mientras no haya nadie que pague sus deudas permanecerá así hasta que se pudra.

¿Qué hace entonces Juan Dekos? Pagar las deudas de aquel desdichado con todo el dinero de la venta de su cargamento. Pero tanto los oficiales como la tripulación se enfurecieron muchísimo al enterarse, porque había pagado con las ganancias de todos ellos.

Regresaron con el barco y arribaron a su propio país. El padre, al reconocer a distancia el barco de su hijo, salió a recibirlos. Los marineros le gritaron desde lejos lo que su hijo había hecho con el dinero, y no le gustó nada. Pero volvió a enviar el barco, esta vez cargado de hierro; y así llegaron a un lugar en el que vendieron el cargamento de hierro a muy buen precio. Y un día en que Juan Dekos daba un paseo por aquella ciudad, observó cómo unos bárbaros estaban traficando con unos cristianos en el mercado, había

ocho en venta y Juan Dekos los compró, gastando de ese modo todo el dinero que había obtenido con la venta de su cargamento de hierro. A siete de ellos los mandó a sus casas, pero se quedó con una hermosa muchacha llamada María Luisa.

Cuando otra vez su padre salió a recibirles, los marineros le contaron lo que su hijo había hecho con el importe de la mercancía. Esta vez el padre se enfadó de tal modo que no quiso darle nada más a su hijo y lo dejó hacer lo que quisiera.

Juan Dekos mandó tallar el busto de María Luisa y lo colocó como mascarón en la proa del barco; luego convenció a sus hombres para ir al país de María Luisa y hacia allá pusieron rumbo un buen día.

El segundo oficial de a bordo, que era cojo, sentía unos enormes celos de Juan Dekos y de María Luisa y no sabía qué urdir. Hasta que un día hizo subir a Juan a cubierta con el pretexto de mostrarle un extraño pez que merodeaba alrededor del barco. Y, cuando lo tuvo bien cerca, lo tiró al mar de un empujón. Y no hubo nadie que lo viera. A la hora de comer, todos se preguntaban dónde podría estar Juan Dekos, pero nadie sabía lo que había sido de él. El cojo estaba entusiasmado sólo de imaginar que por fin María Luisa sería suya, y dedicaba a la muchacha toda clase de atenciones.

Mientras tanto, Juan Dekos había sido rescatado por un ángel que lo había puesto a salvo sobre una roca y que cada día le proveía de lo necesario para su supervivencia.

Por fin el barco arribó al país de María Luisa. Y como en realidad se trataba de la hija del rey, todo el mundo la reconoció de inmediato nada más divisar a lo lejos el mascarón de proa de aquel barco, y avisaron al rey, que salió emocionado a recibir a su hija. Ya os podéis imaginar qué regocijo hubo. Alojó en su palacio a la tripulación y agasajó a los marineros estupendamente. María Luisa relató a su padre cómo Juan Dekos la había comprado y lo bien que se había portado con ella, y le dijo que ignoraba qué habría sido de él. Le comentó igualmente lo atento que había sido el segundo oficial, que deseaba casarse con ella. El rey también lo deseaba; era como una forma de mostrarle su agradecimiento, pues él le había devuelto a su hija y, además, no había tenido ocasión de conocer a Juan Dekos. Y tanto atosigaron entre todos a María Luisa, que al fin prometió que, si al cabo de un año y un día no había regresado Juan Dekos, aceptaría casarse con el cojo.



Transcurrieron un año y un día y no había llegado noticia alguna de Juan Dekos, de modo que la boda estaba a punto de celebrarse, mientras Juan Dekos permanecía en su roca. Las algas marinas le cubrían ya la ropa y le crecía una barba larguísima, cuando en esto le dijo el ángel:

—Hoy se casa María Luisa. ¿No te gustaría estar allí?

—Sí —respondió.

—Pues a cambio has de darme tu palabra de honor de que, al cabo de un año, me ofrecerás la mitad del niño que María Luisa te dé.

Le dio su palabra, y el ángel lo trasladó hasta la misma puerta de la casa de María Luisa. Aquel ángel era, en realidad, el alma del muerto al que él había ayudado a la puerta de la iglesia, de aquél cuyas deudas había pagado. Llamó a la puerta y pidió una limosna. Y, como el padre de María Luisa era caritativo, le dieron algo. Luego volvió a llamar otra vez pidiendo que le permitieran entrar para calentarse un poco al fuego:

—No —le contestaron—. Sigue tu camino.

De todos modos fueron a consultárselo al señor, quien les ordenó que le dejaran entrar y le dieran una buena comida.

Pero, cuando entró, María Luisa ya se había casado. No obstante, Juan Dekos llevaba un pañuelo que ella le había regalado y, al pasar a su lado, lo mostró de tal forma que ella no pudo por menos de reconocerlo. María Luisa miró detenidamente al pordiosero y reconoció en él a Juan Dekos.

Inmediatamente acudió a su padre diciéndole:

—Padre, tienes que concederme un favor.

—Desde luego que sí, si está en mi mano...

—¿Ves a aquel mendigo? Quiero que hoy se siente a comer con nosotros.

—Eso es imposible —responde el padre—. Está sucio y maloliente.

—Yo lo lavaré y lo vestiré con alguno de tus trajes.

El padre asintió y ordenó que se cumpliera el deseo de María Luisa. Lo sentaron a la mesa y nadie más que ella lo reconocía. Después de comer, le tocó a Juan Dekos contar una historia, como habían hecho los demás invitados.

—De acuerdo —dijo Juan Dekos—, Pero si queréis oír mi historia deberéis cerrar todas las puertas y darme a mí las llaves.

Así se hizo, y Juan Dekos comenzó su relato:

—Había una vez un padre y una madre que tenían un hijo que no era demasiado inteligente y decidieron que debían mandarlo a la mar. Cargaron un barco de arena y lo embarcaron en él. Él vendió a buen precio y, con el

dinero, pagó las deudas de un muerto al que mantenían sin entierro a la puerta de la iglesia...

Cuando el segundo oficial escuchó aquello, advirtió que su vida corría un serio peligro y pidió al rey la llave de la puerta diciéndole que debía salir. Pero no podía dársela y se vio forzado a permanecer allí. Mientras, Juan Dekos proseguía su relato.

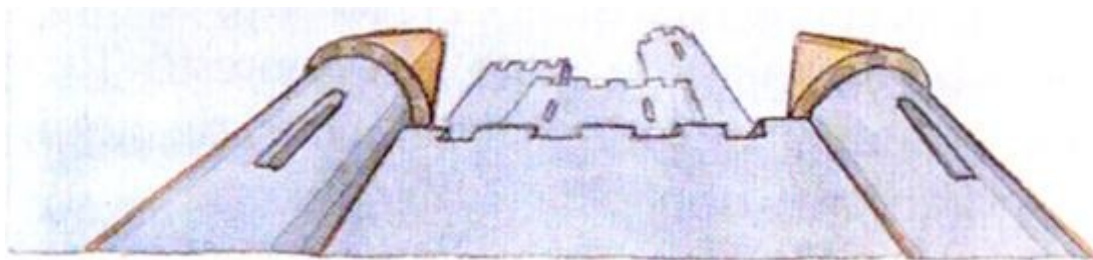
—Esta vez, su padre cargó el barco de hierro, el hijo lo vendió y, con el dinero compró a siete cristianos y... —señalando a la hija del rey—... ahí está la octava.

El rey ya conocía el resto de la historia, porque su hija se la había contado. ¿Y qué hicieron entonces? Al advertir lo malvado que había sido el segundo oficial, mandaron poner un carro cargado de leña en el centro de la plaza del mercado, lo cubrieron de azufre y lo quemaron allí mismo.

Juan Dekos y María Luisa se casaron y fueron muy felices. Y tuvieron un hijo, pero, al cabo de un año, llegó el ángel en busca de su mitad. Juan Dekos se entristeció mucho, pero, como había dado su palabra, se disponía ya a partirlo por la mitad, cuando, sosteniendo su brazo, le dijo:

—Veo tu honestidad, te dejo a tu hijo.

Y como vivieron bien, también murieron bien.



LA DONCELLA-PALOMA Y SU PEINE

OMO muchos en el mundo, había una vez una madre y un hijo. Y eran tan pobres, que el hijo decidió marcharse de casa. Así que un buen día partió y viajó lejos, muy lejos. Encontró un castillo en el bosque y entró a preguntar si necesitaban algún criado. Fue Tartalo quien se le acercó y le dijo:

—¿Adónde vas con esa pinta, hormiga de tierra?

El joven le contestó que, como su hogar era muy pobre, buscaba trabajo para mejorar.

—Puesto que me has dicho la verdad, te perdono la vida, hormiga de tierra —le contestó Tartalo—. Pero dentro de unos días te irás de aquí. Antes vendrán tres doncellas a bañarse en el estanque de mi jardín y dejarán sus vestidos de paloma escondidos bajo una gran piedra. Tú cogerás el de la que esté en el medio. Luego, las otras dos doncellas saldrán del agua y cogerán sus vestidos, pero la que se quede en el agua te pedirá el suyo, y no se lo darás hasta que no te prometa que te ayudará siempre.

Al día siguiente, el joven ve a las doncellas en el agua y hace cuanto Tartalo le había indicado: retira la piel de la del medio y poco después, cuando las otras dos cogen las suyas, la tercera le pide que le devuelva su vestido. El muchacho no quiere dárselo si ella no hace antes su promesa, pero ella se niega a darle su palabra. Así es que no le entrega su vestido. Hasta que, finalmente, la joven cede, le da su palabra y le dice que vaya al día siguiente a casa de su padre, que le dará trabajo como criado.

Al día siguiente parte el muchacho, y en medio del bosque encuentra una hermosa casa.

—¿Necesitan un criado? —pregunta.

—Sí, que aquí siempre hay mucho trabajo por hacer —le contestan.

De modo que, a la mañana siguiente, el padre de la doncella se lo llevó consigo al bosque y le dijo:

—Tienes que arrancar de cuajo todos estos robles, cortarlos en trozos y colocar a un lado los troncos, a otro las ramas y a otro las raíces. Luego tienes que arar el terreno, lo rastrillarás y lo sembrarás de trigo. Después lo segarás y, a mediodía, me traerás una hogaza hecha con la harina de ese trigo. Si no, te mataré.

—Lo intentaré —respondió el muchacho.

Se dirigió al bosque y se sentó a pensar. Y eran casi las once de la noche cuando se le presentó la doncella y le dijo:

—¿Por qué estás así, tan triste? ¿No te prometí que te ayudaría? Cierra los ojos, ¡y ay de ti si los abres!

Entonces lanzó su peine al aire y dijo:

—Peine, arranca con tu poder estos robles de cuajo, córtalos en trozos y amontona los troncos, las ramas y las raíces por separado.

Y se cumplió lo dicho. A continuación la doncella lanzó al aire otro peine y dijo:

—Peine, ara este terreno con tu poder, rastríllalo y siembra trigo en él.

Y se cumplió lo dicho. Después lanzó otro peine al aire y dijo:

—Peine, con tu poder haz una torta con el trigo cuando lo hayas segado.

El muchacho estaba impaciente por saber lo que estaba ocurriendo allí, pero la doncella le advirtió:

—¡Cuidado con abrir los ojos! ¡Ay de ti y de mí si los abres!

No los abrió y se hizo la hogaza. Cuando iban a dar las doce, le dice la doncella:

—¡Deprisa, no hay tiempo que perder!

Y el muchacho llegó a tiempo de entregarle a su señor la hogaza. Sorprendido, el amo se dijo para sí: «Es muy inteligente el muchacho este», y se asomó a la ventana a comprobar si sus encargos se habían cumplido, y, tras advertir que el campo había sido arado y sembrado, quedó estupefacto. Mandó salir al muchacho y acudió a contárselo a su esposa, que le advirtió:

—Ten cuidado, no vaya a ser que esté confabulado con tu hija.

—¿Qué insinúas? Si nunca se han visto.

Resulta que aquel rey y señor era en realidad un diablo.

—Mi padre te mandará ahora a recoger un anillo a un lejano río. Te dirá que elijas una de las espadas entre un montón de ellas, pero tú elegirás un

viejo y antiguo sable y dejarás las demás.

Así es que, al día siguiente, la esposa de aquel señor le dijo a este que debía mandar al muchacho en busca de un anillo que se le había perdido en el fondo de un río. El rey mandó prepararse a su criado y le ordenó que eligiera una espada, pues iban a ser muchos los enemigos que debería derrotar.

—No deseo ninguna de esas lujosas espadas —respondió nuestro protagonista—. Prefiero este antiguo sable que usabais para raspar la suciedad.

Cuando llegó a la orilla del río, se sentó a llorar sin saber qué hacer, se le acercó la doncella y le dijo:

—¡Pero, bueno, otra vez estás llorando! ¿No te prometí que te ayudaría siempre?



Eran ya las once de la noche.

—Tienes que cortarme en pedazos con ese sable y arrojarlos al agua —le ordena la doncella.

Pero el muchacho se resiste:

—Prefiero morir antes que hacerte sufrir a ti.

—Te aseguro que no voy a sufrir lo más mínimo; así es que apresúrate, que el instante apropiado está a punto de pasar ya, y no había otro.

Tembloroso el muchacho, se puso a descuartizar a la doncella y a arrojar sus pedazos al río. Sólo que una pequeña parte del dedo meñique de la joven se le quedó pegada al zapato. Ella asoma en el agua y le dice:

—No me has arrojado entera, falta mi dedo meñique.

El muchacho se puso a buscarlo hasta que lo encontró pegado a su zapato y poco después la joven le entrega el anillo y le indica que parta a toda velocidad para poder entregárselo a su señor a mediodía. De ese modo, el joven consiguió llegar a tiempo.

Poco después llega a casa su amiga, cierra la puerta de un portazo y se pone a gritar: «¡Ay, ay, ay! ¡Me he aplastado con la puerta mi dedo meñique!». Y así trataba de engañar a sus padres.

El rey, que parecía satisfecho, le dijo al muchacho que al día siguiente debería domar un caballo y sus tres potrillos.

—Lo intentaré —respondió.

El rey le entregó un enorme garrote, y aquella tarde la doncella acudió al muchacho y le advirtió:

—El caballo del que mi padre te ha hablado será él mismo. Así es que le sacudirás en el morro con todas tus fuerzas con ese enorme garrote que él te ha dado, se rendirá y podrás domarlo. El primero de los potrillos es mi hermana la mayor. Golpéala en el pecho con todas tus fuerzas y la domarás. Yo seré el último potrillo. Fingirás que me golpeas dando garrotazos en el suelo y yo me dejaré domar.

Al día siguiente, el muchacho hizo cuanto la doncella le había indicado. Apareció el caballo, que era muy brioso, pero el joven le golpeó en el morro y le hizo ceder. Otro tanto ocurrió con los dos primeros potrillos. Y cuando llega el turno al tercero, finge golpearle dando contra el suelo, consigue que se rinda y todo termina.

A la mañana siguiente, el señor apareció con los labios hinchados y la cara más negra que un tizón. A sus dos primeras hijas les dolía mucho el pecho, y la menor, para parecer igual que las otras, se levantó también tarde.

—Eres un criado muy valiente e inteligente —le dijo el rey—. Por eso voy a darle a una de mis hijas por esposa. Deberás escogerla con los ojos cerrados.

De nuevo la joven doncella volvía a advertir a nuestro protagonista:

—Elige a la segunda que te dé la mano, pero no te preocupes, me reconocerás fácilmente porque me falta el dedo meñique.

A la mañana siguiente, dijo el rey a su criado:

—Bien, aquí estamos. Puedes elegir a la que quieras por esposa, pero mantén siempre los ojos bien cerrados.

Los cierra, se le acerca la hermana mayor y le tiende la mano.

—Esta mano me resulta muy pesada. No la tomaré.

Entonces se acerca la segunda de las hermanas, le tiende la mano y el muchacho advirtió al instante que le faltaba el dedo meñique:

—Me quedare con ésta.

Y se casaron en seguida. Al cabo de unos días, le dijo su esposa:

—Lo mejor es que nos marchemos de aquí, que si no mi padre nos matará.

Al anochecer, a eso de las diez, se ponen en camino, y, antes de partir, la doncella se coloca ante su dormitorio y escupe diciendo:

—Saliva, con tu poder hablarás en mi lugar.

Y huyeron lejos.

A medianoche, el padre se dirige hacia la habitación de los jóvenes esposos, llama y no le contestan; llama otra vez con más fuerza y la saliva responde:

—En este momento no puede entrar nadie en la habitación.

—Soy yo, tengo que entrar —insiste el padre.

—Es imposible —repite la saliva.

El padre se enfurecía cada vez más, mientras la saliva conseguía entretenerlo una hora ante el dormitorio, hasta que por fin el rey tiró la puerta y entró. ¡Ya os podéis imaginar su ira al descubrir la habitación vacía!

Corrió a ver a su esposa y le dijo:

—Estabas en lo cierto, se conocían más que de sobra, estaban confabulados y se han fugado juntos. Pero no voy a consentirlo, iré tras ellos y, antes o después, los encontraré.

Los jóvenes esposos estaban ya muy lejos, pero la doncella todavía tenía mucho miedo y le dijo a su marido:

—Todavía puede alcanzarnos. Yo no puedo volver la cabeza, vuélvela tú y mira si ves algo.

—Sí, algo terrible se nos acerca. Nunca había visto un monstruo como éste.

Entonces, la joven esposa arrojó un peine al aire diciendo:

—Peine, con tu poder haz que crezcan ante mi padre setos y espinos, pero extiende ante mí un buen camino.

Y se cumplió lo deseado.

—Vuélvete a mirar, por favor, por si ves algo de nuevo —dijo la joven un poco más adelante.

El marido se volvió y al principio no vio nada, pero, al levantar la mirada hacia las nubes distinguió algo horrible y se lo dijo a su esposa, que arrojó inmediatamente otro peine:

—Peine, con tu poder haz que se forme una espesa niebla, y una granizada, y una tormenta espantosa donde él se encuentra.

Y se cumplió lo deseado.

Poco más adelante, la esposa volvió a pedirle a su marido:

—Vuelve a mirar tras de ti por si ves algo.

—¡Ha llegado nuestro fin, lo tenemos aquí mismo, detrás de nosotros, y usa todo su poder!

La joven, lanzando otro peine al aire, exclamó:

—Peine, con tu poder coloca un caudaloso río entre mi padre y yo, y que se ahogue en él para siempre.

Apenas había terminado de decirlo, cuando se formó un poderoso torrente de agua en el que el rey se ahogó.

—Ya no tenemos nada que temer de él, viviremos en paz —dijo la joven.

Y prosiguieron su camino largo rato hasta llegar a un país al que la joven no podía entrar.

—No puedo seguir más adelante —le explicó a su esposo—. Ésta es la tierra de los cristianos y yo no puedo entrar. Ve tu delante y trae a un sacerdote para que me bautice y pueda acompañarte. Pero has de procurar que nadie te bese, porque si no, me olvidarías para siempre. Pon mucho cuidado, y no beses tú tampoco a nadie.

El muchacho prometió que no lo haría y prosiguió el viaje hasta adentrarse en su propio país. En el mismo momento en que entraba, una tía suya lo reconoció, se le acercó por detrás y le plantó dos besos.

En ese instante todo terminó: se olvidó de su esposa, como si no la hubiera conocido nunca, y se quedó allí a divertirse y pasárselo en grande.

La doncella, al ver que su joven esposo no volvía, temió que algo le hubiera ocurrido y que ya nunca podría contar con él. Entonces cogió una

varita y, golpeando en el suelo con ella, dijo:

—Quiero que en este preciso lugar se levante una posada, con criados, y lujos, y todo lo necesario.

Aquella posada tenía además un hermoso jardín enfrente, y sobre la puerta la doncella colocó esta inscripción: «Aquí se da de comer gratis».

Un buen día, nuestro protagonista salió de caza con dos de sus amigos, y en medio del bosque comentaron:

—Nunca habíamos oído hablar de tal posada. Tenemos que ir a conocerla, que además dan gratis de comer.

Y los tres se dirigieron hacia allá. La joven reconoció en el acto a su esposo; en cambio, él ya no la recordaba. Los atendió bien y estaban tan encantados con ella, que uno le propuso pasar la noche juntos. Ella aceptó. Y otro de los amigos le dijo:

—También a mí me gustaría.

—Entonces, tú ven mañana si quieres —le propuso ella.

—Y yo, pasado mañana —dijo su verdadero marido.

—De acuerdo —aceptó ella.

De ese modo, uno se quedó y los otros se marcharon.

Aquél pasó una velada estupenda, pero a la hora de acostarse, la joven le dijo:

—Cuando eras niño cantabas en un coro y te empolvaban el pelo. A mí ese olor me molesta en la cama, así es que, antes de venir a mi dormitorio, cepíllate bien el cabello. Aquí tienes un peine, cuando te hayas quitado todo el polvo, podrás venir a mi cama.

Por más que aquel hombre se cepillaba y se peinaba, no conseguía quitarse todo el polvo de la cabeza. Y en ello continuaba cuando la joven se levantó.

—¡Pero cómo! ¿Ya te levantas antes de ir yo a acostarme?

—¿No ves que se ha hecho ya de día? No puedo esperarte más. Pronto empezarán a llegar otros clientes.

El cazador regresaba hacia su casa sin rechistar cuando se encontró con el segundo amigo, que iba a pasar la noche con la joven.

—¿Cómo te ha ido? ¿Te lo has pasado bien? —le preguntó su amigo.

—Sí, estupendamente. Y si el tiempo vuela para ti tanto como para mí, te divertirás de lo lindo —le contestó el primero antes de irse a su casa.

El joven llegó a la posada. Después de la cena le dijo la joven:

—Tienes que lavarte los pies antes de acostarte. En este caldero está el agua. Cuando los tengas bien limpios, puedes venir a la cama.

El hombre se lavó un pie y se dispuso a lavarse el otro; pero, antes de terminar con el segundo, el primero volvía a estar sucio y negruzco. Se lo volvía a lavar, y era el segundo el que estaba sucio otra vez. Y así pasó largo rato hasta que la joven se levantó de la cama.

—¡Pero cómo! ¿Ya te levantas antes de ir yo a acostarme?

—¿Y por qué no has venido antes? Yo no puedo seguir en la cama; es ya de día y los clientes empezarán a llegar.

El hombre se marchó igual que había hecho su amigo, y le llegó el turno a su verdadero marido. Lo recibió mejor aún que a los otros: no le faltó de nada en la cena. Llegó la hora de acostarse y ambos entraron juntos al dormitorio de la joven. Iban a meterse en la cama, cuando la muchacha dijo:

—Apaga la luz.

El joven la apagó, pero volvió a encenderse ella sola. Volvió a apagarla de nuevo y ella sola volvía a encenderse, y así una y otra vez. De manera que el joven se pasó toda la noche en camisón intentando apagar la luz, hasta que amaneció y la joven le dijo:

—¿Entonces no me reconoces? ¿No recuerdas que dejaste a tu esposa para ir a buscar un sacerdote?

Al escucharlo, se sacudió la cabeza y respondió:

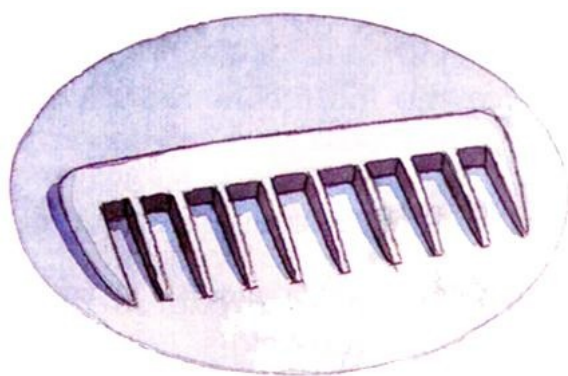
—Ahora de pronto lo recuerdo todo, sólo ahora. Hasta ahora es como si no hubiera estado casado. ¡De veras que lo lamento, pero no ha sido culpa mía! Fue mi tía la que me besó dos veces sin que me diera cuenta.

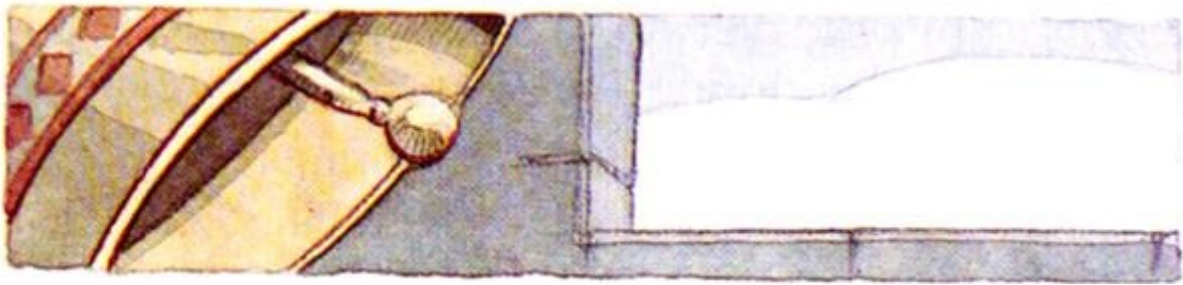
—Eso ya no importa —le dijo la joven—. Lo importante es que estás aquí. Ya has cumplido tu penitencia, y también tus amigos. Uno se pasó la noche desempolvándose la cabeza, y el otro, lavándose los pies. Ninguno de ellos se ha acostado conmigo más de lo que lo has hecho tú. Ahora debes volver a tu país y traer a un sacerdote. Y cuando me bautice, podremos entrar juntos en tu tierra.

El joven se marchó y regresó con el cura, que bautizó a la joven; y se fueron los dos juntos. Al llegar al país de su esposo, la joven golpeó el suelo con su vara y dijo:

—Que se eleve aquí mismo un hermoso palacio con todo lo necesario para vivir en él, y que tenga un jardín a la entrada.

Y lo dicho se hizo realidad. Y allí vivieron ricos y dichosos con la anciana madre del joven. Y como vivieron bien, también murieron bien.





LA HISTORIA DE PIARRES AMPU

ABÍA una vez en un pueblo un hombre al que llamaban Piarres Ampu y que era el campanero de la parroquia. El cura párroco lo quería casar y darle una buena posición, pero Piarres Ampu le decía: «Que no, señor párroco, que no me casaré hasta que aprenda a saber lo que es el miedo. ¡Es que nunca me he asustado de nada y quiero saber lo que es asustarse!».

Resulta que aquel mismo día enterraron a un hombre, y, a escondidas de Piarres Ampu, el cura hizo sacar el cadáver de su fosa y lo mandó colocar en el lugar donde Piarres tenía que tocar la campana.

Antes del amanecer, Piarres Ampu llegó a tocar las campanas anunciando el alba:

—¡Hola, amigo, buenos días os dé Dios!

Pero el cadáver no le contestó. Piarres repitió el saludo otras dos veces. Y a la tercera, al no tener ninguna respuesta, cogió al cadáver y, pumba, lo arrojó por la ventana del campanario.

Como el cura andaba por allí atisbando, el cadáver le golpeó en la espalda; así que se fue a casa a toda prisa.

Y más tarde le dijo al campanero:

—¡Piarres, hoy sí que te has asustado!

—¡Qué va, yo no me asusto de nada! Es que, como el terco de él no me contestaba, lo he cogido por el pantalón y lo he tirado por la ventana.

—Menos mal que no se ha hecho daño, porque el pobre estaba muerto. El que se ha hecho más daño que él he sido yo, porque me ha golpeado al caer en toda la espalda. Es que resulta que, para poder asustarte, yo había mandado sacar de la fosa a un hombre muerto ayer y colocártelo cerca...

—Pues ya lo ve usted, señor párroco, no me he asustado lo más mínimo. ¡No sé lo que es asustarse! —y luego decidió—: Creo que tengo que salir a recorrer el mundo para saber lo que es el miedo.

—Si tienes que marcharte, vete ya —le contestó el cura. Y le dio una especie de cuerda que, sin duda, tenía ciertos poderes, diciéndole—: Toma, si alguien te ataca, pásale esto por el cuello, crac, y verás cómo te suelta en seguida.

Si se encontraba con que alguien se le interponía en el camino, le pasaba aquella cuerda por el cuello y, sin asustarse de nada, proseguía su viaje.

Un día sucedió que, al llegar a una pequeña ciudad, pidió alojamiento para pasar la noche. Los vecinos le dijeron:

—Sí, tiene usted alojamiento en el palacio del rey; allí es donde se alojan todos los forasteros que llegan aquí, sólo que nunca hemos visto vivo al día siguiente a nadie que se haya alojado allí.

Entonces Piarres pidió alojamiento en aquella casa y se lo dieron, diciéndole que tendría comida y bebida en abundancia. Se instaló cómodamente y, después de preparar un buen fuego, puso a asar a la brasa una hermosa pierna de carnero.



Oyó una voz que, desde la chimenea, le decía:

—¿Me caeré?

—Cáete si quieres, pero no lo hagas encima de mi asado.

Aquella misma voz volvió a decir dos veces:

—¿Entraré?

—Entra si quieres, pero no lo hagas sobre mi asado.

Hasta que, la tercera vez, cayó una bola sobre el fuego. Piarres la cogió y la apartó arrojándola hacia atrás. Y cuando volvió la mirada, vio plantado tras él a un hombre tan rojo como una brasa, que se le acercó y le propuso:

—Venga, vamos a echar una partida.

—Bueno, si quieres jugaremos, pero después de que me haya comido esta pierna de carnero —respondió Piarres Ampu.

Pero como el otro no lo dejaba en paz, Piarres tuvo que pasarle la cuerda por el cuello a aquel diablo.

—¡Ay, ay, ay, suéltame, por favor, suéltame, y te daré todo el oro que me pidas!

A pesar de ser un diablo, aquella cuerda le abrasaba y no podía resistirlo. Así es que, por fin, a cambio del oro prometido, lo dejó bastante derrotado y, cogiéndolo de nuevo, lo arrojó por la escalera dando volteretas.

Poco más tarde, Piarres vio una sombra a través de la claraboya. Pensando que de nuevo tenía allí a su diablo, subió al tejado.

Lo que ocurría en realidad era que el rey había enviado a un soldado negro a que vigilara desde arriba lo que sucedía allí. Pero Piarres lo cogió del pantalón y lo arrojó desde el tejado sin asustarse lo más mínimo. ¡No sabía lo que era asustarse!

Al amanecer, todos acudieron a la casa del rey, y encontraron a Piarres Ampu sin haberse asustado de nada.

El rey lo mandó llamar, porque quería saber qué había ocurrido en su casa. Entonces Piarres le cuenta lo sucedido, cómo había llegado el diablo y él lo había derrotado y lo había dejado con vida a cambio de tanto oro.

—Es que no sé lo que es asustarse, y no he tenido miedo de nada.

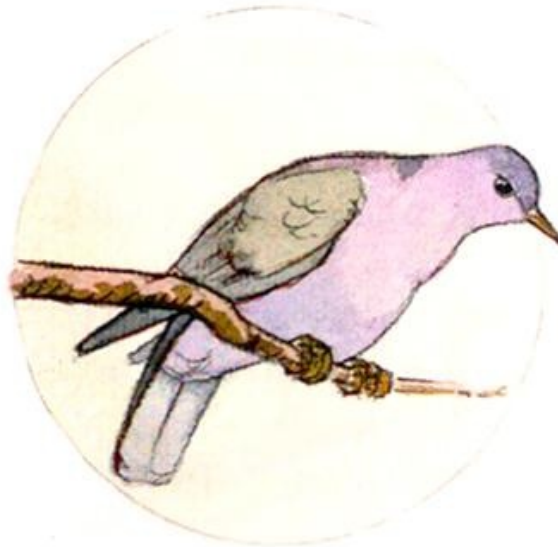
El rey lo quería casar con su hija, pero Piarres Ampu decía que no, que no se casaría hasta que no descubriera lo que era el miedo.

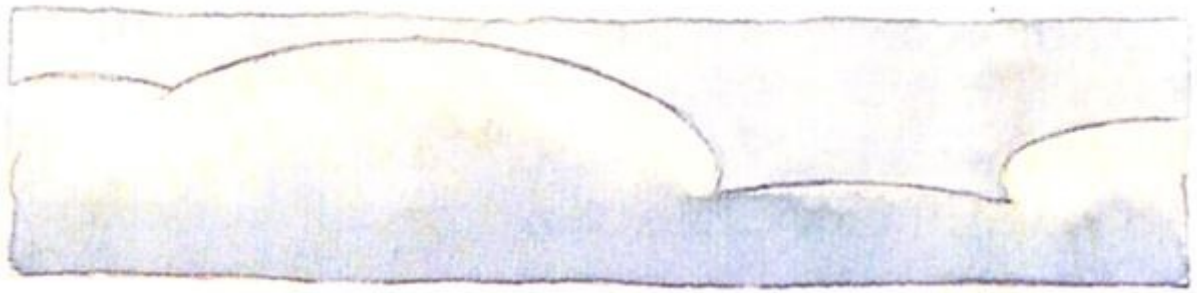
Insistía el rey haciéndolo pasear por toda la corte, de un lado a otro, mientras le enseñaba los rincones del palacio. Hasta que, finalmente, yendo de cuarto en cuarto, el rey le abrió un arcén del que salió volando una paloma, cla, cla, cla, cla.

Piarres Ampu se asustó y exclamó: «¡Ay!».

¡Por fin había algo que lo asustaba!

Entonces, por primera vez, Piarres Ampu supo lo que era asustarse. Se casó con la hija del rey y se instaló a vivir en su corte. Y si vivieron bien, murieron bien.





LA HISTORIA DEL ABATE SAN SUSI

OMO hay muchos en el mundo, había una vez un cura al que llamaban el abate San Susi.

Un día lo llamó el rey, porque había oído decir que era muy hábil y que adivinaba cualquier cosa.

Como entonces no había trenes como ahora, se fue el abate a caballo hasta el palacio del rey y dijo que quería hablar con él.

Una vez ante el rey, éste, que no lo conocía, le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Soy el abate San Susi, el que usted ha mandado llamar.

—Bienvenido a mi palacio. He oído que es usted muy hábil. Si es así, tiene que adivinar cuatro cosas: dónde está el centro del mundo; cuánto pesa la Luna; cuánto valgo yo y lo que estoy pensando.

—¡Es imposible que yo adivine eso! No tengo suficiente habilidad. ¿Cómo pretende que pueda adivinarlo?

—Le doy a usted quince días. Al cabo de ese tiempo volverá, y, si no lo ha adivinado, le mandaré matar.

El abate San Susi regresó a casa muy apesadumbrado.

Tenía un molino, y en él, a su criado molinero. Fue a verlo, y el molinero le preguntó:

—¿Qué tal? ¿Ya ha regresado usted? ¿Qué quería el señor rey?

—Algo que no adivinaré jamás. Me ha preguntado que dónde está el centro del mundo, que cuánto pesa la Luna, que cuánto vale él y qué es lo que

piensa... Nunca lo adivinaré. Estoy perdido.

—Mire usted —le dijo el molinero—, si está dispuesto a regalarme el molino, yo me ocuparé de todo eso. Yo acudiré en su lugar vestido como usted. Es imposible que pueda reconocer a quien sólo ha visto una vez.

—Sí, sí, te daré el molino para ti de mil amores, porque a mí de nada va a servirme, ya que estoy perdido...



Entonces el molinero, disfrazado con el hábito del abate San Susi y montado en su caballo, acudió a palacio y preguntó si podía hablar con el rey.

—¿Quién es usted? —le preguntó el rey.

—Soy el abate San Susi.

—¡Ah, sí, sí, ya me acuerdo! Pase usted. ¿Ha adivinado ya las cuatro cosas?

—Sí, señor, claro. En realidad podría haberle respondido el otro día —le contestó el atrevido—. Supongo que tendrá usted carpinteros a su servicio.

—¡Desde luego!

—Pues mándeles usted preparar una estaca.

El rey mandó hacerlo al momento y se acercó con la estaca en la mano.

—Venga usted conmigo, por favor...

Como había visto en los jardines una gran parcela sembrada de guisantes, ¡zas!, clavó en mitad la estaca y dijo:

—¡He aquí donde está el centro del mundo!

—¡Cómo! ¿Que aquí está el centro de este mundo tan inmenso? ¡No es posible!

—¡Si no se fía de mí, médalo usted mismo!

Como el rey no podía medirlo, tuvo que darlo por cierto.

—Bueno, está bien. Y ahora, ¿cuánto pesa la Luna?

—¿La Luna? Quince onzas, porque si pesara dieciséis, se caería.

—¿Cómo es posible que esa Luna tan enorme pese sólo quince onzas?

—¡Señor, si no lo cree, pésela usted mismo!

¿Qué podía contestar el rey?

—Bueno, está bien... Y ahora, ¿cuánto valgo yo?

—Usted, veintiocho monedas. Si fuese usted emperador, le hubiera dicho que veintinueve, pero como es usted rey, sólo vale veintiocho... Tenga en cuenta que al Salvador, Nuestro Señor, dueño de todo el mundo, lo vendieron por treinta. Así es que usted sólo vale veintiocho...

—Bueno, está bien, tiene razón... Y ahora, ¿qué pienso yo?

—Pues que está usted aquí hablando con el abate San Susi...

—¡Sí, eso mismo estaba pensando!

Como lo adivinó todo, el rey le entregó por recompensa una buena bolsa de oro. No había salido tan mal nuestro hombre: ¡una bolsa de oro para el camino y un molino!

Se dirigió satisfecho a su casa y fue a ver al abate San Susi.

—¿Qué tal? ¿Has vuelto con vida? ¿Lo has adivinado todo? —preguntaba extrañado el cura, que estaba convencido de que no volvería a verlo.

—¡Sí, y fácilmente!

—¿Dónde le has dicho que quedaba el centro del mundo?

—¿Vio usted, cuando fue al palacio, una inmensa huerta de guisantes? Pues, clavando en medio una estaca, le he dicho que allí estaba el centro del mundo.

—¿Y él te ha creído?

—Le he dicho que, si no lo creía, que lo midiera él mismo.

—¿Y le has dicho cuánto pesaba la Luna?

—Le he dicho que quince onzas, que si pesara dieciséis, es decir, una libra más, se caería.

—¿Y eso también te lo ha creído?

—Le he dicho que, si no lo creía, que la pesara él mismo.

—¿Y no te ha matado allí mismo?

—¿Por qué? ¿Porque le he dicho la verdad? ¡Que la pesara si no quería creerlo!

—¿Y le has dicho cuánto valía?

—Veintiocho monedas. Y si hubiese sido emperador, veintinueve, porque el rey de todo el mundo fue vendido por treinta.

—¿Y le ha parecido bien que le digas eso?

—Sí, muy bien. ¿Y qué quería usted que le dijese? ¿O es más importante que nuestro Dios?

—Y lo que pensaba, ¿se lo has dicho?

—¡Sí, que estaba hablando de negocios con el abate San Susi! Y me contestó que era eso lo que pensaba.

El molinero quedó satisfecho, dueño de un molino y, además, con una buena recompensa. Y si vivió bien, murió bien.





LA HISTORIA DE ARTTO

ABÍA una vez un hombre que se llamaba Artto y que tenía una liebre en su casa.

Un buen día, acudieron a él dos cazadores y le dijeron:

—Artto, tienes que vendernos esa liebre.

Pero él les respondió que no, que no estaba dispuesto a vendérsela, porque la necesitaba para ir a hacer los recados, y es que era a ella a la que enviaba a hacer todas sus compras y encargos.

Ellos insistieron en que debía vendérsela y que, a cambio, le pagarían muchísimo dinero.

Hasta que por fin la vendió y se la llevaron consigo.

En cuanto los cazadores llegaron a su casa, cargaron a la liebre y la enviaron con cartas y toda suerte de encargos, pero la liebre se fue por donde le dio la gana.

Y los dos hombres salieron decididos a agarrar a Artto. Él, que estaba seguro de que no tardarían en aparecer, se puso en seguida a hacer agujeros en la huerta y a esconder oro en ellos.

Por fin vio cómo se acercaban los hombres. Y entonces se puso a cavar y cavar en la huerta sacando oro por todas partes.

En cuanto se acercaron hasta él, le preguntaron:

—¿Artto, qué estás haciendo ahí?

—Sacar oro.

—¿En serio que se puede encontrar oro con esa azada?

—Pues claro, a eso es a lo que me dedico, y con ello mantengo a mi familia.

—Entonces tienes que vendérmola por todo el dinero que pidas.

—¡Ni hablar! ¡No os la venderé jamás!...

Solo que, de tanto insistir, acabó vendiéndosela.

Una vez en su huerta, uno de ellos se puso a cavar y cavar, pero el oro no aparecía por ningún lado.

Se le acercó el otro y le replicó:

—Déjame a mí, que yo sé hacerlo mejor que tú; anda, dame esa azada.

Y se puso a cavar y cavar, pero tampoco encontraba nada.

Artto estaba seguro de que no tardarían en regresar otra vez en su busca.

Así es que se puso a darle de comer oro a su burro.

Y, en cuanto advirtió que llegaban aquellos hombres, se colocó detrás del asno y puso un recipiente.

El burro no tardó en..., con todos los respetos cagar.

Artto comenzó inmediatamente a escarbar entre la caca y encontró oro.

Entonces fue cuando los dos hombres se le acercaron:

—¿Qué estás haciendo ahí, Artto?

—Que de la caca obtengo oro. Porque en cuanto he alimentado bien a mi burro, ya lo ven, obtengo estas cosas.

—¡Entonces tienes que vendernos ese burro!

—¡Ah, no, ni hablar!

—¡Que sí, que sí!

Y finalmente terminó vendiéndoles el asno por un montón de dinero.

Regresaron a su casa con el burro y lo alimentaron lo mejor que pudieron. Luego, uno de ellos se colocó detrás del animal con un recipiente. Pero el asno no le dio ni esto de oro.

—Déjame a mí el burro —dijo el otro hombre—, que yo conseguiré que lo haga.

Le dio bien de comer, le colocó el recipiente, pero nada, tampoco a él le daba oro.

Así es que ambos montaron en cólera y decidieron que tenían que matar a Artto.

Entretanto, éste estaba convencido de que pronto aparecerían encolerizados, y dijo a su mujer:

—Verás, voy a llenar una calabaza de vino y te la voy a poner en el pecho. Entonces, en cuanto éstos se acerquen, te daré una cuchillada y tú te caerás al suelo y te harás la muerta; luego, en cuanto te dé un silbido, te incorporas.

Inmediatamente llegaron aquellos hombres y se pusieron a gruñir diciendo que iban a matar a Artto.

Él la toma con su mujer, se enoja, monta en cólera y de repente le asesta una puñalada.

Al instante, su mujer cae al suelo.

—¿Pero qué es lo que has hecho? —le preguntan los hombres.

—Es que cuando se me antoja me enfurezco; entonces me da por asesinar a mi mujer. Luego, cuando me da la gana, la resucito.

Entonces, cogiendo su silbato, comienza: tu-tu-tu tu, y su mujer se incorpora.

—¿Pero es posible, Artto, que seas capaz de resucitar a tu mujer? Venga, tienes que vendernos ese silbato.

—¡Ah, no, ni hablar, no os lo vendo!

Y, finalmente, terminó vendiéndoselo para que le dejaran en paz. Y nuevamente volvieron a sus casas.

Uno de ellos mató a su mujer. Y el segundo hizo otro tanto.



El primero, se puso: tu-tu-tu; y el segundo: tu-tu-tu, pero ninguno de los dos logró resucitar a su esposa.

Se enfurecieron de tal modo, que decidieron arrojar a Artto al agua. Así es que fueron a su casa, lo metieron en un saco, se lo cargaron a la espalda y se marcharon. Y cuando tuvieron sed, entraron en una taberna y dejaron a Artto afuera.

Un pastor que se le acercó, sacudió el saco. Y, desde el interior, Artto le gritó:

—¡Quieto, quieto con el saco, que hay una persona viva dentro!

El pastor preguntó:

—¿Por qué estás ahí encerrado?

Desde dentro se oyó decir:

—Quieren casarme con la hija de un rey, y como no estoy dispuesto, ya ves, me llevan dentro de un saco. Si quisieras meterte aquí en mi lugar...

—¡Oh, sí, encantado!

El pastor se metió entonces en el saco y Artto desapareció de allí con su rebaño. Mientras tanto, aquellos hombres salieron de la taberna, cargaron con el saco y lo arrojaron al agua.

Los dos hombres volvían satisfechos porque por fin se habían deshecho de Artto. Y cuando llevaban recorrida la mitad del trayecto, mira por dónde se encuentran con Artto y con su hermoso rebaño. Entonces exclaman:

—¡Será posible, Artto, que te hayamos echado al agua hace un instante y te encontremos ahora aquí!

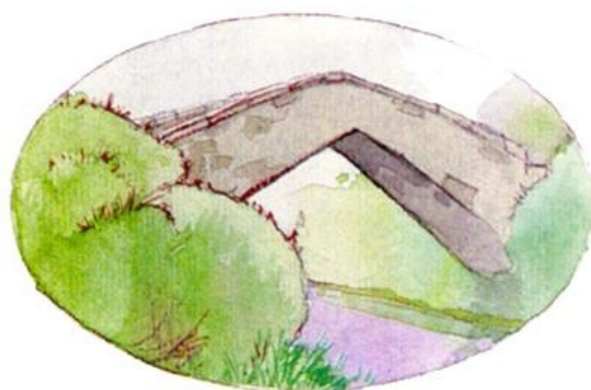
—Pues ya lo veis, aquí estoy. ¡Fijaos qué rebaño me he encontrado en el lugar donde me habéis tirado!

Y ellos, que veían el saco flotando en el agua:

—¿Qué hace entonces ese otro ahí abajo?

—Escoger las mejores.

¿Qué imagináis que hicieron aquellos dos hombres? Pues se acercaron al puente, se arrojaron al agua y murieron allí mismo.





LAS RIQUEZAS DE LAMIZULO^[8]

N padre, al morir, dejó dos hijos sin otra herencia que catorce mulas para ambos.

—Cuando trabajéis de arrieros y escuchéis la campana de alguna iglesia, os ruego que siempre oigáis misa por mi alma.

El más joven jamás olvidó aquellas últimas palabras de su padre. Si, al llegar a un pueblo, oía tañer las campanas, siempre acudía a misa. En cambio, el mayor, que siempre solía atar las mulas junto a la iglesia, jamás entraba en ella.

Una vez, le dijo el menor:

—Tú no has ido a misa.

Se enzarzaron, y finalmente hicieron una apuesta entre ellos: si la misa valía más que las mulas, las catorce serían para el joven; de lo contrario, serían para el mayor.

Avanzando por un camino, se toparon con un caballero que resultó ser enemigo de la iglesia. Y, al preguntarle su parecer pronunció estas groseras palabras:

—Una misa valdrá mucho, pero valen más siete millas.

Así es que el joven arriero tuvo que entregar las siete suyas a su hermano mayor. Únicamente pudo quedarse con las alforjas, y eso gracias a que se las había pedido a su hermano y éste consintió. De modo que, de ser arriero, bajó al grado de mendigo.

Después de haber pasado el día recogiendo mendrugos de puerta en puerta, llegó por la noche a un bosque. Y, mientras estaba medio dormido, vio

salir de una cueva a doce hombres y doce mulas y asustado trepó a un árbol.

A la mañana siguiente, temiendo por su vida, se refugió en la cueva de aquellos hombres. ¡Qué cantidad de oro y plata había allí! Después de abandonar los mendrugos que había logrado mendigando, salió de la cueva con sus alforjas repletas de riquezas.

Fue acogido como criado en la posada de un pueblo vecino y, al cabo de unos cuatro meses, al ver lo rico que era, lo casaron con la hija de los amos. Desde aquel día ordenó que sus familiares dieran limosna a cualquier mendigo que apareciera por allí.

Un día, mientras comían, llamó a la puerta su hermano pidiendo limosna. Al reconocer su voz, ordenó a la sirvienta:

—Yo mismo iré. Quédese usted aquí.

—¡Pero hombre! ¿Tú pidiendo limosna? ¿Dónde tienes tus catorce mulas?

—Las he perdido todas. ¿Y tú? ¿Cómo tienes la suerte de estar aquí?

Entonces el rico le relató toda su historia.

Aquella noche, el hermano mayor se dirigió a la mencionada cueva. Y mientras se escondía entre las ramas de un haya, aparecieron doce mulas y once hombres que salían del interior camino del monte. Así es que, al amanecer, penetró él mismo en aquel antro. Y, en cuanto entró, alguien le trancó la puerta, que, al parecer, estaba atada con cuerdas.

—No es ésta la primera vez que has entrado aquí, ¿verdad? —le dijo el cancerbero.

—Sí, es la primera vez.

—Si me mientes, te mataré. Si me dices la verdad, vivirás.

Entonces le confesó que había sido su hermano el que había estado una vez en la cueva y que ahora era posadero en aquel pueblo... En una palabra, le desveló todo cuanto sabía.

El cancerbero lo retuvo allí hasta que llegaron los otros once ladrones, y éstos, a pesar de la promesa del primero, mataron a su confidente. Acto seguido, los doce ladrones acudieron a la posada del otro hermano. Once de ellos iban metidos en pellejos con un orificio para poder respirar. Y el duodécimo, fingiéndose vendedor de aceite, quiso acostarse en el rastel de la cuadra. Pero el amo no se lo consintió, sino que ordenó que se acostara en una cama.

A medianoche, mientras los sirvientes estaban ocupados en sus tareas, el sirviente dijo a la sirvienta que dispusiera la cena de las brujas.

—No hay aceite.

—Los odres que hay a la entrada están repletos de aceite —respondió el criado—. Voy a buscarlo.

Y bajó a la cuadra.

Al echar mano del primer pellejo, una voz desde su interior preguntó:

—¡Eh! ¿Es hora de irse?

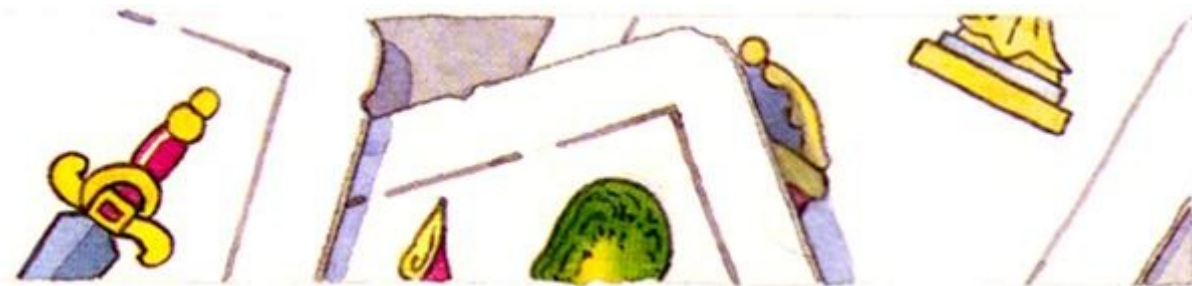
—Aún no —respondió el criado.

Al agarrar el segundo y el tercero..., sucedía lo mismo: desde su interior alguien preguntaba si era el momento, y el criado respondía que todavía no.

Luego acudió corriendo a ver a su amo; los de la casa llamaron a la justicia, que encontraron a once hombres dentro de los pellejos y ataron al duodécimo a la cama.

A la mañana siguiente, prendieron una fogata en medio de la plaza y los quemaron a los doce. Y luego trajeron al pueblo las riquezas de la cueva.





LA HISTORIA DE LARRAMET

OMO muchos en el mundo, había una vez un hombre llamado Larramet que era carbonero.

Una vez, salió con el burro a vender sus sacos de carbón. Y cuando los hubo vendidos, entró en una posada y al momento le abordó un cliente para que echara una partida de cartas con él. Larramet jugó y perdió el importe de sus sacos porque, en realidad, se las había visto con el diablo.

Volvía nuestro carbonero hacia su casa todo apesadumbrado, porque había perdido sus ganancias de aquel día y no tenía con qué mantener a su familia. Y al pasar cerca de un río se encontró con dos hombres: eran Nuestro Señor y San Pedro, que le dijeron:

—¿Nos ayudas a cruzar el río? Te daremos lo que nos pidas como pago.

Y los pasó, uno a uno, sobre su burro.

—¿Qué quieres ahora como pago? —le preguntaron.

—¡Quisiera poder meter en un saco a la persona que yo desee!

Luego, volvió a la posada, encontró allí al diablo y le ordenó:

—¡Métete en mi saco!

Y, como era un mandato del mismo Dios, el diablo no tuvo más remedio que obedecer.

Así es que lo metió en su saco, lo cargó sobre su burro y, al pasar delante del herrero, lo descargó y lo puso sobre el yunque, diciendo:

—Déle usted unos cuantos martillazos; es que como la carga es un poco dura, le hace daño a mi burro.

Y el herrero comienza a golpear, kiski, kaska, mientras el otro se lamentaba desde el interior: «¡Ay, ay, ay!».

—¡Pegue usted fuerte, pegue!

—¡Ay, ay, ay! ¡Déjenme con vida, se lo ruego!

—Entonces, danos este saco repleto de oro.

Con tal de salvarse, el diablo les llenó de oro aquel saco. Y Larramet regresó a su casa todo satisfecho con su saco de oro.

Después de haber criado a su familia, un día le llegó a Larramet la hora de morir. Y, cuando murió, acudió a la puerta del cielo. Allí le preguntó San Pedro:

—¿Quién hay ahí?

—Soy Larramet.

—Si entonces nos hubieras pedido como pago el cielo para cuando te llegara la muerte, ahora podrías entrar...

Entonces acudió a la puerta del purgatorio.

—¿Quién hay ahí?

—Soy Larramet.

—Aquí no tenemos sitio para ti.

Y se fue a la puerta del infierno.

—¿Quién hay ahí?

—Soy Larramet.

—¡Marcha, vete, que aquí no hay sitio para ti! —le contestó en el acto aquel viejo diablo al que había conocido.

De nuevo acudió Larramet a la puerta del cielo. Hasta que San Pedro le dijo:

—¡Venga, métete en mi saco!

Y desde entonces Larramet está en el cielo metido en un saco. ¡Pero está en el cielo!





ATARRABIO

E asegura que una vez don Juan de Atarrabio y otros dos, entre ellos el fraile de Bera, se fueron al infierno a aprender algo con Cherren, el demonio, y que Cherren, en pago a sus enseñanzas, les exigió que uno de ellos tendría que quedarse con él.

De modo que, transcurrido el período de aprendizaje, preguntó el diablo:

—¿Quién es el que deberá quedarse conmigo?

—El que viene detrás de mí. Quédate con él —contesto Atarrabio.

El diablo alargó la espada y obligó a quedarse al discípulo apresado. Pero fue la sombra de Atarrabio la que quedó retenida.

Tiempo después, Atarrabio estuvo de párroco en Goñi. Y únicamente tenía sombra durante la misa, en el momento de levantar al Señor en la consagración; el resto del tiempo, no. Pero Atarrabio no estaba dispuesto a irse al otro mundo sin sombra; por eso, un día le dijo al sacristán:

—Cuando tenga elevado al Señor en el momento de la consagración, golpéame fuertemente con un martillo en la cabeza y mátame. Sácame luego el corazón y, clavándolo en la punta de un palo, ponlo en el pórtico. Si se lo lleva un cuervo, será señal de que me condenaré; pero si se lo lleva una paloma, será señal de que me salvaré. Con eso sabrás la suerte que corre mi alma.

El sacristán hizo lo que se le había ordenado. Llegó una bandada de cuervos y, mientras revoloteaban a su alrededor, apareció una pequeña paloma blanca y se llevó el corazón consigo. Entonces todos se convencieron de que Atarrabio fue llevado a los cielos.

Una vez, mientras ejercía de cura en Goñi, se fue Atarrabio a echar la siesta, y, escudriñando el horizonte, dijo a su madre:

—¡Madre, madre! Si ves que aquella nube empieza a crecer, llámame antes de que se ponga a tronar.

Pero su madre se descuidó y lo llamó un poco más tarde, cuando el nubarrón se cernía ya encima. El cura se levantó a toda prisa. Aquel año había hermosos trigales en Goñi. El caso es que, entre la nube, se le oyó decir al diablo:

—¡Ay, menudos caballos tengo para trillar tu trigo!

El sacerdote, con el libro de conjuros en una mano y el crucifijo en la otra, le respondió:

—¡Ay, menudos frenos tengo yo para frenar tus caballos!

Junto al cementerio había gran cantidad de barricas y, según dicen, allí se contuvo todo el pedrisco que acarreaba la nube, con lo que, por aquella vez, el discípulo consiguió vencer a su maestro, y así conservó el trigo intacto.

En otra ocasión, Atarrabio tuvo una inspiración divina: que en Roma el Papa estaba reunido con dos malvados y que debería intervenir en su favor. Atarrabio tenía a su disposición a tres geniecillos que solían acudir a él en cuanto los convocaba. Y como quería contar con uno de ellos para ir a Roma a sacar al Papa de su apuro, llamó al primero de ellos:

—¿En cuánto tiempo me llevarías a Roma?

—En un cuarto de hora.

—Tú no eres suficientemente bueno.

Luego llamó al segundo:

—¿En cuánto tiempo me llevarías a Roma?

—En cinco minutos.

—Tú no eres suficientemente bueno.

Y llamó al tercer genio:

—¿En cuánto tiempo me llevarías a Roma?

—En un santiamén.

—A ti es a quien necesito.

—¿Y qué recompensa habrás de darme?

—Lo mejor de mi comida de hoy^[9].

Y según marchaban sobre el mar, el diablillo Galtxagorri, que planeaba arrojarlo al agua, le preguntó:

—¿Cuál es ese dulce nombre que soléis decir los cristianos?

—¡Arre, diablo! —le respondió.

Y una vez en Roma, acudió al palacio papal y dijo al portero:

—Necesito estar con el Santo Padre.

—No se puede entrar.

—Insisto, es necesario, tengo que verlo.

—Imposible.

Entonces Atarrabio entregó al portero una vara y le dijo:

—Con esta vara, tome usted las medidas de la anchura y la longitud que tiene la mesa del Papa.

Aquella vara tenía inscrita una cruz^[10]. El portero se fue con ella y midió la mesa del Papa. A aquella misma hora, desaparecía aquella mujer: era el diablo en persona.

El Papa preguntó al portero:

—¿Quién te ha ordenado hacer esto?

—Me lo ha ordenado un hombre que está ahí afuera.

—Dile que entre.

Pero para entonces Atarrabio estaba ya de vuelta en Goñi. Al volver de Roma y entrar en la cocina, sacudió su abrigo y cayó nieve.

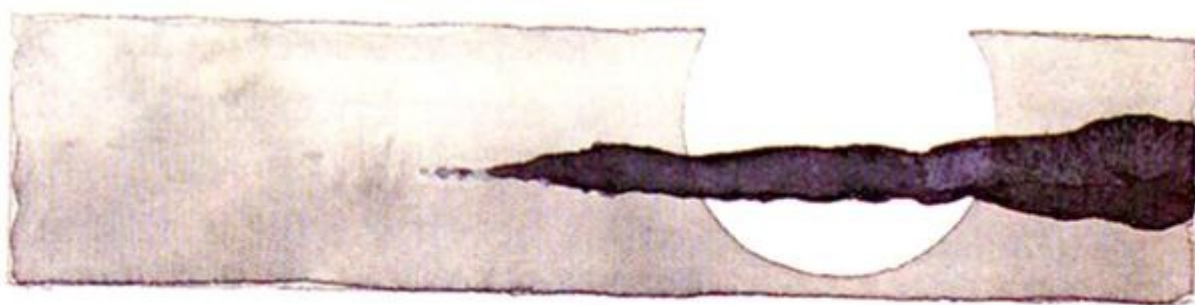
—Madre, está nevando en los puertos de Jaca.

—¿Y cómo lo sabes, hijo?

—Estoy tan seguro como del ki-ki-ri-ki que va a lanzar ese gallo que tienes en el asador.

Y como el gallo asado cantó, su madre lo creyó sin reparos. Luego, Atarrabio le dijo a su madre que tenía que hacerle una comida a base de diez nueces; y lo mejor de su comida, las cáscaras^[11], fueron para el *galtxagorri* que lo había llevado a Roma.





DE UNA VEZ POR TODAS

ACE trescientos, cuatrocientos o quinientos años, en las noches cerradas deambulaban por Lekeitio, como por otros muchos pueblos, unos a los que llamaban penitentes, desnudos de cintura para arriba y con unas disciplinas en la mano. La villa estaba entonces amurallada y en cada uno de los lienzos de la muralla había una puerta, y sobre ella la imagen de algún santo. Los penitentes solían detenerse frente a aquellas imágenes y se flagelaban con dureza.

Por entonces, como en nuestros días, los primeros en madrugar eran los pescadores. A la mayoría de ellos les causaba pavor encontrarse con algún penitente.

Para saber si tenían o no que salir a la mar aquel día, había un atalayero, que era el encargado de levantarse antes que los demás y salir él solo a comprobar el estado de la mar. Y una vez, delante del atalayero, los pescadores comentaron el asunto de los penitentes y el miedo que les daban.

—Chili, ¿y tú no te asustas cuando te encuentras con uno de éstos?

—¡Yo asustarme! Más de una vez he visto a alguno de ellos de madrugada, pero temblar..., bien pequeño debe de ser el corazón del que tiembla por tan poquita cosa, paisanos.

—No vale decir una cosa y hacer luego otra, Chili. Si a eso de medianoche, una de esas noches oscuras como boca de lobo, estuvieras tú solo y se te apareciera uno de esos penitentes, gigantesco, medio desnudo y descalzo, ¿no tendrías miedo?

—Fíjate bien, ni aunque el mismísimo demonio se me apareciera vestido de penitente y me dijera que lo siguiese, ni aun así tendría miedo y me echaría

para atrás. ¿Pero qué corazón puede ser un corazón que tiembla? ¿O acaso creéis que lo tenemos colgado de una vena?

A la mañana siguiente, después de haberse levantado muy temprano como de costumbre, cuando Chili se dirigía a la atalaya a atisbar el estado de la mar y del cielo, observó algo de imponentes dimensiones que se acercaba hacia él desde lo más alto de la atalaya. Era algo tan negro que hacía sombras hasta en la oscuridad. Y se le acercó.

—Buenas noches, compañero —le saludó Chili—. Parece que madrugamos mucho.

—Mucho o poco, ¿a ti qué te importa?

—Este tipo viene enfadado. Pues anda que tampoco nosotros somos mancos para las riñas. ¿Tú quién rayos eres?

—¿Acaso no me ves?

—Pues no mucho, la verdad, salvo esas disciplinas que llevas en la manaza. Me apostaría cualquier cosa a que estoy hablando con un penitente de éstos. ¿Tú, adonde vas?

—Mira, no tengo tiempo para ponerme a charlar. Pero te lo diré, con la condición de que no me hagas más preguntas. Llevo toda la noche deambulando sin rumbo y sin otra compañía que la de mi sombra, y lo que quisiera es llegar al monte Oiz antes del amanecer.

—¡Antes del amanecer! ¡Buah, eso ni aunque fueras el mismísimo demonio!

—Si tuviera un buen compañero de viaje, sí.

—Habría que verlo...

—Pues ven.

—Es que yo...

—Al parecer, eres hombre de dos palabras.

—¿Quién, yo? No.

—¿Tú no aseguraste anoche que eras capaz de seguir a cualquier penitente?

—Pero es que...

—Ya veo que no pones más que pretextos y excusas.

—¿Y quién diablos avisa entonces si se ha de salir a la mar o no?

—¿Y si hubiera temporal? ¿Si hubiera una marejada tal que los barcos no la pudieran resistir, me seguirías?

—Entonces sí, ¿por qué no?

Y al terminar de decir eso, Chili dejó de ver por unos momentos al compañero que tenía enfrente. Cuando reapareció, siguieron conversando:

—Ahí tienes un fuerte vendaval y unas olas como esa isla.

—¡Rayos y truenos! Vas a resultar mejor atalayero que yo.

—Bueno, ¿vienes o no?

—Vamos.

En un momento estaban bajo el arco de San Pedro. Y, al ver que su acompañante no se detenía, Chili le dijo:

—Amigo, que estás delante de una imagen santa. Si eres un penitente como es debido...

—¿Y a ti qué te importa?

—¿A mí...? Personalmente, nada; pero...

—¿Es que tienes miedo?

—Miedo, ¿por qué?

—¿Vas a seguirme entonces?



— A donde quieras.

Desde allí hasta el segundo arco, el del centro de la villa, no había mucho trayecto y, aun yendo despacio, llegaron pronto. Pero tampoco entonces vio Chili azotarse la espalda a su compañero. Y, con las manos metidas en los sobacos, le dijo a su acompañante:

—Si no te atreves a azotarte ese corpachón, y si te da lo mismo, te azoto yo y así me caliento las manos.

—¿Qué pasa? ¿Tienes ganas de calentarte? Ya te calentarás. Sólo la gente de poco fuste hace preguntas que no vienen a cuento.

—Pues mira, tengo mis dudas de que puedas resultar buen ganado.

—¿Es que tienes miedo?

—¿Pero por qué me lo preguntas?

—¿Es que tienes miedo?

—Que no, no tengo miedo.

La tercera puerta de la villa estaba situada en el barrio llamado Atea, en el camino que iba de la villa hacia Amoroto. Y sobre aquel arco se veía la imagen de la Virgen. Pero tampoco allí se detuvo el acompañante de Chili, que cruzó con la cabeza gacha, como avergonzado, sin usar las disciplinas. Chili le hubiera hecho algún comentario también esta vez si el otro, mirándolo de soslayo con ojos fulgurantes como de tigre, no le hubiera ordenado: «¡Adelante!».

Cuando dejaron atrás la última casa del pueblo, Chili le dijo, seguramente por hacerle hablar al otro, que iba sudando y que llegarían incluso yendo más despacito.

—¡Sudas! Sudas, cobarde, porque tienes miedo.

Al oír que lo llamaba cobarde, apretó sus puños y a punto estuvo de decir o hacer cualquier burrada el forzado atalayero, si no fuera porque en ese momento imaginó ver en los dedos de su acompañante diez garras retorcidas como anzuelos y se quedó aterrorizado y boquiabierto.

—¡Tienes miedo, eh, cobarde y sin fuste!

—¡No! —respondió en un bostezo y, sin que se diera cuenta, salió de sus labios la primera mentira de su vida.

Más fatigados y retrasados de lo que Chili creía, llegaron al crucero del Cristo del Portal. Una vez allí, si su acompañante no daba una señal de penitente, no pensaba acompañarlo más allá, aunque tuviera que escuchar del otro palabras como «friolero», «cobarde», «miedoso» o cualquier otro insulto. Al llegar allí, el acompañante, para evitar ver la imagen del Cristo crucificado, bordeó por detrás de la columna de piedra. Y ya Chili iba a

decirle algo cuando levantó la cabeza y, abriendo bien los ojos, se figuró ver en aquel rostro hocico y dientes de cabra; y con la sensación de tener el cosquilleo que produce una cadena, mientras se frotaba el cuello, el del rostro de cabra le espetó una gran carcajada:

—¿Tienes miedo? —le volvió a preguntar, pero no con voz humana, sino con balidos de cabra.

Y Chili no le contestó.

Los dos seguían cada vez más deprisa, a porfía. Para dejar atrás Olaeta, tuvieron que cruzar por el puente de Lea, por la estrecha senda de Auria y a través de Arrufain. Y aunque Chili conocía aquellos parajes mejor que la palma de la mano de ir a pescar anguilas por allí, no supo distinguir ni casa, ni río, ni puente, ni fábrica. Al llegar a las inmediaciones de Oibar, el atalayero se registró los bolsillos, sacó el rosario y comenzó a rezar los quince misterios.

—Es en vano —le dijo su acompañante.

Y él, como si despertara de un profundo sueño, lo miró boquiabierto.

—Es en vano —volvió a repetir el otro.

El pobre Chili no podía ni pestañear, como dicen que se queda un pájaro mirando a una serpiente: los dos quietos, los dos mirándose fijamente. Si el miedo hubiera podido encarnarse y hacerse hombre, no habría estado tan demacrado como lo estaba Chili entonces. El falso penitente le mostraba el aspecto de cien rostros dando vueltas en una rueda; era como si los perros de ojos más encendidos y más chatos, los chivos más viejos y barbudos, los cerdos más horribles y más sucios o cualquier otro animal tan repelente como los mencionados se hubiera colocado a su alrededor.

El pobre Chili estaba a punto de desmayarse, cuando el otro, riéndose a carcajadas, volvió a hacerle la misma pregunta por última vez:

—Chili, forzudo, escúchame bien y respóndeme de una vez por todas: ¿Tienes miedo?

—¡Santa María de la Antigua, sí, tengo miedo! —y aporreando la puerta de la ermita de Oibar, cayó de bruces dentro.

Entonces el falso penitente, emitiendo un terrorífico rugido que le salía de las entrañas, le dijo:

—Chili, en adelante deja en paz al demonio. Yo soy el demonio. Y ésta es la prueba. Eras ya mío, mío. Da gracias a eso que llevas en la mano y al lugar en el que estás.

Y después de decir eso, dio un portazo y dejó grabadas en la puerta las huellas de sus enormes garras.

La pequeña ermita de Oibar sigue hoy en pie, frente a Gizaburuaga, junto al río, sólo que restaurada. Y en su puerta ya no están, desde hace tiempo, las marcas de las garras del demonio.





EL CARBONERO Y LA MUERTE

En una cabaña vivía humilde y harapiento un carbonero sin otro sustento que unas habas, torta de maíz y queso.

En una ocasión en que estaba cenando su escasa dieta, alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Quisiera alojamiento para pasar la noche.

—¿Pero quién es usted?

—Yo soy Dios.

—¡Posada a usted! ¡Y permite que algunos vivan en la abundancia mientras que otros, a base de trabajar de sol a sol, viven en la miseria! ¡Ni hablar! ¡Márchese usted de aquí!

Al cabo de unos instantes, volvió de nuevo Dios y llamó a la puerta.

—¿Quién es usted?

—Quisiera alojamiento para pasar la noche.

—¿Pero quién es usted?

—Yo soy la Muerte.

—A usted, sí, la acojo encantado. Usted se porta igual con todos: lo mismo con los ricachones que con los pobres, con los grandes igual que con los pequeños.

Y, franqueándole la puerta, le ofreció de cenar de lo poco que tenía, y le dio cama y desayuno por la mañana. La Muerte insistía en agradecérselo:

—¿Qué te gustaría que te diera? —le preguntó.

—Pues yo..., yo, con tal de no vivir así, quisiera alguna comodidad y algún pequeño desahogo.

—Acude al palacio del rey. La reina está muy enferma y hace ya mucho tiempo que los médicos no saben qué hacer para sanarla. Tú llegas y, cuando me veas allí, si me encuentras a su cabecera, puedes decir que morirá con toda seguridad y que cumpla con sus obligaciones cuanto antes. Pero si me encuentras a los pies de su cama, puedes decir que se curará de inmediato en cuanto le coloquen una cataplasma en cualquier parte de su cuerpo.

Ataviado con sus mejores ropas, aseado lo mejor posible, alegre y contento, el carbonero partió a la capital de aquel reino y dirigió sus pasos al palacio real. Una vez allí, nadie quería creer que fuera médico ni le consentían entrar donde la reina. Pero él insistía a gritos que tenía que ver a la reina, que tenía que ver a la reina.

En cuanto el rey, al oír aquellos gritos, se enteró de que había llegado alguien, preguntó quién era y permitió entrar a los aposentos reales a aquel supuesto médico y, acompañados de los demás galenos que merodeaban por allí, ambos se acercaron a la cabecera de la cama. Él inició el ritual propio de todo reconocimiento ante la enferma: le hizo sacar la lengua, le levantó los párpados, le tomó el pulso..., y en esto que vio que la Muerte se encontraba a los pies de la cama de la paciente. Fue entonces cuando el carbonero dijo:



—Yo me encargare de sanar a esta enferma al momento.

Y pidió para ello algunos preparados de emplasto: vino, semillas de lino, salvado, aceite de ricino... y otros ingredientes por el estilo.

Los médicos presentes se burlaron de él. Sin embargo, el rey ordenó que se trajera cuanto había pedido, y la enferma quedó curada como si le hubieran arrancado la enfermedad con la mano.

Los demás médicos se sintieron tan humillados, que no sabían qué decir ni qué hacer. Reunidos en un rincón de la estancia, decidieron que el decano de ellos se metiera en una cama y, acto seguido, llamaron al monarca:

—Majestad, para que podáis advertir la nulidad de ese hombrecillo que se nos ha presentado haciéndose pasar por médico, hemos urdido un plan. Ordenadle que venga a reconocer a nuestro decano.

El carbonero, al entrar y descubrir a la Muerte a la cabecera de aquel enfermo, aseveró sin más miramientos.

—Este enfermo morirá pronto.

Las carcajadas de sus colegas resonaron esta vez más fuertes que la anterior. Pero no tardaron en tragárselas al advertir que su compañero estaba dando los últimos estertores.

Entonces, el rey, al ver que su esposa estaba sanada y que aquel anciano médico, que tan sano parecía, había fallecido, mandó expulsar de palacio a aquellos doctores. Luego, dijo al carbonero:

—¿Qué deseáis que os dé como recompensa? ¿Cuánto pedís por ser nuestro médico en lo sucesivo?

—¿Qué cuánto pido? Majestad, me conformo con lo necesario para llevar una vida desahogada.

Desde entonces, el carbonero vivió una vida regalada, sentándose a comer en la mesa del rey, paseando bajo los robles, las hayas, las encinas y el arbolado del bosque y los jardines reales.

Y una vez, mientras disfrutaba de uno de sus paseos, se le apareció la Muerte y le habló de este modo:

—¡Hola! ¿Qué me cuentas, carbonero? ¿Es que no me reconoces?

Aterrorizado, el carbonero respondió:

—¿Qué haces tú aquí, Muerte?

—He venido a buscarte.

—¿A buscarme a mí? ¿Mientras fui carbonero me consentiste vivir tantos años, y ahora, en cuanto consigo unos días de felicidad vienes a buscarme?

—¿No fuiste tú quien dijo que yo era igual con todos, tanto con los ricos como con los pobres, igual ante los grandes que ante los pequeños? Pues

como ha llegado tu vez, tienes que venir conmigo.

—Te ruego que, en pago por el favor que te hice aquel día en mi cabaña, antes me des tiempo de rezar un Padrenuestro y un Avemaria.

—Cuenta con eso, pero luego prepárate.

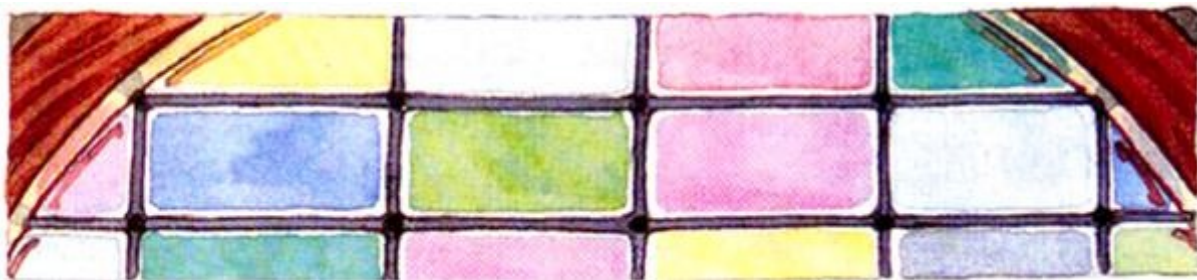
El carbonero rezó el Padrenuestro, eso sí, pero dejó pasar muchos días sin rezar el Avemaria. Ante aquello, la Muerte no sabía qué hacer. Hasta que decidió colgarse de la rama de un roble del bosque, como aparentando estar ahorcada. Y viendo el carbonero muerta a la Muerte, loco de alegría rezó un Avemaria.

Entonces la Muerte levantó la cabeza y le dijo:

—Ya eres mío.

Y se lo llevó consigo.





LOS TRES ESTUDIANTES

ABÍA una vez tres estudiantes que cursaban sus estudios en París. Eran unos auténticos granujas y cada año regresaban a sus casas sin un céntimo.

Sin embargo, siempre se las apañaban para alimentarse durante el viaje engañando a algún inocente.

Un año, en su viaje de regreso, se toparon con una bondadosa e inocente mujer ocupada en sus labores domésticas.

—¡Buenos días nos dé Dios, señora!

—¡Buenos días nos sean dados, caballeros! ¿De dónde vienen ustedes con ese aspecto?

—De París.

—¿Del Paraíso^[12]?... Entonces se habrán encontrado con mi Juan, mi primer marido.

Los estudiantes comentaron entre sí en voz baja: «¡Qué mujer más tonta!».

—¿Juan ha dicho? Díganos más o menos cómo era, ¿grande o pequeño? ¡Es que como hay tanta gente allí!

—¡Ah!... Pues, miren ustedes, ni grande ni pequeño. Más bien mediano. Y no era mala persona. Sólo un poco juerguista y que malgastaba cuanto tenía.

Cuchicheando, fingieron intercambiar impresiones: «¡Efectivamente era él!».

Luego, volviéndose hacia la mujer, le dijeron:

—Pues sí, hemos visto a su Juan. Y aún debe de estar sin un céntimo, porque siempre anda pidiendo prestado a los demás.

—¡Eso sí que se lo creo! Por lo visto, continúa siendo allí tal y como era aquí. ¿Y tienen ustedes previsto volver pronto por allí?

—Sí, tenemos que regresar muy pronto.

—¿Y no les importaría llevarle un encargo a mi Juan?

—¡Bueno, está bien, si no tiene usted otro recadista!

—Sin que se entere Domingo, mi segundo marido, tengo guardada una moneda de cincuenta libras, y también un par de zapatos suyos sin estrenar apenas...

Después de recoger el encargo, nuestros tres estudiantes se marcharon contentos.

Y he aquí que Domingo regresó a casa. Incapaz de guardar el secreto, la buena mujer le dijo:

—¿A que no sabes una cosa, Domingo? ¡Que he tenido noticias de Juan!

—¿Noticias de Juan? ¿Y cómo así?

—¡Mi pobrecito! Pues, fíjate, que me han venido tres estudiantes que regresaban al Paraíso.

—¡Pero qué pobre inocente! ¡Cómo se han burlado de ti! Supongo que, por lo menos, no les habrás dado nada, ¿verdad?

—Bueno, en realidad sí, una moneda de cincuenta libras y un par de zapatos...

Enfurecido de veras, Domingo prepara un caballo y se lanza a perseguirlos. Pero los estudiantes, que se dan cuenta, dicen a un peón caminero:

—Díganos, buen hombre, ¿vendría usted a esconderse aquí con dos de nosotros? Tendrá una buena recompensa.

Y el caminero se esconde con dos de los estudiantes, mientras el tercero de ellos se pone a hacer de peón en su lugar.

Al llegar junto a él, le pregunta Domingo:

—Oiga, disculpe que le moleste, pero ¿hace mucho que está trabajando usted aquí?

—Pues sí, desde esta mañana.

—¿Y no ha visto pasar por aquí a tres jóvenes?

El falso caminero, señalando hacia un monte, le responde:

—Ahora que lo dice, sí, acaban de desaparecer por allí lejos, y hace sólo un instante. Pero me parece que le va a resultar difícil ir hasta allí con su caballo. Si usted prefiere perseguirlos a pie, yo me encargaré de cuidárselo.

Y confiando el cuidado de su caballo al falso peón, Domingo corre y trepa monte arriba. Mientras tanto, el fingido caminero se reúne con sus

compañeros. Recompensan al verdadero y se apresuran a huir de allí con el dinero, los zapatos y el caballo. Y cuando, desfallecido de cansancio, Domingo termina volviendo a su casa, dice a su mujer, que le salía a su encuentro:

—Fíjate, hasta les he prestado el caballo para que puedan reunirse con Juan lo antes posible...

Al año siguiente, al volver otra vez de París a sus hogares, decidieron almorzar en el mejor mesón de una ciudad por la que pasaban.

Y a eso de las diez, encargaron que les prepararan una buena comida mientras ellos se daban una vuelta por la ciudad.

Apenas habían empezado a comer, cuando uno de los tres, dirigiéndose al mesonero, le dijo:

—Óigame usted, patrón. Mis compañeros querrán pagar la comida, pero no se lo consienta a ninguno de los dos, que quiero ser yo el que pague la cuenta de los tres.

Poco después, el segundo acudió al mesonero con la misma petición. Y al terminar de comer, hizo otro tanto el tercero:

—No acepte usted nada de mis compañeros, que quiero ser yo quien pague la comida de los tres.

Muy contento, el mesonero dijo a su mujer:

—Al menos hoy no corremos el riesgo de quedarnos con el almuerzo sin pagar. Los tres han venido a decirme que desean pagar la comida de sus compañeros.

De pronto, he aquí que uno de los estudiantes exclama:

—Bueno, patrón, que no todo consiste en comer, que ahora hay que hacer la cuenta. ¿Qué cuesta la comida?

Y el segundo añade inmediatamente:

—No, no te toca pagar a ti. Yo pagaré lo de los tres.

Y llega el turno al tercero:

—No pagaréis ni uno ni otro; seré yo quien invite a todos.

Y de esa manera se ponen a discutir, hasta que uno de ellos dice al fin:

—Hasta ahora hemos estado de acuerdo en todo, no creo que merezca la pena que nos enfademos por tan poca cosa. Así es que, si os parece bien, esto es lo que haremos: vendaremos los ojos al mesonero, y que pague la cuenta aquél al que atrape.

Y lo hicieron tal como lo habían acordado. Después de un rato de permanecer moviéndose por allí, los tres estudiantes se escaparon por la puerta. Al acudir por el alboroto, la mesonera se encuentra a su marido que, con los ojos vendados y los brazos hacia delante, jugaba de acá para allá a la gallinita ciega. Y le grita: «¿Pero qué estás haciendo?». Y el marido la atrapa en seguida y le dice: «¡Te toca pagar a ti!». Y su mujer le contesta: «¡Claro, claro, por supuesto que pagaré yo! ¡Bobo, cómo se han burlado de ti!».

Y es que, una vez comido estupendamente, nuestros picaros estudiantes se encontraban al atardecer a más de diez pueblos de allí.

Al año siguiente, acordaron que ellos mismos prepararían su cena después de haber conseguido afanar los víveres como cada cual mejor pudiera apañárselas.

El primero de ellos se fue a buscar vino con dos pellejos, uno vacío y el otro lleno de agua. Y pide al tabernero que le llene de vino el pellejo vacío. Luego pregunta el precio. «A doce perras el litro», le contesta. «¿Doce perras? ¿Aceptaría usted ocho?». Y ante la negativa del tabernero, se enfada y le dice: «¡Tenga, le devuelvo su vino!». Y destapando el recipiente, glu, glu, glu, vacía en él el agua con la que tenía lleno el otro pellejo. Después se marcha. Ya tenían vino para su cena.

El segundo se fue a la carnicería a buscar carne. En uno de sus ojos se había colocado una mosca borriquera que le hacía parecer tuerto. Mientras recoge la carne, hace ademán de irse sin pagar. Y el carnicero le grita: «¡Eh! ¿no piensa usted pagarme la carne?».

Entretanto, el estudiante se había quitado la mosca del ojo. Se vuelve al carnicero y le dice: «¿Decía usted algo, patrón...?». «¡Ah, perdóneme! ¿No se ha fijado si había aquí un tuerto hace un instante?». «Pues no, no me he dado cuenta; ¡pero, demonios, que yo sí que le he pagado!». «¡Claro, ha debido de ser el otro el que se me ha escapado!»... Y así fue como el segundo estudiante se marchó con la carne necesaria para el banquete.

El tercero se dirigió al mercado a comprar un par de pollos. Los escogió de entre los más hermosos y, después de acordar el precio, le dijo a la vendedora:

—El señor cura se los pagará.

Y la tendera le replicó:

—Yo no tengo nada que ver con el cura de esta parroquia; me los pagará usted directamente, o si no, permítame que venda mis pollos a quien mejor me parezca.

Y el estudiante le respondió:

—¿Es que acaso no se fía usted de un sacerdote?

—Con todos mis respetos, le digo a usted que yo no tengo tratos con el señor cura.

—Venga conmigo a la casa del cura.

Y he ahí que ambos se dirigen a la iglesia.

Como el cura estaba confesando, el estudiante le dice a la mujer que espere a la puerta. Entonces él va directamente al confesonario, llama a la reja y le dice al confesor:

—La mujer que espera ahí está empeñada en poder hablar con usted. Le ruego que la atienda siquiera un instante en cuanto haya terminado de confesar a esta persona. Si a usted le parece bien, ahora mismo se lo hago saber. Pero a lo mejor ella permanece callada.

El sacerdote dijo entonces en voz baja:

—¡Sí, sí, ahora mismito la atiendo!

La tendera le devolvió inmediatamente los pollos y el tercero de los estudiantes desapareció con sus aves.

No se sabe ni dónde ni cómo conseguirían el pan; el caso es que al mediodía de aquella jornada los tres pícaros disfrutaron de una opulenta comilona.

Y, según se dice, el señor zorro empleó tres días en saborear los restos de aquel festín.

Un año más tarde, no tenían más que diez perras gordas en sus bolsillos. Por tanto, no les quedaba otro remedio que prepararse ellos mismos la comida. Uno de ellos acudió a la panadería y dijo a la panadera:

—Cuando el año pasado vinimos por aquí, le dejé a deber diez céntimos. Aquí tiene, señora, una moneda de diez céntimos. Claro que si tenemos con qué poder saldar la deuda, por desgracia nos quedamos sin un céntimo. Ante todo, lo primero son las deudas, así es que le entregamos esta pieza de plata aunque tengamos que morirnos de hambre. Pero dígame, ¿no nos fiaría un buen pan de cuatro libras, que se lo pagaríamos la próxima vez?

—¡Pues claro que os lo daré, y de mil amores además! Porque quien se acuerda de pagar una deuda de diez céntimos no va a ser menos honrado a la hora de pagar la de un pan de cuatro libras. ¡Aquí tiene, señor!

Y así fue como nuestro estudiante se fue con un hermoso pan bajo el brazo.

Mientras tanto, otro acudía a una carnicería y se sentaba en un rincón. Hasta que al fin le grita al patrón desde el sitio:

—¿Cuándo me toca el turno? ¡Es que hace una hora que le he pagado mis tres francos de ternera y aquí sigo esperando!

—¿Qué ha pagado usted la ternera?... ¿A mí?...

—Sí, sí, a usted personalmente. ¡Y ahora dígame que no! ¡Y ahora dígame que soy un ladrón!... ¡Ahora mismo me voy a buscar testigos y se entera usted de lo que es haber tratado de ladrón a un hombre como es debido!

Y, tras haber atemorizado al dueño, el estudiante se va con su paquete de ternera en la mano y rojo de ira contra aquel carnicero deshonesto.

Después de haberlo acordado así con sus compañeros, el tercero acude a la tienda de un vinatero y hace llenar sus dos pellejos de vino. Entretanto, y mientras finge estar buscando el dinero para pagarle, uno de sus amigos irrumpe en el local detrás de él, le arrebató los dos recipientes y huye a todo correr. Él echa a correr detrás. Y el cantinero, siguiéndolo hasta el umbral de la puerta, exclamaba a grito limpio:

—¡Que lo pillas, que lo pillas! ¡Venga! ¡Corre!...

Por supuesto que se atraparon el uno al otro en cuanto doblaron la primera esquina de la calle, y, como estaban un poco sofocados, echaron juntos un trago del mismo pellejo. Y se fueron a almorzar.

Después de aquel buen festín, reemprendieron el viaje animados aquella tarde hasta que llegaron a las proximidades de su propia localidad.

Pero, como al caer la tarde todavía tenían hambre, entraron en un magnífico mesón y encargaron un rancho del que dieron cumplida cuenta. Con el último bocado aún en la boca, los tres juntos comentaron: «Cada uno de nosotros tres tenemos los defectos que Dios nos ha repartido. Yo, por ejemplo, el picor; tú, los mocos; y éste, éste tiene la sarna. Hagamos la prueba de ver quién es el que mejor disimula su defecto. Pagaré la cuenta el que no sepa salir del apuro».

El estudiante que sufría de picores comenzó inmediatamente:

—¡Mi padre era estirador, y estirando de aquí, estirando de allí, hacia camisas!...

Y mientras hablaba, se rascaba aquí, se rascaba allí.

—Pues mi padre —decía el sarnoso— fabricaba guantes, ¡pero qué guantes!

Y no hacía más que rascarse y rascarse las manos a la vez que hablaba.



—¡Bah, vuestros padres! ¿Qué eran vuestros padres comparados con el mío? ¡El mío era un cazador! ¡Un cazador extraordinario! Una becada por aquí, otra por allá, las cazaba todas...

Y el mocoso no paraba de frotarse la nariz con los dedos...

—Bueno —dijo uno de ellos—, ninguno de nosotros es imbécil. Después de tanto tiempo juntos, esto es algo de lo que debemos estar seguros. Así es que marchaos vosotros dos y esperadme a la vuelta, ahí abajo, que yo me ocuparé de pagar el rancho.

Luego acude a la patrona y le pregunta:

—¿Tiene usted algún vino un poco mejor? ¿Un vino mas añejo?

—Sí, amigo mío, pero la barrica está aún sin abrir, y precisamente mi esposo se encuentra fuera.

—¡Oh, si no es mas que eso, con mucho gusto la ayudo yo mismo, señora cantinera!

Y juntos bajaron hasta la bodega. Mientras tanto, los otros se largaron sin ni tan siquiera dar las gracias.

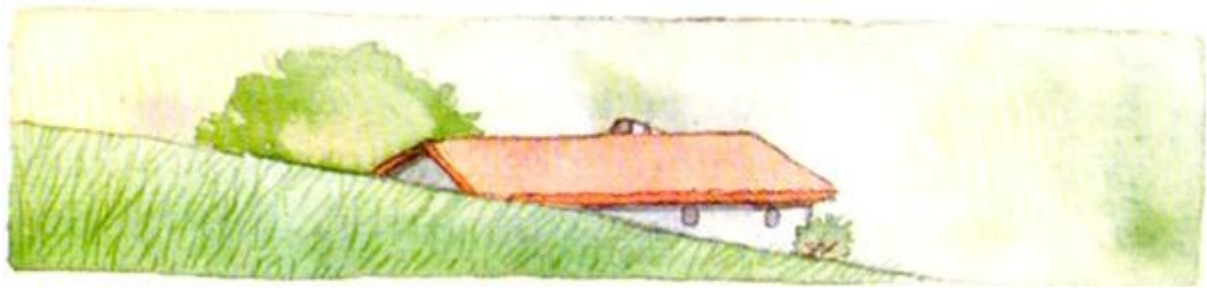
En la bodega, el pícaro taladró la barrica con un berbiquí y se hartó de beber. Luego, haciendo ver que faltaba un trozo de madera con el que poder tapar el agujero, dijo:

—¡Patrona, voy corriendo a buscarlo, esté usted tranquila! ¡Que ya sea un tapón de madera o de tela, seguro que encuentro algo ahí arriba! Mientras tanto, mantenga el dedo apretando la abertura, y aguárdeme un instante...

Y cuando al atardecer estuvo de regreso en casa, el cantinero descubrió que su mujer todavía permanecía allí, con el dedo en el agujero, toda encorvada, toda sumida en la confusión...

Al día siguiente los estudiantes habían llegado a sus casas.

¡Sabe Dios dónde andarán ahora! Desde luego, jamás intentaron convertirse en un abogado, en un médico o en un notario... ¡Eran demasiado granujas como para eso!...



PERÚ Y MARÍA

STE matrimonio vivía en un caserío llamado Solaun, en Murelaga, Vizcaya. Tenían un solo hijo que estaba enfermo de un tumor. Y cuando la enfermedad empezó a progresar, dijo María a su esposo:

—Perú, vete a Murelaga a buscar una aguja grande, que tenemos que sajarle el tumor y necesito una aguja grande. Venga, vete.

—Es que a mí se me olvidará el recado en el camino. Es inútil que vaya yo a Murelaga, Mari.

—Mientras recorres el camino, vas diciendo:

Mari, orratz; Mari, orratz («María, aguja»), y ya verás cómo no se te olvida.

Y así fue como Pedro salió de su casa sin dejar de repetir *Mari, orratz; Mari, orratz*. Pero a mitad del recorrido se le puso a cantar un pájaro, y en cuanto dirigió la vista hacia él, se le olvidó el recado de su mujer y tuvo que regresar a casa.

—Mari, que se me ha olvidado tu encargo. ¿Qué tenía que pedir?

—¡Ay, Perú, Perú!: *Mari, orratz; Mari, orratz*. Anda, vete y no hagas caso a los trinos de los pájaros.

Y ahí que Pedro camina repitiendo aquellas dos palabras sin hacer caso a los pájaros. Hasta que una hermosa liebre que salió de entre unas matas le hizo otra vez olvidar el encargo de su mujer.

Y, al volver a entrar en casa de nuevo, le dijo María:

—Iré yo. Tú quédate aquí meciendo la cuna y cantando a la criatura el *Dringuilín-drangon...*

Como Pedro sabía de memoria un montón de nanas que había oído cantar cien veces a su mujer y a otros muchos, canturreó a su modo esta canción:

*Dringuilín, drangon, mece la cuna,
que pronto espero crecer yo,
y mucho antes creceré
si en tus espaldas me he de ver.
Dringuilín, drangon, que sí, que sí
que no estoy loco, que no, que no;
que hace ya tiempo tengo la espalda
con demasiada inclinación.*

Pero la criatura no se dormía. Y para conseguir hacerla dormir, él mismo le sajó el tumor con una lezna de las de coser abarcas. Y se la clavó tan adentro, que mató a la pobre criatura.

Al regresar María, exclamó:

—¡Perú de mi alma! ¿Qué le has hecho a nuestro hijito?

—Nada, está dormidito.

—No, Perú, se nos ha muerto.

Después de haber llorado la pérdida, salen de noche a enterrarlo y María dice a Pedro:

—Cierra la puerta para que no entre nadie.

Y Pedro llevaba la puerta al hombro.

—¿Pero qué estás haciendo?

—¿No me has dicho que la lleve al hombro?

—No, sólo te he dicho que la cerraras.

—Bueno, es lo mismo.

Y tras decir aquello, Pedro avanzaba por delante. Y en esto, que escucharon el ruido de unos ladrones. Así que los dos, con criatura y todo, se encaramaron a un enorme árbol.

Dio la casualidad de que aquellos ladrones se pusieron bajo el mismo árbol a repartirse el botín. Y los de arriba tenían tanto miedo, que al pobre Pedro le entraron ganas de hacer sus necesidades.

—No puedo aguantar más, Mari, tengo que...

Pero, aunque María le insistió en que se aguantara las ganas y no lo hiciera, Pedro se puso a hacer sus necesidades allí mismo.

Los ladrones, al ver caer aquello, comentaron:

—Es don de Dios.

La siguiente de las necesidades de Pedro comenzó cayendo a chorro, y luego, gota a gota.

Entonces los de abajo dijeron:

—Es aceite de Dios.

Finalmente Pedro, cansado de sostener tanto tiempo la puerta a su espalda, la arrojó al suelo.

—Es castigo de Dios —dijeron los ladrones antes de darse a la fuga dejando bajo el árbol todo el botín,

Entonces descendieron del árbol los dos con su criatura muerta, y recogiendo aquella fortuna se fueron.

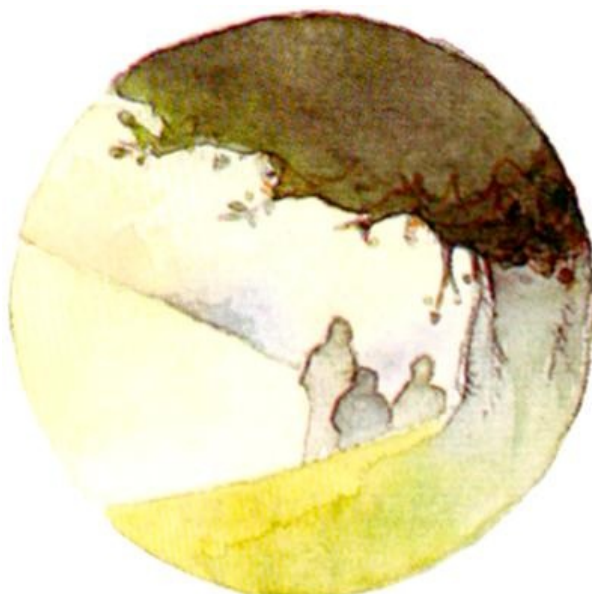
Pero poco después apareció a hurtadillas uno de los ladrones tratando de adivinar cuántos eran los que se habían adueñado de su botín. En cuanto se puso a hablar con Pedro, éste lo agarró y, clavándole la lezna en la lengua, lo hizo huir gritando y tartamudeando.

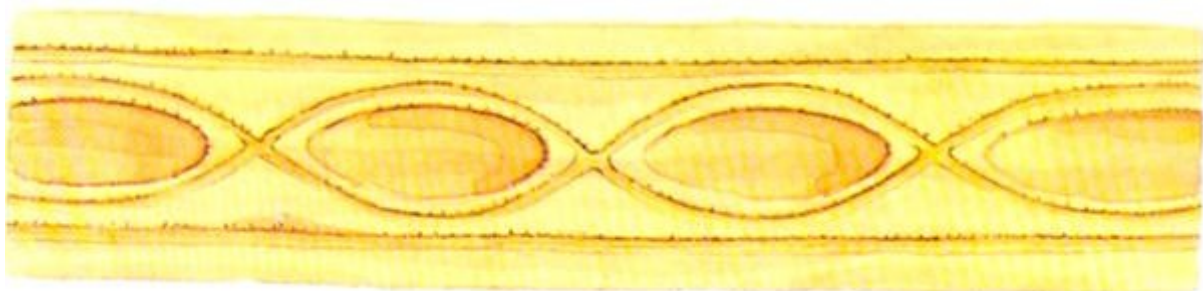
Al verlo aparecer, sus compañeros le preguntaron:

—¿Cuántos son?

Él contestó: *birmilla, birmilla* (dos mil, dos mil), o algo parecido^[13]. Y los demás huyeron aterrorizados.

Pedro y María tenían ya el dinero suficiente para enterrar a su criatura.





Tres secuencias del PERNANDO AMEZKETARRA

LAS TRUCHAS DEL SEÑOR CURA

L párroco de Amézqueta solía invitar frecuentemente a Fernando a su casa para poder reírse de sus gracias.

Una de las veces, Pernando llegó a escuchar desde el pasillo la conversación del cura con su criada. Supo así que planeaban dejar para la cena las dos truchas más gordas que guardaban en la despensa y no sacarlas en la comida. Pero Pernando supo disimular. Sentados ya a la mesa, iba transcurriendo la comida cuando llegaron a las truchas.

Entonces Fernando agarró una por la cola, la levantó, se la acercó al oído y se puso a bailarla de un lado a otro y de arriba abajo, haciendo con ella toda suerte de malabarismos mientras simulaba estar diciéndole algo por lo bajines.

El párroco no lograba entender aquel ritual:

—Pernando, ¿qué significan esa clase de brujerías?

Al principio no contestó. Tuvo que insistir el párroco para que, por fin, le respondiera:

—Es que resulta que tengo unos parientes en América de los que no he recibido noticias desde hace bastante tiempo. Y como estos peces viajan por el agua, a lo mejor uno de ellos puede contarme algo.

—¿Y qué, consigues enterarte de algo?

—Pues esta trucha, en particular, me ha dicho que ella aún es muy joven y pequeña, y que no sabe nada; pero que en la despensa debe de haber otras mayores que ella que podrían darme alguna noticia.

El párroco se reía malicioso:

—¡Hay que ver, qué olfato tiene este hombre! —dirigiéndose luego a la criada, le dijo:

—Mira a ver si cocinas bien y pronto a la mayor. Que está visto que no caben engaños con este Pernando.

Pero el ama, que aún deseaba conservar la más gorda, preparó la segunda. Y Pernando, que no era nada corto en estos asuntos de psicología, advirtió de inmediato las artimañas de la cocinera. Y, cuando le hubo presentado la supuesta trucha grande, él realizó el mismo ritual que con la anterior.

Así es que, cuando el párroco quiso saber el resultado, respondió Pernando:

—Sí, parece que ésta tiene alguna vaga noticia. Pero, al parecer, el pez que mejor lo sabe debe de estar aún en la alacena. Me ha dicho que se lo pregunte a él.

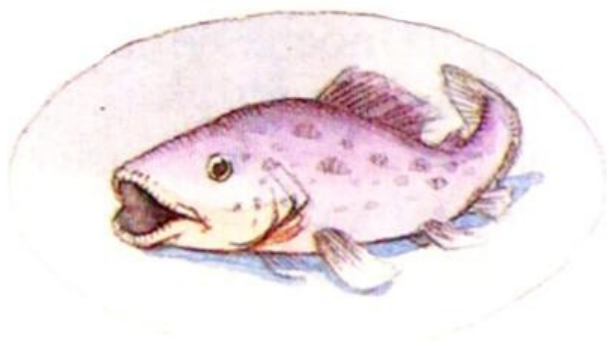
—Anda, mujer, que si no voy a comérmelo, tráenoslo para que por lo menos ése se entere de las noticias de sus parientes.

Al ama no le hacía ninguna gracia aquel asunto:

—No sé si se va a enterar o no de alguna noticia de sus parientes, pero de lo que sí va a acabar enterándose es de lo que guardamos en la despensa.

Una vez cocinada la última y la mayor de las truchas y tras las piruetas de su ritual, Pernando se puso a comérsela satisfecho:

—Pues me dice que mis parientes están bien. Que esperan venir pronto por aquí. Y que, cuando aparezcan, bien que sabrá sacar tajada el párroco. Y que, por esta vez, que me aproveche...



EL CERDO DEL SEÑOR CURA

Una de las viejas costumbres que aún se conservan en el País Vasco es el reparto de obsequios con motivo de la matanza del cerdo. Una costumbre que también la cumplía católicamente el cura.

Pero aquel año había tenido un cerdo poco lustroso y, si se ponía a repartir, iba a quedarse con bien poco.

Así es que, ante tal situación, trató de encontrar solución en Pernando, que era buen especialista en estos asuntos, y lo mandó llamar:

—Es cosa sencilla, padre.

—Venga, a ver qué se puede hacer...

—Deje usted esta noche el cerdo junto a la verja de la huerta, y que lo vean bien todos los del pueblo.

—Pues sí que...

—Y mañana diga usted que se lo han robado.

—¡Concho! ¡No está mal pensado! Claro que no es propio de un cura decir mentiras Bueno, al fin y al cabo, y por esta vez, es poquita cosa.

El caso es que lo puso con todo cuidado bien a la vista. Y aquella noche se lo robó el mismo Pernando.

A la mañana siguiente, muy asustado el hombre, volvió a llamar a Pernando:

—¡Ni te imaginas lo que ha ocurrido! ¡Qué me han robado el cerdo!

—Pero qué bien lo dice usted. Así, así. Dígaselo así a todos.

—¡Pero que es la pura verdad! ¡Que me lo han robado de verdad!

—Eso, eso. Manténgalo con seriedad, y verá cómo le creen.

Hasta que incluso el mismo Pernando se dejó convencer:

—Pues que miren en las casas, y en la mía la primera. Que la registren.

—No, Pernando, eso no, que no sospecho de nadie.

—No importa. Que me registren bien la casa.

Y registraron por todo el pueblo, incluso en la casa de Pernando, pero nadie lo encontró. Era muy difícil.

Pernando lo había escondido debajo del jergón de la cuna, de modo que, cuando entraron a buscarlo, su mujer la mecía canturreando como si estuviera durmiendo al crío, disimulando así el codiciado bicho.

El párroco no se enteró de todo eso hasta Cuaresma, cuando Pernando tuvo que presentarse a cumplir con la Pascua.



PERNANDO Y «AMETZA»

Pernando solía acudir habitualmente a los concursos de *bertsolaris*.

Una de las veces actuaban en Tolosa Txabalategi y otro, del lado de Hernani, contra otros dos de Lecumberri.

Y en la siguiente tanda actuaban los de Hernani contra los de Amézqueta, Pernando y Za-bala.

Así cantó el *bertsolari* Txabalategi a los de Amézqueta:

*El Pernando y Zabala
son esos dos de un pueblo
a los que nadie iguala
como buenos copleros.
Nosotros no tenemos
tanta categoría,
pero algo nos dio Dios
de esa sabiduría.
Si antes hemos ganado
a los «lekunberrianos»,
mejor que los navarros
somos los «hernanianos».*

Lógicamente, la primera parte de esos versos eran un claro reconocimiento a los de Amézqueta que no gustó nada a «Ametza», uno de los grandes contendientes y eterno rival de Pernando. Y como algo de todo eso intuyó Fernando, le respondió cantando:

*Me parece que a «Ametza»
le entran sudores
Y no puede aguantar
que somos los mejores.
Y es que en esto del verso,
por mal que le parezca,
el triunfo del torneo
es para los de Amézketa.*

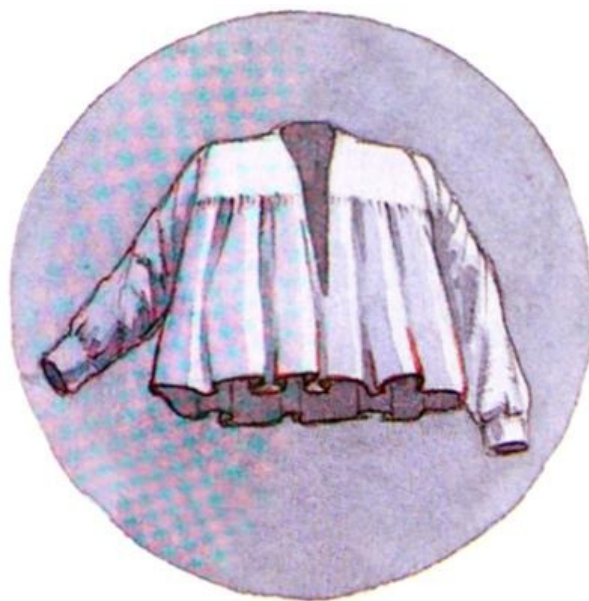
A lo que no tardó en responder «Ametza»:

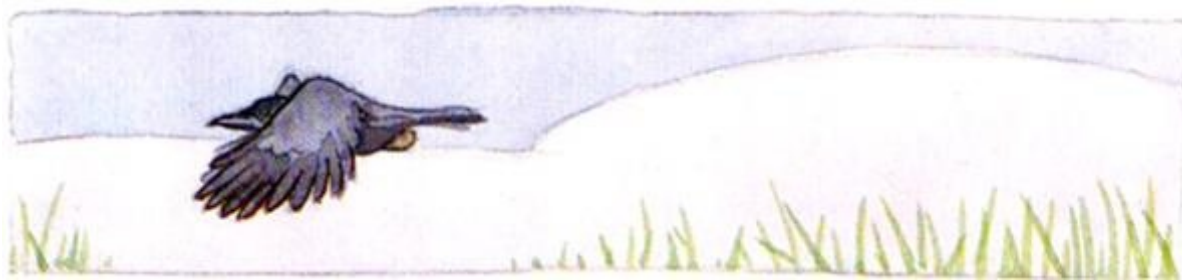
*Yo creo que tú, Pernando,
no puedes soportar
que yo esté más dotado
en esto del rimar.
Mira cómo la gente
se burla y le da risa
viendo qué mal te sienta
esa horrible camisa.*

Y Pernando le replicó:

*Por lo visto, te agarras
de mi camisa mala,
de sobra sé que no es
una ropa de gala.
Pero al menos es mía
ya la tengo pagada.
La tuya es más bonita, sí,
pero es prestada.*

Y de aquel modo lo hizo callar.





EL ÚLTIMO TAMBORILERO DE ERRAONDO



OS rayos matinales del sol doraban el sombrío cuerpo de Tetrikápolis-Alemánica: sol de mayo festejado por el piar de los nidos y el suave aroma de las flores.

Tan alegre como el sol y los pájaros salía por el portal de San Nicolás Pedro Fermín Izko. Las pocas personas con quienes se iba encontrando, volvían la cabeza curiosas. Aunque la boina, las alpargatas y el tipo de Pedro Fermín eran los del país, le acusaban de forastero los colores de la tela y la hechura de la ropa, notoriamente exóticos, como de campesino de lejanas tierras. Pero sobre todo se llevaban la atención de las gentes el silbo y el tamboril, colgados del cuello.

—¡Vaya un viejo divertido! —decían, o pensaban, los caminantes.

Porque Pedro Fermín era viejo, y más viejo de lo que a primera vista parecía. Delataban la vejez las arrugas de la cara barbilampiña, la falta completa de dientes en la boca sumida y las canas de su poco poblada cabellera. Pero los años no pesaban sobre los hombros erguidos, ni le trababan las piernas ligeras, ni le enturbiaban la mirada gris de los ojillos, ni le enronquecían la respiración del pecho, ni le alteraban las pulsaciones del corazón. Llevaba el hatillo de ropa pendiente de un palo, y el paraguas en la diestra.

¿Cuántos años tenía? *Irurogoi ta amar eta...* (setenta y...) habría contestado en su lengua materna, única que hablaba de corrido. Los años agazapados debajo de la copulativa *eta* pedían un cálculo difícil y la ayuda de recuerdos particulares, es decir, una labor inútil y fatigosa. Él sólo daba valor a los *amarrekos*, y sabía con certeza que no contaban todavía para él los odios.

Asimismo conocía el número cabal de su residencia en América, que eran cincuenta, transcurridos desde que, apenas cerró los ojos su padre y maestro de música, Martín Izko, el *txuntxunero* del valle, emigró de la pobre aldea por no servir a Carlos V ni a María Cristina. ¡Cincuenta años! Relámpago fugaz de estío, vuelo raudo de gavián, largo espacio de la breve vida, disipado en el insondable abismo del tiempo. Cincuenta años al servicio de Araluze y Compañía, de Buenos Aires, curtidores y salazoneros famosos y riquísimos, dueños de la descomunal estancia «Los Papagayos», donde prestó sus servicios de pastor, único que él sabía.

Pasó de la rústica aldeúca navarra al desierto de las Pampas, sin que la ignorancia pueril del entendimiento se enriqueciese con nuevas ideas, ni los candorosos afectos del corazón descubriesen desacostumbrados blancos al apetito. Nació y vivió en la monótona margen serena de la civilización pastoral, como si aún perdurasen los días bíblicos de la primitiva Caldea.

Vascos de ambas vertientes del Pirineo poblaban la estancia. Nacidos en bordas y caseríos montañoses, inhábiles para ganarse el pan en las ciudades, la necesidad y los instintos inconscientes de su propio natural, de consuno les arrastraban al campo, y allí reanudaban los inveterados hábitos, rindiendo gustosamente parias al nativo individualismo.

En las múltiples labores de las numerosas lecherías se ocupaban mujeres vascas y campesinas como ellos. Concertábanse muchos matrimonios, y las nuevas familias habitaban casas sueltas, al estilo de la tierra patria. Eran allá todos vascos, desde el capataz don José «el barbudo», natural de Goizueta, al capellán de la iglesia, don Fulgencio, natural de Bermeo, que después de una vida relajada y aventurera, herido de la gracia, se había retirado al desierto por ganarse la vida eterna. Y era todo vasco también: las costumbres, los juegos, las diversiones, el idioma: ¡hasta los loros de los bosques circunvecinos hablaban vascuence! Diminuta Euskal Herria íntegramente vasca, cuyos mojones no traspasaban las horrendas pasiones de política extranjera, arrasadoras de la grande.

* * *

Cincuenta años de vida sana, inocente, sin quebraderos de cabeza, ni vicios, ni penas de ningún bien perdido, ni recuerdos siquiera. Descuajado del terruño nativo, arraigó con vigorosas raíces en la tierra argentina, olvidándose totalmente de la aldea y de la patria, de los deudos y de los amigos lugareños. Escribió una vez diciendo dónde se hallaba, y le escribieron otra comunicándole el fallecimiento de su hermana única. Entonces advirtió con sorpresa que las cosas de allende los mares no le interesaban.

Los honrados y celosos servicios, unidos al natural despejo, le encumbraron paulatinamente a rabadán de la cabaña mayor. Ganaba un jornal subido, que casi se lo economizaba sin merma. En semejantes soledades sólo los jugadores podían gastarse el dinero. No le ensoberbeció la prosperidad, y de rabadán grave siguió tocando, en la campa de «Los Papagayos», el mismo *txun-txun* con que se ganaba unos cuantos pesos anuales de añadidura cuando era ínfimo pastor, mozo recién venido de la aldea. Mas ahora tocaba de balde, por el gusto de condescender con los jóvenes, y sobre todo por amor a la música, al rústico *txistu* agrio, que en los labios habilidosos de él eclipsaba al pico de los ruiseñores.

Apenas ponía los pies un nuevo vasco en la estancia, buscábale Pedro Fermín y le hacía cantar y tararear todas las canciones y bailes de la comarca. Aumentábase el repertorio del *txuntxunero* continuamente. Al cabo de unos cuantos años abarcó el círculo musical del repertorio de la tierra vasca, esmaltado de estupendas y exquisitas «antiguallas» que sólo los «abuelos» de los más escondidos caseríos podían transmitir a sus descendientes. La música aquella fue cruzando sus tenues hebras —hiladas por la novia que espera, la madre que mece la cuna, la esposa que escruta el horizonte marino aturbonado, la segadora que corta el helecho, las parejas que bailan sobre la era— en torno del corazón de Pedro Fermín, hasta aprisionárselo entre irrompibles mallas.

Ello es que Pedro Fermín, cierto día, de súbito, sin causa aparente, después de años de profundo olvido, recordó su aldea, su casa, sus deudos, como si el vasquismo diluido en la música, emanación directa de la personalidad racial, hubiese tomado cuerpo, formándole de la materia de las primeras cosas vascas que la niñez le hizo conocer. Luchó consigo mismo, pretendió reírse de la inexplicable cariñada, torcer el curso impetuoso de los redivivos afectos, arrancar los brotes inesperados del terruño natal... Fue en vano; y al fin se presentó a don José «el barbudo» para arreglar las cuentas.

Don José procuró disuadirle: «¿Qué vida va usted a llevar en aquel villorrio de mala muerte, desconocido en los mapas, donde nadie tiene noticia

de usted, ni le quiere? Su familia acaso habrá desaparecido —como sucede con la mía, ¡caracho!—; a lo sumo, encontrará unos cuantos sobrinos y será usted él —tío del herencio—, el tío cuya muerte se desea durante todo el año, rezándole novenas a Santa Pulmonía y a San Torozón, para que le metan cuanto antes en el hoyo. Hoyo para usted, pesebre para ellos. Supuesto el cambio sobre Europa, perderá una parte, nada pequeña, del modesto capital. Modesto, sí; no haga visajes de protesta. Es claro; en Rahondo será usted como Rochil en Londres. ¿Se cansó de trabajar? ¡Enhorabuena! Bien ganado tiene el descanso, ¡caracho! Le construiremos a usted una casita en la estancia; vivirá ricamente en medio de esta gran familia, que tan de veras le aprecia, seguirá tocando el *txistu*, y bailarán los nietos de los que ahora bailan, porque usted ha de vivir más años que los cuervos. Y si prefiere probar de la vida ciudadana, tampoco faltan ciudades y poblados en la Argentina; aunque a usted no le crió Dios para las calles, sino para los montes».

«¡Ciudades, no; ciudades, no! —fue la contestación de Pedro Fermín—: aldeas; pero la mía, la aldea en que nací, y en la que pienso morir».

No hubo modo de cambiarle el propósito. Las razones resbalaban sobre la corteza impermeabilizada del cerebro, sin llegar al meollo. Se liquidaron las cuentas; dejó a rédito el capital en manos de Araluze y Compañía; diéronle éstos una carta de crédito para el banquero de Iruna, Olaso e hijo mayor, y se embarcó, llevándose consigo el tamboril, deleite y alegría de «Los Papagayos».

«Entre los parches de esa valija va encerrada el alma de Pedro Fermín», dijo, riéndose, don José «el barbudo» al despedirse. Y los oyentes asintieron a aquella observación aguda.



Ahora Pedro Fermín, recién desembarcado, camina fijos los ojos en las moles de Izaga y Elo, hitos naturales del valle patrio, vestidos de azul por el ambiente limpio, y por el sol primaveral, de oro. Camina despacio adrede para no llegar temprano. Su propósito es de entrar en la plaza de Erraondo después de vísperas, a la hora del baile, y obsequiar a sus paisanos con las más dulces tonadas del tamboril, de las de antiguo sabidas y de las que aprendió después. Sonriese ante el cuadro que su imaginación le pinta, la plaza inundada de sol, el alcalde y los viejos sentados debajo de los tres frondosos nogales del centro, los mozos y las mozas distribuidos en grupo, a la espera de que las agudas notas del *txistu* se levanten sobre los sordos golpes de *txuntxun*, como

banda jovial de alondras sobre los pardos surcos... Y él presentándose de improviso, la gente curiosa señalándosele con el dedo, atrayendo sobre sí las miradas de todos, y profiriendo, con voz estentórea: «Yo soy Pedro Fermín Izko, de la casa de Mandazain», y por remate, el *Inguruko*, tonada especial del valle una sola vez oída al año, y la juventud, enardecida, desbordándose briosamente en la tradicional *karrika-dantza*, al son de la predilecta música inesperada.

A mitad de camino, junto a una fuentecilla del soto que Pedro Fermín seguía, por apartarse del polvoriento camino real, descansó, comió su provisión de víveres y bebió un trago de agua fresquísima, «¡a la salud de los vascos de su pueblo y de todos los vascos del mundo!».

* * *

Jadeando un poco, por razón de la empinada subida, se detuvo sobre el alto de Mendinueta, a contemplar el valle paterno, distante, pero ya visible. Estrechábase el llano entre los montes, cuyas faldas recogían las once aldeas diseminadas formando círculo en derredor de su capital, Erraondo, al pie de las lomas de Bizkayeta y a orillas del riachuelo Izaga.



Pedro Fermín aguzó la vista, se frotó los ojos como para mejor empaparlos de luz, exprimió el contenido de los antiguos recuerdos borrosos... Dudaba de su visión, dudaba de su memoria, dudaba de la realidad de sus sensaciones... Veía peñas calvas, cauces secos de arroyos, grupos de flacos chopos torcidos por el noroeste; un campo triste, sin verdor, sin pájaros; un horizonte mustio, de terrosas colinas amarillentas... «¿Dónde están mis hayales?», exclamó. «¿Dónde mis robles? ¿Dónde mis fragantes prados? ¿Quién secó mis arroyos? ¿Qué red cazó a mis tordos, a mis gayos, a mis oropéndolas? ¿Acaso equivoqué el camino y me desvié hacia el país de los kokos¹⁴¹?». Se restregó varias veces los párpados y recorrió delante de sí el espacio con la vista. Mil pormenores le certificaron el acierto del derrotero seguido. Recordó la dos guerras civiles que mediaban entre la emigración y el retorno. A ellas achacó la causa mayor de la mudanza. «Habrán talado los bosques por pagar las deudas, y con los árboles a una desaparecieron agua, pájaros y prados». En nombre de su íntima tradición vasca maldijo a las guerras tradicionalistas extranjeras.

Entró en la plaza de la aldea solitaria y desierta. Algunos perros jugueteaban revolcándose en el polvo. Los tres nogales, trono y dosel de alcaldes, habían sido cortados de raíz. Una mujer, por su manera de andar joven, cruzó de acera a acera. Le extrañó el vestido negro, la pañoleta del mismo color anudada debajo de la barbilla, las sayas largas y estrechas. Viniéronle a la memoria las tocas chillonas, las trenzas colgantes, las amplias mangas de lienzo casero, pero blanquísimo, el justillo gris, el pañolón de colorines sobre el pecho, el refajo rojo, a media pierna, de las mozas de antaño. Miró al reloj de la torre; la hora de las vísperas era muy pasada; por tanto, la gente habría salido ya de la iglesia. Cumpliendo el propósito con que a sí mismo se recreó durante largos meses, represó la onda de tristeza que le comenzaba a sumergir el corazón, subió el *txistu* a los labios y esparció las notas alegres del Inguruko y los pausados golpes rítmicos del tamboril, mientras en la acera solitaria de la casa consistorial daba pasos solemnes de procesión.

La plaza, que momentos antes, al parecer, dormía a pierna suelta, se despertó súbitamente. Abriéronse puertas y ventanas, asomáronse caras curiosas, se preguntaron unas a otras las vecinas el porqué de aquella música, sonaron carcajadas y exclamaciones de sorpresa, voces y silbidos de burla, y salieron de todas las esquinas y de todos los zaguanes, corriendo y gritando desaforadamente, chiquillos que rodearon al *txuntxunero* y le contemplaron, más abiertas aún las bocas que los ojos, como a bicho raro.

Tras los niños vinieron mozos y mozas. El coro, muy compacto, impedía a Pedro Fermín moverse. Pronto observó que ellos hablaban el castellano; pero no el meloso, suave y musical de América, acariciador de oídos con dejes y estelas cariñosas sino un castellano duro, rajante, contraído, modulado con asperezas de carretero. La onda de tristeza rompió el mal estribado dique y le anegó el corazón, y «¿Este es mi pueblo?», pensaba con ganas de llorar. Las lágrimas sonaban en el *txistu*, y los destellos alegres del *Inguruko* se iban oscureciendo, como las ilusiones, delante de la imprevista realidad. Despechado, dio tres o cuatro notas agudas y se calló: brevísimo silencio interrumpido por ensordecedora gritería. Un mozo muy moreno fijó descaradamente la mirada de sus ojos claros en el rostro afligido de Pedro Fermín.

—¿La borrachera, o qué, t’a dau por chiflar, agüelo? —preguntó, riéndose con malicia.

Pedro Fermín comenzó a declarar en vascuence sus propósitos.

—Nosotros no semos montañeses, ¡rejones! ¡Guárdate tu vascuence pa los d’arriba! —dijo el mozo, interrumpiéndole y señalando con el dedo las montañas del norte.

—Pues, ¿qué sois pues? —replicó Pedro Fermín—, ¿gauchos, negros, o? Yo, aquí nasiro, aquí, montañés de vascuence, montañés de montaña. Me vengo d’América; mi primer pensamiento, vosotros por hacer bailar tamboril ha tocaro.

—¿De veras, agüelo, eres de Rahondo? ¡A mí nadie me mete la patata! ¿De Rahondo, y bailar de esa traza? ¿Con el *txulubit* de los capadores? ¡Cenón, trai ad’aquí la vigüela! Aura verá el agüelico nuestro baile. Si de veras es del pueblo, y endemás americano, hay que obsequíale. ¡Ala, ala! ¡Venidsus adaquí, saladas: tú, Lorenza, Leocadia, Rosa... toas! ¡Leña! ¡Güeña jota; arre!

Tomó el mozo la guitarra que Cenón le tendía, y rasgueándola con mano ruda, entonó a grito pelado la siguiente copla, por mozos y mozas ágil y airosamente danzada:

*Ay qué burro soy, que burro soy,
¡Se me fríe el almaa!
Ay qué burro soy, qué burro soy,
¡Abrime la cuadraa!
Ay qué burro soy, qué burro soy,
Del suelo la pajaa,*

*Ay qué burro soy, qué burro soy,
¡Será nuestra cama!*

Pedro Fermín, recostado contra la pared, extendidos desmayadamente los brazos a lo largo del cuerpo, contempló el bullicioso baile a través de la nube de polvo que envolvía y blanqueaba a las parejas. Las fiestas domingueras de antaño se le pintaban en la memoria con sus más nimios pormenores. Los cuerpos, las cosas, los tipos, la complexión de la gente, no habían variado; los modales, los gestos, el tono de la voz, el idioma, los trajes, sí. Los cincuenta años que habían intensificado el vasquismo de Pedro Fermín, habían borrado completamente el de su aldea, y no acertaba a entender, a la escasa luz de su inteligencia inculta, los porqués de la deformación sin el asiento, por lo visto no acaecido, de gentes extrañas en la tierra.

Cuando se acabo el baile, los mozos, aunque cerriles, liberales y hospitalarios, se empeñaron en obsequiarle con vino y merienda. Condescendió Pedro Fermín, al cabo, con la porfía del buen corazón de ellos, y les siguió a la taberna, donde por encubiertas preguntas averiguó que en la casa de los Izkos ya no quedaba ninguno de su sangre, salvo una sobrina tercera casada con labrador, hijo de un valle comarcano. Esta noticia fue como la última pesa que hizo caer las balanzas, y determinó de partirse a América, por cerrar allá los ojos, cuando sonase la hora, entre los vascos de la estancia argentina.

De cuanto le oyeron al «agüelo» los mozos, lo que más les maravilló es que el nombre de la casa de los Izkos, o casa de *Mandazain*, que ellos pronunciaban de continuo, fuese vascongado. De esta manera aprendieron un vocablo de aquel guirigay que hablaron en su tiempo, según contaban ellos mismos, los dos o tres «agüelicos» ochentones de la aldea.



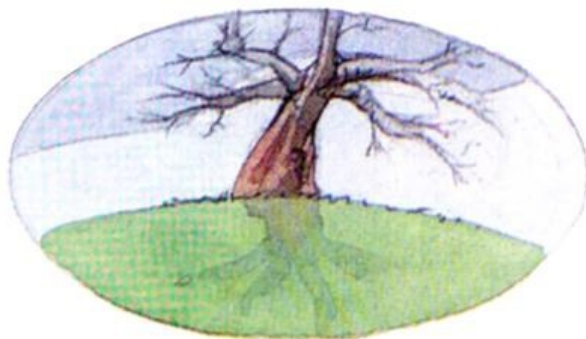
Pedro Fermín, que movió de madrugada piernas juveniles, arrastra a la hora del atardecer pies añosos. No mantiene erguida la cabeza, sino que la recuesta sobre el pecho desmayado, yermo de sus postrimeras ilusiones. Llega con el corazón anheloso, más de sentimiento que no de cansancio, a la cima de Mendinueta, donde un caduco roble solitario ofrece diminuto renuevo entre los brazos descarnados, en son de flaca protesta contra la muerte. Pedro Fermín le mira con cariño y tristeza. «Eres como yo —dice—: un testigo de las cosas que fueron; la sequedad y el polvo te rodean, como a mí. Pronto

morirás, como yo moriré pronto, y entonces ni aun el recuerdo del bien perdido sobrenadará en la memoria de otros dos viejos. ¡Oh miseria sobre todas las miserias: ni aun el recuerdo!».

Antes de proseguir su ruta quiere contemplar por última vez su valle, ya lejano. Las cumbres de Izaga y Elo reciben, sobre sus caperuzas de niebla, los nacientes fulgores de las estrellas crepusculares; arrebújanse en mantos negros los apiñados montes del septentrión; la Val de Orba, al sur, recorta con sus crestas azuladas el cielo radiante de la Ribera.

Pedro Fermín vuelve a contemplar el caduco roble solitario. «Tal vez — dice— algún pájaro, atraído por el verdor de tu renuevo, se posará sobre las tenues y escasas ramitas, y te obsequiará con su canto como cuando te adornaba espeso follaje. Sea yo el pájaro que cante el adiós a mi tierra, más lóbrega que el árbol; a mi tierra descastada, sin renuevos».

Según lo piensa, lo hace. Sentado al pie del roble, con habilidad nunca por él superada, porque nunca penetró tan hondamente en el sentido íntimo de la música vasca, va tocando, una después de otra, las tonadas predilectas, hasta que la congoja le oprime y las lágrimas le ciegan. Entonces se levanta y se va monte abajo, llevándose dentro del tamboril no solamente el alma propia, como dijo don José «el barbudo», sino la de Rahondo y toda su comarca.





CUATRO CUENTOS ETIOLOGICOS

En la cuentística tradicional de todas las culturas abundan las leyendas de cuentos etiológicos, esos relatos con los que se ha querido dar una explicación del mundo y de sus fenómenos naturales. Es frecuente encontrar en los repertorios folclóricos títulos como: ¿Por qué el agua del mar es salada?, que es un cuento popular alemán, o ¿Por qué el buitre es calvo?, que es un cuento birmano.

Entre los compendios de cuentos populares de la Colección Trébol, hallamos cuentos como Los primeros hombres de la Tierra o De cómo la vida se pasea por el mundo entre los cuentos populares africanos; El nacimiento de un río, que alude al origen del río Amarillo, o La caza de los astros, en que se explica el origen del día y de la noche, entre los cuentos populares chinos...

En esta modalidad de cuentos habrían de inspirarse algunos escritores cultos recreándolos en su propia obra: Las medias rosas de los flamencos, de Horacio Quiroga; De cómo le salió la joroba al dromedario, o Cómo se inventó el primer alfabeto, de Rudyard Kipling, son buena muestra de ello.

No podían faltar este tipo de cuentos y leyendas de los porqués en el folclore vasco. Son buenos ejemplos estos cuatro breves relatos populares:

Dios y la Luna

Esta escueta leyenda de Dios y la Luna la encontramos en diferentes variantes dialectales de euskera suletino y guipuzcoano, así como en francés, recogida respectivamente por los folcloristas Cerquand, Manterola y Vinson, y así aparece reproducida en un número de la revista «Eiskal Erria» de 1883.

Un domingo marchó un hombre a tapar un agujero de su cerca llevando al hombro un haz de espinos. En el camino se le apareció Dios y le dijo:

—Como has profanado mi día, como no has obedecido mi ley, vas a ser duramente castigado: alumbrarás todas las noches hasta el fin del mundo.

En aquel mismo momento lo levantó con su haz de espinos, y desde entonces sirve de Luna.



El pastor y marzo

En este cuento, recogido por José Miguel Barandiarán, se nos explica de un modo fantástico la cortedad en días del mes de febrero, asociado a la arraigada vida del pastoreo.

Cierto pastor observaba que marzo le mataba varias ovejas cada año.

Pero un año, marzo fue bueno y no le mató ninguna.

Al llegar el último día de marzo, el pastor se dirigió agradecido al mes:

—Por esta vez te has marchado sin haberme perjudicado.

Inmediatamente, marzo le quitó dos días a febrero y destruyó totalmente su rebaño.

A partir de entonces, febrero tiene dos días menos.



San Martín y el Basajaun

No menos interesante resulta la popular leyenda en torno a San Martín y el Basajaun, que conviene comentar más detenidamente.

Son abundantes las versiones en torno a Sanmartín (San Martín) o Samartitxiki (San Martinico), en las que se considera como el primer labrador, que trajo a los hombres la semilla del trigo y descubrió la época de su siembra, y además fue el primero que sonsacó al Basajaun los secretos de la forja del hierro, la fabricación de la sierra y el eje del molino que él guardaba celosamente. San Martín es, por tanto, el «inventor de la agricultura» en la tradición popular vasca, tal y como nos lo mostraba el etnólogo y folclorista J. M. Barandiarán y como queda reflejado en cuentos y leyendas tradicionales que tanto él como Azkue recogieron de la tradición oral.

La historia es, en buena medida, un auténtico cuento etiológico desde el que la memoria popular explica el surgimiento de la agricultura y las labores a ella asociadas.

Como ya sabemos, el señor del bosque es considerado el genio protector de los rebaños y, aunque a veces se nos representa como un ser terrorífico y maligno, es el primer agricultor al que el hombre logró arrebatarse con argucias los rudimentos del oficio.

Así, según una leyenda de Ataun (Guipúzcoa), un día acudió un hombre a visitar a sus amigos los Basajaun a su cueva del monte Muskia y, al ver allí tanto trigo amontonado, los retó a saltar. Y como llevaba un calzado muy holgado, logró con su treta robar abundante semilla que luego bajó al valle. Así fue como los hombres dispusieron de la simiente, pero no sabían cuándo sembrarla.

En otra ocasión, un hombre escuchó cantar en el fondo de su caverna a un Basajaun:

Al brotar la hoja, siémbrese el maíz,
al caer la hoja, siémbrese el trigo,
por San Lorenzo, siémbrese el nabo.

Y fue así como San Martín sembró el trigo en otoño y obtuvo la primera cosecha de cereal, cuyo cultivo se extendería por todo el mundo.

En otra leyenda de Oyartzun (Guipúzcoa), Sanmartinico descubrió el secreto de la fabricación de la sierra. Y es que el protagonista hizo correr la voz de que había inventado la sierra para que lo oyera el Basajaun, el único que hasta entonces sabía fabricarla. «¿Acaso tu amo ha visto la hoja del castaño?», preguntó Basajaun al criado. De aquel modo logró el astuto protagonista elaborar una lámina de hierro dentada. Y cuando Basajaun bajó a su taller y se propuso inutilizarla doblándole los dientes alternativamente, sin darse cuenta la mejoró aún más.

En otra variante de Cortezubi (Vizcaya), se explica de modo semejante cómo San Martín logró descubrir el secreto de la soldadura del hierro. Y en otra de Sara, cómo descubrió que labrando el eje del molino en madera de aliso resultaba más duradero.

Esta constante rivalidad entre Basajaun y San Martín evidencia claramente el tránsito del mundo pagano de los gentiles a la era cristiana. Seguramente por ello el mismo protagonista San Martín aparece en otros relatos populares alusivos a la construcción de primitivas ermitas e iglesias.

En la siguiente versión recogida por Azkue, encontramos fundidos ambos motivos: el de la invención de la agricultura y el de la construcción de un templo.

Cuando San Martín llegó a Ataun, no tenía conocimientos ni del lugar ni de las técnicas de labranza.

Quiso edificar una iglesia en una pradera, en el lugar más ancho de la vega. Pero el Basajaun pretendía que se edificara sobre la colina —en el lugar en que hoy está situado el cementerio—. Y de ese modo, los trabajos que éste realizaba de día los trasladaba San Martín por las noches hasta la vega.

Una de aquellas noches, una vieja lo estaba acechando y San Martín ordenó a su yunta de bueyes:

*Arre, blanco; arre, rojo,
a esa vieja que acecha*

sacadle un ojo.

Y un buey con sus cuernos le sacó un ojo a la anciana.

Por fin logró San Martín edificar su iglesia. Y, como no tenía ni heredad ni cereales para los feligreses, acudió a pedir ayuda a Basajaun. Pero fue en vano.

Allí encontró a éste dando brincos sobre la simiente de trigo. Y al verlo así, San Martín se hizo unas polainas largas y anchas y se las puso.

—Yo también haré lo mismo que tú —le dijo a Basajaun.

Y comenzó a saltar de un montón de trigo a otro hasta que, logrando llenar sus polainas de grano, se lo robó.

Luego le preguntó:

—¿Cuándo se siembra el trigo?

Malicioso el Basajaun, entre burlas y risas les hizo saber a sus amigos lo que pasaba y luego les dijo:

*Brote de hoja, siembra de maíz,
sequía de hoja, siembra de nabo,
caída de hoja, siembra de trigo.*

Como San Martín mientras tanto se había escondido, desde su escondite pudo escuchar las palabras del Basajaun.

Con ello, supo sembrar el trigo y, desde entonces pudo alimentar con satisfacción a los feligreses de la iglesia.

Y dicen que la oración del día de San Martín solía ser ésta:

*Que la comida nos aproveche,
que la bebida no nos perjudique.
Salud para el cuerpo,
pero sin daño para el alma.*



El nacimiento de Kixmi

En este cuento, recogido por Barandiarán, se nos relata plásticamente la transición de la época de los gentiles a la era cristiana. Es en esta creencia donde se asienta el origen de la popular fiesta del Olentzero, ese personaje que se suponía que aparecía en Nochebuena bajo la apariencia de un carbonero comilón que entraba en los hogares por la chimenea como el heraldo anunciador del nacimiento de Cristo. De él ha quedado en nuestros días la tradición de pasear en andas un monigote de trapo la víspera de Navidad con el que grupos de mozos, coreando su canción, van pidiendo el aguinaldo por las calles. Para los niños la fiesta del Olentzero anuncia en los hogares vascos la noche de los regalos navideños de modo similar —y a menudo paralelo— a la de Reyes. Según los etnólogos, tanto el personaje como su simbología estarían asociados a la fiesta del solsticio de invierno, del mismo modo que lo están al de verano las hogueras de la noche de San Juan, como trasunto de antiguas ceremonias mágicas hoy cristianizadas. Por eso, es frecuente que el muñeco de trapo del Olentzero termine también ardiendo en la hoguera de la plaza del pueblo.

Dicen que en la campa de Martxabaleta, en Aralar, bailaban en cierta ocasión los gentiles celebrando una de sus fiestas. Cuando, de pronto, observaron que una nube luminosa se acercaba hacia ellos por el lado Este.

Admirados por aquella extraña luz, consultaron a un anciano gentil que vivía entre ellos y que tenía fama de ser muy entendido en cuestiones de nubes y estrellas,

El anciano gentil, al observar el extraño fenómeno, se dirigió a la asamblea con tono dramático:

—Hijos míos —les dijo—, ha nacido *Kixmi* y con él ha llegado nuestro fin. Yo ya no quiero vivir más, por eso deseo que me arrojéis por ese precipicio.

De aquel modo, cumpliendo su deseo, lo despeñaron dándole muerte de una forma tan trágica.

La nube luminosa iba acercándose cada vez más y deslumbraba con su luz a los gentiles, que huían tratando de encontrar algún refugio. Y así fue como llegaron a un hayedo que hay en Arraztaran.

Tan pronto como la nube se posó sobre ellos, se sepultaron bajo un montículo de piedras que desde entonces, se conoce con el nombre de *jentillarri*, es decir, «Piedra de los gentiles».

Pero no todos debieron de morir sepultados, porque uno de ellos sobrevivió para seguir anunciando a los gentiles que habitaban por los contornos el nacimiento de *Kixmi*, que en su lenguaje significaba Cristo.



Las creencias míticas con las que se explican tantos fenómenos naturales en todas las culturas primitivas tienden a colocar, como vemos, un genio o un dios detrás de cada misterio que el hombre ha tratado de desentrañar. Esta tendencia animista, reflejo de toda cultura sagrada, irá chocando luego con una concepción más profana de la realidad a medida que los hombres han ido encontrando explicaciones racionales del mundo. Entre el conocimiento religioso y el científico, hemos de situar los cuentos etiológicos con los que el hombre primitivo trataba de explicar los descubrimientos naturales, condicionado, en el caso de la primitiva cultura vasca, por la aparición del cristianismo, desde cuya atalaya se nos han ido transmitiendo las antiguas creencias mitológicas. Así se explica, por ejemplo, que Basajaun sea en algunas leyendas encarnación del diablo, como lo es también Tartalo.

Y es que, como ya apuntaba J. M. Barandiarán, el vasco actual habla de estos temas y personajes como de «un mundo que desapareció con el cristianismo». El mismo pudo constatar en vida cómo, para muchos de sus informantes, los genios fueron destruidos por las campanas de las ermitas, o por la construcción de iglesias.



APÉNDICE

Selección y fuentes de los textos

* **Jaun Zuria**, de Antonio Trueba.

Recogido en la edición de *Obras* de Don Antonio de Trueba, t. VI de *Cuentos Populares*, editadas por la Librería de Antonio Romero, Madrid, 1913.

En las notas a esta edición, el autor explica que la obra procede de un manuscrito que se le facilitó en 1854, copia al parecer de un cuaderno de *Noticias del Señorío* escrito por Tomás de Goicolea. Existe una reedición de la leyenda, comentada por el profesor Jon Juaristi en su libro *La tradición romántica*. Pamiela, Pamplona, 1986.

Jaun Zuria es un relato inspirado en la tradición acerca de los orígenes legendarios del Señorío de Vizcaya. Los nombres de personajes y lugares (Témora, Cármona, el rey Morna, el príncipe Lémor...) son imitación de las leyendas románticas europeas.

*** Las tres olas**, de Juan Venancio de Araquistáin.

Recogido en *Tradiciones vasco-cántabras*, Zaragoza, 1886.

Existe una reciente reedición facsimilar de este libro, así como la de esta leyenda en particular en la obra de J. Juaristi antes mencionada. Además de la versión original íntegra, es frecuente encontrarla en posteriores antologías, dedicadas en su mayoría al lector escolar y muy simplificadas. Esta leyenda está inspirada en un cuento tradicional de lamias.

*** Orreaga**, de Arturo Campion.

Recogido de la obra *Narraciones Baskas*, col. «Zabalkundea», n.º 4, 1934 (2.º trimestre), Edit. Itxaropena, de Zarauz.

Se trata de un breve relato escrito por su autor en 1877, inspirando en el hecho histórico de la derrota de Carlomagno por los vascones en Roncesvalles, motivo que encaja con el exaltado espíritu nacionalista que tanto motivó a muchos de los escritores románticos vascos. En breve escena ambientada en la Edad Media e inspirada en la *Chant d'Altobiscar*, fue escrita por Campión en castellano y traducida simultáneamente al euskera, y es una muestra de su devoción por los temas en torno al primitivo Reino de Navarra.

*** La torre misteriosa**, de Manuel Díaz de Arcaya.

Recogido de *Leyendas alavesas*, obra en dos volúmenes, Zaragoza, 1897 y 1898, vol. I, pp. 185 y ss., del ejemplar existente en la biblioteca de la Diputación Foral de Vizcaya.

Éste es solamente uno de los cinco capítulos en que el cronista alavés presenta el extenso relato titulado *La embrujada de Amboto*, en el que se recrea de forma fantaseada una secuencia histórica en torno, en este caso, a la rivalidad entre los reinos de Castilla y Aragón, con un marcado acento de la afinidad secular de los alaveses por el reino castellano.

Según la tradición, la reina castellana doña Urraca, hija de Alfonso VI y madre de Alfonso VII, se retiró algún tiempo a tierras alavesas para estar más cerca de sus hijos Hernán y Elvira, nacidos de su matrimonio secreto con el conde don Pedro González de Lara. A estos acontecimientos históricos, rastreados en viejas crónicas, el escritor ha

ido añadiendo el toque legendario. La leyenda es así una buena muestra de cómo unos sucesos históricos pueden transformarse en un relato fantástico en el que asoman las creencias y supersticiones populares más arraigadas: una doña Urraca, a la que se le llama la «Dama benéfica», adquiere en algunas secuencias ciertas semejanzas con la dama de Amboto, o el judío Samuel. Su protector es tenido por brujo y hechicero, reflejo, sin duda, de la visión que de los judíos se tenía en la época medieval.

*** Los perros de Martín Abade**, de Juan Iturralde y Suit.

Recogido en la revista «Euskal Erria», t. IV, año 1881, pp. 97-102. Se trata, según ha quedado dicho, de un motivo folclórico muy extendido por toda Europa. En él se inspiraba el alemán Bürger para su balada de *El cazador feroz* en torno al tema de las almas condenadas a vagar eternamente en noches de tormenta. Por su parte, Walter Scott lo popularizaría en su versión inglesa, y Gerald de Nerval, en francés. Bien puede decirse que es uno de los motivos fantásticos más recreados por los escritores románticos y muy extendido, además, en las regiones pirenaicas de Cataluña y el País Vasco. Así se reconoce en *El mal cazador*, que Joan Maragall populariza en sus *Visions y cants* en 1900, personificado en el protagonista, que un domingo, al oír aullar a sus perros tras una liebre, abandona la iglesia en el momento de la consagración y se ve castigado por Dios a perseguir eternamente a su presa. Es el Martín Abade que en la tradición vasca encarna al propio sacerdote que celebra la misa y que difundió Iturralde entre sus *Cuentos, leyendas y descripciones euskaras* de 1912, y antes había publicado en las páginas de la revista «Euskara» en 1882 y en las de «Euskal Erria», de donde la hemos tomado. Pero la versión de Iturralde es sólo una de las muchas variantes con que el relato se conserva en la tradición vasca, donde el protagonista, casi siempre un sacerdote, se conoce en otros lados como el rey Salomón y *Eiztari Beltza* —el cazador negro—, o aparece protagonizando otros relatos similares, como el que recogemos de Azkue con el nombre de *Atarrabio*. Probablemente la versión más popular es la que sitúa los hechos en las estribaciones de Mondragón, pueblo fronterizo entre Guipúzcoa, Álava y Vizcaya

Basajaun, el señor del bosque

Recogido por W. Webster en sus *Basque Legends*.

Es, junto al Tartalo o las lamias, uno de los arquetipos mitológicos que han dado pie a tantos cuentos y leyendas populares. *Basajaun, el señor del bosque*, encarna en el folclore vasco al genio protector de los rebaños, al que los hombres (representados habitualmente en San Martinico o San Martín en algunos cuentos como el titulado San Martín y el Basajaun que recoge Azkue) arrebataron la técnica de cultivar el trigo, o la invención de la sierra, o el arte de la herrería. Se describe unas veces como sátiro o fauno terrorífico (en la versión de Webster, aparece como personaje maligno y con caracteres de vampiro) y otras, como duende benévolo, al que en ocasiones se le conoce como *Anxo*, hecho a convivir con los pastores en sus chozas. Semejante al ogro de otras culturas, ese ser corpulento y velludo tiene en muchas leyendas a Basandre, señora de los bosques, como esposa, genio semejante a una lamia o a una hechicera de hermoso aspecto (con rasgos de brujería asoma precisamente en la versión de Webster, donde también lo son las varas de avellano que se mencionan al final del relato), y que, como él, habita en las profundidades de los bosques o en las cavernas más prominentes. A pesar de estos rasgos habituales, el folclorista inglés nos lo muestra habitando un castillo.

*** Errua, el loco**

Recogido por W. Webster (*Errua, the Madman*) en el apartado que dedica a «leyendas de Tartalo» en sus *Basques Legends*.

El protagonista nos recuerda a otros personajes de la tradición europea, como *El sastrecillo valiente* de los Grimm o el *Jack* de Campbell, es decir, al héroe débil enfrentado a un ogro o un gigante, y emparentado con el mito clásico de Ulises y el Cíclope. La alusión a Salamanca en la escena del lanzamiento de la barra —y que asoma también en otros cuentos— es algo más que un juego fonético (en el original: *Al-chaala palenka, hemen eta Salamanka*) y, según refiere Webster, alude a la ciudad del Tormes como conocido centro de magia y brujería en otros tiempos.

*** El fin de las lamias**

Recogido por Azkue, es buena muestra de cuento local en el que se entremezclan creencias populares cristianas y paganas, exponente, en la mentalidad popular, de cómo el cristianismo va desplazando muchas de las creencias ancestrales, consideradas nocivas.

*** Juan Dekos, el tonto**

Recogido por W. Webster (*Juan Dekos, the Blockhead*) en el apartado que en su obra dedica a cuentos de hadas de influencia celta.

El nombre del protagonista proviene de la adecuación fonética al euskera de Jean d'Ecosse, traducción francesa de *Scotch John*. El propio Webster recoge una variante de este cuento con el título de *Juan de Kalais*, y supone que la tradición vasca ha asimilado la versión francesa del relato popular gaélico.

La doncella-paloma y su peine

Recogido por W. Webster (*The Lady-pigeon and her comb*) y agrupado, como el anterior, entre los cuentos de hadas de procedencia celta, participa de motivos comunes a cuentos de la tradición europea, incluso a los de leyendas de Tartalo. Este cuento, que muestra ciertas semejanzas con algunos de Basajaun y de Tartalo, como decimos, mantiene también ciertas semejanzas con el popularmente conocido en castellano de *El castillo de Irás y no Volverás* y hasta con la versión rusa de Pushkin de *El Zar Saltán* (publicado en esta misma colección), es decir, a ese tipo de cuentos maravillosos que Aurelio Espinosa agrupa en torno al grupo de «la niña perseguida». Apreciamos a la vez ese rasgo tan común a otros cuentos populares vascos en los que se entremezclan ingredientes profanos —el rey es una suerte de Basajaun o de Tartalo; la doncella, una suerte de hechicera y lamia —con motivos cristianos —la necesidad del bautizo y el sacerdote—. El propio Webster, en su edición, nos lo ofrece como uno de los mejores ejemplos de mitos atmosféricos, como una alegoría de la naturaleza: el rey como personificación del invierno; su hija, de la primavera; el muchacho, el hombre en lucha con la tierra, que, frente al invierno, necesita del sol para hacerla fértil... Bajo el título de *Kastillobranco*, existe una versión más simplificada de este relato, recogida por José Miguel Barandiarán en su pueblo natal de Ataun, y popularizada tanto

en sus propias ediciones como en la posterior y más reciente de su sobrino Luis de Barandiarán Irizar (*Antología de fábulas, cuentos y leyendas del País Vasco, Txertoa*, San Sebastián, 1985).

*** La historia de Piarres Ampu**

Recogido por Mayi Aritzia en sus *Leyendas laburdinas*.

Se advierte en seguida que se trata de una versión autóctona del *Juan Sin Miedo* que popularizaron los hermanos Grimm y que recogen otros muchos folcloristas.

*** La historia del abate San Susi**

Recogido por Mayi Ariztia en sus *Leyendas laburdinas*.

Es una variante del popular y extendido cuento de los enigmas. El padre Azkue, por su parte, recogía en su *Euskalerriaren Yakintza* una versión muy parecida de este cuento bajo el título *El caudillo de los moros y un fraile lego*, en el que un humilde lego es quien resuelve los enigmas planteados al prior por el caudillo, y donde el final feliz consistirá en evitar la invasión del convento.

***La historia de Artto**

Recogido por Mayi Ariztia en 1924 y publicado en su obra *Amattoren Uzta*, en euskera y francés, pp. 63-71.

Es una versión local del célebre cuento de *El zurrón que cantaba*, que en castellano ha sido recogido, entre otros, por Fernán Caballero.

Las riquezas de Lamizulo

Recogido también por Azcue, es esta vez la adaptación de un motivo tradicional proveniente de la tradición oriental, y más concretamente de *Las mil y una noches*, en el que se recrean escenas similares a las de *Alí Baba y los cuarenta ladrones*.

*** La historia de Larramet**

Recogido por Mayi Ariztia en Sara, en 1934, de voz del anciano Manech Lamothe, de 74 años y publicado en su breve selección de

Leyendas laburdinas, aparecida en el *Anuario de Eusko Folklore*, 1934, t. XIV, pp. 95-129.

Encontramos una versión vizcaína en el cuento titulado por Azkue *Martín, el herrero*. También W. Webster se hacía eco de una variante de este cuento entre los agrupados como «Cuentos religiosos» de sus *Basque Legends*. Lo titula *Catorce* y se considera, a su vez, una variante de *Jesucristo y el viejo soldado*, así como de otras historias similares como la que recogía Fernán Caballero. Todas esas variantes pertenecen a un conjunto de cuentos en los que intervienen como mediadores Jesucristo y San Pedro.

* Arrabio

Recogido por Azkue, aborda el popular motivo folclórico del hombre sin sombra. Lo había recogido también Cerquand en sus *Légendes et recits populaires du Pais Basque* en 1875 bajo el título *Le prêtre sans ombre*, y en él se aludía a la escuela que para curas había fundado el demonio en Salamanca (y es que, según la tradición medieval, Salamanca era considerada sede de brujería, algo que también nos aparece sugerido en el cuento de *Errua, el loco*, si bien, en otras variantes de este mismo motivo de curas y demonios, la escuela se ubica en la legendaria cueva de Zugarramurdi). El personaje de *Atarrabio*, *Atarrabi* u *Ondarrabio* aparece en la mitología vasca como el hijo bueno de Mari, y generalmente va asociado a la mencionada escuela del diablo. En su recopilación de cuentos *Amattoaren Uzta/La Moisson de Grand-Mere*, Mayi Ariztia recoge una versión de este mismo cuento bajo el título *La légende d'Atxular*, donde el protagonista es precisamente Pedro de Axular, el autor de *Guero* (1643), considerado el príncipe de los escritores vascos y cuya popularidad le convertiría en personaje folclórico de su propia región de Sara, de donde fue párroco. He aquí una hermosa muestra de cómo la tradición popular mitifica el recuerdo y el nombre de un ser real hasta transformarlo en motivo o fuente de sus relatos folclóricos. En unas y otras versiones, éste es un cuento más de hombres y diablos en que se menciona a *Gartxagorri* —o *Prakagorri* o *Mamarru*—, el diminuto diablo o duende familiar de la mitología vasca.

*** De una vez por todas**

Un cuento con raíces legendarias recogido por Azkue en su pueblo natal de Lekeitio (*Bein da betiko*, que el folclorista traducía literalmente: «Una vez y para siempre»). Este cuento es una buena muestra del modo en que el folclorista vizcaíno «reconstruía» o imprimía su toque personal a las materias tradicionales. Es oportuno, al respecto, extraer unas líneas de la introducción al volumen I de su *Euskalerriaren Yakintza* en que alude a este cuento: «En 1890 escribí para mis discípulos, como objeto de tradición, una leyenda (...) Influido sin duda por la lectura de *Tradiciones vasco-cántabras*, de Araquistáin, introduje en ella cuatro o cinco personajes nacidos en mi imaginación, además de los populares, y le puse por nombre *Bein da betiko*, que significa “Una vez y para siempre”. El lector podrá ver en el segundo tomo de esta obra una leyenda con el mismo nombre, desprovista de los personajes ideados e introducidos por mí». Se refiere evidentemente a esta versión, que sería una vuelta de nuevo al cuento original, pero tamizada otra vez por la pluma del recopilador.

*** El carbonero y la muerte**

Recogido por Azkue, vuelve a ser una versión de un motivo del folclore universal del que se hacen eco los hermanos Grimm en el titulado *El ahijado de la muerte* (*Der gevatter tod*).

Los tres estudiantes, de Jean Barbier

Recogido en sus *Legends du Pays Basque d'après la tradition*, París, 1931 (existe una reedición facsimilar de esta obra, publicada por Elkar, San Sebastián, 1983). Azkue, a su vez, recoge una versión vizcaína en *Euskalerriaren Yakintza*, vol. II, pp. 191-195.

Se trata de un cuento que el folclorista alemán Giesel considera inspirado en un cuento árabe y que el mismo Barbier clasifica como cuento maravilloso (*ixtorio-mixterio*). En él aparecen como protagonistas los estudiantes vagos y granujas a la manera de los pícaros renacentistas, que es como suelen ser considerados en muchos de los cuentos costumbristas vascos, exponente, a la vez, de la picardía del personaje urbano frente a la candidez de la gente aldeana.

*** Perú y María**

Está tomado del repertorio de Resurrección M. de Azkue y recrea una de las peripecias de esos dos personajes tan populares en Vizcaya que forman un matrimonio rústico, entre ingenuo y mordaz, exponente del humorismo costumbrista, y que tiene sus equivalencias en el Pernando Amezketarra guipuzcoano o en el Artto de Mayi Ariztia, es decir, en las abundantes «arlotadas» o humoradas en que tan frecuentemente se recrea la cuentística popular. Son muchos los cuentos en los que aparecen estos dos nombres («Con este título se hacían la mayoría de los cuentos antiguos, insípidos los más», comenta el propio Azkue), relacionados, por otra parte, con la leyenda de dos castaños próximos a Guernica y bajo los que en otro tiempo solían celebrarse los matrimonios y las transacciones comerciales. Ésta es sólo una de las variantes que recoge el folclorista vizcaíno.

***** Las truchas del señor cura, El cerdo del señor cura, y Pernando y «Ametza»**

Son sólo tres secuencias del compendio de humoradas y anécdotas que se recogen en la obra *Pernando Amezketarra, bere ateraldi ta gertaerak* (*Pernando el de Amézqueta, sus ocurrencias y sucedidos*) y que representan la más genuina muestra del costumbrismo humorístico del mundo rural vasco. La obra se divulgó inicialmente fragmentada en las páginas de un almanaque, el *Egutegi Euskotarra*, de principios de siglo, antes de conocer varias ediciones, la última de las cuales va dirigida al público juvenil y es adaptación moderna de Joxean Ormazábal (Elkar, San Sebastián, 1981). Al protagonista, un personaje real que nació en 1764 y murió en 1823 en su pueblo natal de Amézqueta y que era considerado socarrón, mentiroso y haragán, estereotipo del pícaro rural, un poco en la línea del Till Eulenspiegel alemán o del Bertoldo italiano de Della Croce, la mentalidad popular le ha ido atribuyendo las más disparatadas anécdotas próximas al chiste, de manera similar a lo que ocurre con tantos protagonistas de hazañas heroicas, e incluso en las versiones de los populares chistes según las diferentes culturas regionales.

En 1927, fue Gregorio Múgica el primer autor que recogió en libro las peripecias de este personaje, al que no tardarían en nacerle homónimos

como el Pernando Plasentziarra, cuyas anécdotas recogía Yon Etxaide en 1957.

Si uno de los rasgos con los que aparece caracterizado este Pernando, «pobre pero honrado», es la glotonería, hija del hambre, otro no menos genuino es el ingenio, que plasma sobre todo en su condición de *bertsolari*. Y es que el *bertsolarismo* es una de las más arraigadas tradiciones populares vascas, en la que se combinan humor e ingenio por medio de la improvisación cantada con la que se enfrentan en público los contrincantes en «ataques» mutuos de réplicas y contrarréplicas. En la tercera de las secuencias elegidas queda de manifiesto esta cualidad del protagonista, cuyos versos originales en euskera hemos adaptado al castellano tratando de reflejar lo mejor posible la capacidad de inventiva de los contrincantes, aun a costa de desvirtuar una técnica de ritmos y rimas bien definidos, pero imposibles de adecuar. Ése, y su carácter improvisado propio de repentizadores populares, es el principal motivo de que no existan traducciones de una de las más características y aún vivas manifestaciones del folclore vasco.

El último tamborilero de Erraondo, de Arturo Campión

Recogido de la misma serie de Narraciones Baskas, col. «Zabalkandea», n.º 6, 1934 (3^{er} trimestre).

Es este un relato escrito por su autor en 1917. Si bien participa más del relato literario que del cuento popular, es una hermosa narración del tema del *indiano*, del vasco emigrante a América que, en su vejez, regresa a la patria soñada y con el que el autor vuelve a reflejar su marcado espíritu nacionalista.

Como se aprecia en la selección de estos cuentos, espigados en las fuentes más representativas de la tradición popular vasca, Euskal Herria participa, como tantos otros pueblos, de las características universales del folclore: imprime su sello particular —el condimento de una ubicación, unos protagonistas y unas referencias autóctonas— a unos ingredientes comunes —temas, personajes y esquemas arquetípicos—. Universalidad y originalidad son las coordenadas de la cuentística popular en todas las culturas. Parafraseando un hermoso pensamiento del poeta Octavio Paz («El hombre

original es todos los hombres»), podemos afirmar, después de leer estos cuentos, que «el cuento popular es todos los cuentos».



Seve Calleja (1953) nació en Zamora y de niño se trasladó a vivir con su familia al País Vasco, donde reside y trabaja actualmente en Bilbao. Compagina su trabajo docente con su especial afición por la literatura infantil y juvenil y la cuentista popular, de la que es un estudioso. Parte de sus obras se han publicado en euskera y en castellano y ha obtenido, entre otros, el Lizardi de Literatura Infantil en euskera (1985) y el Pio Baraja de Novela (1989).

Notas

[1] Nombre mítico de Irlanda. (N. del E.). <<

[2] Denominación vasca del señor de casa propia. (N. del E.). <<

[3] Caudillo. (N. del E.). <<

[4] Grito de guerra. (N. del E.). <<

[5] Lllaman así los pescadores a los grandes peces que tienen que matarlos con machetes al soltar del anzuelo. (N. de *Ariquistáin*). <<

[6] *Onci-mutilác*, llámanse así en vascuence los dos más jóvenes de la tripulación encargados del cuidado de la lancha. (N. de *Ariquistáin*). <<

[7] *Flor de agua*. Designan con ese nombre a las madreporas por la semejanza que tienen con las plantas. (N. de *Ariquistáin*). <<

[a] A excepción de los amores de Tomás, ni el detalle ni la circunstancia más insignificante se ha añadido en la relación de esta tradición o lo que sea. Aún viven en Deva gentes que conocieron y trataron a los personajes que intervinieron en ella; marinero existe todavía que asegura (y que jurará si se le aprieta un poco) que tuvo en su mano la rama de olivo, y que vio perfectamente las tres olas, y escuchó el quejido de la lamia; y lo que es en cuanto a crédito, no hay hombre ni mujer del pueblo que no se lo dé tan completo como si hubiera presenciado por sí mismo los sucesos a que se refiere. <<

[8] La creencia de las lamias ha dejado numerosos vestigios en la toponimia vasca, como Laminzilo o Laminen-zilo («caverna de las lamias») con que se conoce una cueva prehistórica en Isturitz, o Lamienzulo, en Vera de Bidasoa. Tal ubicación sirve para situar en el ámbito vasco una variante del popular cuento de *Las mil y una noches* alusivo a la cueva de Alí Baba y los cuarenta ladrones. <<

[9] En euskera, se le ha prometido al diablillo —lo mejor— de la comida, —la nata—, es decir, literalmente —lo que está encima— (*hazkariaren gaiña*). <<

[10] En una versión equivalente de Mayi Ariztia, *la legende d'Atxular*, el apuro consiste en que el Papa está a punto de casarse con una mujer que, en realidad, es el demonio; eso explica la orden del protagonista de medir el ancho y el largo de la mesa, lo que supone trazar una cruz, ante el demonio. <<

[11] Como se observa en este desenlace, todo el relato pone de manifiesto la astucia que Atarrabio ha aprendido directamente del demonio y que luego pone en práctica contra él. <<

[12] Intencionado juego de palabras con *Paristik/Parabisutik* en euskera, o *Paris/Paradis* en la versión francesa. <<

[13] Aunque el autor no lo indica, cabe imaginar que en un cuento como éste, en que abundan los malentendidos, *birmilla* (*bimila*, dos mil) puede confundirse fonéticamente con *minmiña* (*min*, lengua; *miña* dolor), creando un equívoco intencionado y cómico. (N. del E.). <<

[14] *Koko* significa, según los diccionarios, «fantasma, máscara, bobo, majadero». En Navarra, los vascos llaman *kokos* a los habitantes de los valles que no son el suyo, por ejemplo: en Baztán, a los ulzameses, en Ulzama, a los de Jaslapeña, etc. En el mercado de Tolosa llaman, o llamaban (pues la persona que me lo refirió es de años) *kokos* a las mujeres que venían de los valles navarros de Araiz y Larraun, pero en Larraun dan ese nombre a los naturales de Irurzun y sus aldeas vecinas. Nadie quiere ser *koko*; mas, por la transferencia del nombre, resulta que todos lo son. (N. del A). <<